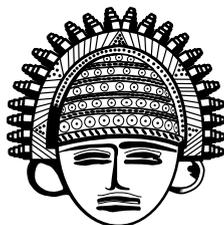


BOLETIN DE ARQUEOLOGIA

ORGANO DEL SERVICIO ARQUEOLOGICO NACIONAL

MINISTERIO DE EDUCACION

EXTENSION CULTURAL



Volumen I

Marzo–Abril de 1945

Tomo II

BOGOTA–COLOMBIA



El trabajo intelectual contenido en esta obra se encuentra protegido por una licencia de Creative Commons del tipo "Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional". Para conocer en detalle los usos permitidos consulte el sitio web <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

A R Q U E O L O G I A

INVESTIGACIONES ARQUEOLOGICAS EN SOGAMOSO

POR: ELIECER SILVA CELIS

(Continuación)

Estas investigaciones han venido desarrollándose en el extenso y fértil valle situado al E. y SE. de la ciudad de Sogamoso, y regado por el río Moniquirá y sus afluentes, la quebrada de Ombachita o Morcá, la quebrada de La Chorrera y las que descienden de las veredas de El Mortiñal, El Hatillo, Pilar y Ceibita. Por sus contornos SW., E. y NE., el valle se halla limitado por una serie continua de lomas y cerros, de los cuales los más notables por su historia o por sus tradiciones, son: El Chacón, La Peña de “Las Pinturas” y el de Santa Bárbara.

Las condiciones físicas y biológicas del suelo del mencionado valle son extraordinariamente favorables al aprovechamiento humano, razón por la cual la propiedad, en la actualidad, se encuentra muy dividida y el territorio densamente poblado. En efecto, fuera de algunas tierras bastante húmedas del curso del río Moniquirá, las demás, tanto en tiempos precolombinos como en los modernos y actuales, han sido asiento de una población numerosa.

Reliquias prehistóricas conocidas.— Entre las reliquias precolombinas algo conocidas está la famosa fuente de Conchúcuca, distante no más de un kilómetro de Sogamoso y situada al pie de una de las estribaciones de la loma o cerro de Santa Bárbara. Esta fuente, arreglada para el servicio de la ciudad a fines del siglo pasado, es beneficiada en la actualidad por vecinos de la vereda de Ombachita, quienes se sirven de sus aguas.

Actualmente estamos investigando si sus aguas resultan de algún manantial natural en el mismo lugar, o si, como parecen indicarlo algunas tradiciones o indicios que ya poseemos, son conducidas desde algún sitio distante, mediante un cauce arreglado para tal efecto en épocas precolombinas. Por lo demás es muy común la tradición de que en tal fuente se bañaba el cacique Suamox.

En el remate inferior de la serie de lomas y colinas que descienden de la vereda de “El Mortiñal”, una roca sumamente escarpada presenta una serie abundantísima de pictografías pre-españolas en blanco y rojo, muy notables por las raras estilizaciones de motivos no frecuentes en las numerosas piedras pintadas de otras regiones de Boyacá y de Cundinamarca.

CONDICIONES PARTICULARES DE LAS NECROPOLIS

Las necrópolis (Lám I, a) excavadas están emplazadas sobre la margen derecha de la quebrada de Ombachita o Morcá, no lejos de la fuente de Conchúcu. Dos de los emplazamientos corresponden a terrenos de propiedad del señor Antonio Navarrete, uno a predios de señor Octavio Alarcón y el cuarto está ubicado en una cuadra de propiedad de los herederos del señor Bruno Espinosa. Todas estas tierras han estado dedicadas a la agricultura (maíz, trigo, papa, etc.) desde lejanos tiempos; la mayor parte de ellas es plana, aunque la porción próxima a la quebrada ofrece un suave plano inclinado. La naturaleza de las capas del subsuelo varía notablemente y aunque a primera vista todo aparece homogéneo, sin embargo de trecho en trecho se presentan, ora las areniscas blancas y secas, bien las arcillas compactas y duras. La capa superficial, formada por la acumulación de humus o detritus vegetales, alcanza un espesor de 45 a 50 centímetros.

Primera necrópolis.- Ubicada, como hemos dicho, sobre la ribera derecha de la quebrada de Ombachita y en propiedad del señor Antonio Navarrete, ocupaba parte de un terreno laborable y del de un cañaveral que, naturalmente, hubo que eliminar para la excavación. Por la proximidad a la quebrada, en sus crecidas de invierno las aguas alcanzaron a destruir parte del yacimiento arqueológico. La superficie de este cementerio

es algo más de 80 metros cuadrados y la capa arqueológica, hasta el nivel en donde empiezan a aparecer las primeras tumbas, es de 60 centímetros y sus componentes principales son: cenizas, carbones minerales y vegetales y gran cantidad de fragmentos de cerámica de variada calidad.



Desarrollo de la decoración de un mortero de forma cilíndrica

Hallazgos arqueológicos. – Además de los numerosos útiles de piedra pulimentada (raspadores, cuchillos, hachas, cinceles, cuentas de collar, etc.) que los aborígenes perdieron o abandonaron en este lugar, los siguientes son los resultados globales de este cementerio:

1º- Dos emplazamientos de bohíos de planta circular, cuyos cimientos ofrecen las siguientes dimensiones:

Diámetro medio	0,70 mts.
Profundidad media.....	0,80 ”
Diámetro del plano circular	4,30 ”

Varias inhumaciones están comprendidas en el subsuelo de los planos circulares, pero se observa que los ranchos fueron anteriores a los enterramientos, puesto que tres de éstos coinciden exactamente con las superficies de los cimientos de los bohíos; esto es tanto más evidente cuanto que la gran cantidad de carbones minerales y vegetales estratificados, formaban una capa de un espesor considerable (60 cms.), que necesitó varios siglos para su formación. No es, pues, dudoso, que en el sitio de que nos ocupamos, varias generaciones de una familia aborigen, por lo menos, hicieran vida, según lo indica el gran número de tumbas existentes a profundidades variables y en un espacio de terreno tan reducido.

Los postes o maderos que formaron la armazón de las paredes tuvieron un espesor considerable a juzgar por los diámetros de los hoyos; además, fueron protegidos contra la acción de los agentes naturales por medio de cascajos o gravas extraídos de la quebrada. Tal costumbre de proteger los maderos de las edificaciones ya la habíamos observado en un cementerio excavado en Soacha hace algunos años; sólo que allí la conservación fue prevista mediante arcillas rojas o blancas, ligeramente amasadas.



Decoración incisa lineal y pintura en siena tostada, roja o blanca, muy frecuente en la cerámica de Sogamoso

2°- Setenta y cinco (75) inhumaciones entre adultos de ambos sexos y niños. El cuidado observado con los muertos en las necrópolis de Sogamoso está en relación con los tipos de tumbas en que han sido colocados. Así es como mientras las tumbas excavadas en forma de pozo, perfectamente vertical, de diámetro reducido (45 cms., en término medio) y de profundidades variables (0,60 a 2,60 mts.) y las labradas en forma oval o ligeramente rectangular, contienen los cadáveres mejor conservados, en las demás, los esqueletos se encuentran bastante deteriorados.

Por su forma, las tumbas de este cementerio se distribuyen así:

- a) Forma de pozo, 27, o sea el 36 %
- b) Forma oval, 22, o sea el..... 29,3 %
- c) Tumbas rudimentariamente esbozadas 34,7 %

En general, a cada uno de estos tipos corresponde una diferente disposición del cadáver: en las de corte cilíndrico o de pozo, el muerto, con los miembros replegados contra el pecho, ha sido colocado en posición sentada (Lám II, b); en las de corte oval, los cadáveres aparecen de costado, y en algunos casos en posición de cúbito dorsal, con piernas y brazos flexados igualmente contra el tórax (Lám II, a); en la tercera, la posición es unas veces dorsal y otros de costado, con los miembros flexados o semiflexados (Lám I, b).

El cuidado observado con los muertos es particularmente notorio en las fosas de las dos primeras clases, pues en algunas de ellas (8%) una losa de piedra, redonda o cuadrangular, toscamente canteada, cierra perfectamente la tumba. Con respecto a la tercer clase se observa que el muerto no se colocó en una verdadera fosa, sino que en algunos casos, la inhumación revistió verdaderos caracteres de brutalidad, pues sobre el muerto se colocaron piedras de tamaños variables, que, con su propio peso y con la presión de la tierra de cubierta, estrangularon los cadáveres.

Ajuar funerario. – Además del utillaje mencionado, siete tumbas (9,3%) presentaron el siguiente ajuar funerario:

- 1°- Una copa, artísticamente pintada interior y exteriormente, que acompaña a un cadáver en tumba de forma oval y en posición dorsal;
- 2°- Un puco o taza de barro cocido, que sirve de ajuar a un muerto colocado en posición sentada en fosa de corte cilíndrico;
- 3°- Una olla globular, de seis asas verticales y decoradas al exterior, colocada al lado izquierdo de un cadáver en posición sentada, en una tumba de forma de pozo, clausurada por una losa de piedra redonda y toscamente canteada;
- 4°- Una docena de torteros artísticamente decorados mediante líneas, triángulos, rombos, etc., incisos, rellenos de pasta blanca, que acompañan a un cadáver en posición dorsal, en tumba oval clausurada por una tapa de piedra de forma cuadrangular;

5º- Dos vasos de arcilla cocida, de uso ordinario, en una tumba oval, acompañando a un cadáver dispuesto de costado con los miembros plegados sobre el pecho;

6º- Un tortero labrado en piedra con motivos decorativos, que sirve de ajuar a un muerto dispuesto en tumba esbozada hacia la forma oval;

7º- Un pectoral de oro, en cuya labor se aprecian las técnicas de laminado, repujado, con falsa filigrana, cordonado y soldadura, que tan clásicas fueron entre los orfebres chibchas, acompañaba a un cadáver en posición sentada;

8º- En una de las fosas de pozo aparecieron al lado de los huesos ya muy deshechos del cráneo fragmentado de una sustancia verdosa metálica, que analizada químicamente dio el siguiente resultado: cobre al estado de óxido y sulfuro; hierro al estado de sulfuro; trazas de manganeso al estado de óxido trazas de oro ⁽¹⁾.

SEGUNDA NECROPOLIS. –Emplazada, parte en tierras del señor Antonio Navarrete y parte en predios del señor Octavio Alarcón, esta necrópolis ofrece un plano inclinado en su superficie próxima a la quebrada. La capa arqueológica, compuesta de abundantísimos carbones minerales y vegetales, alcanza a más de un metro de espesor. Es notable observar en el mismo estrato, la existencia de gran cantidad de cerámica de variadas calidades, lo mismo que un acopio de huesos de venado, algunos empezados a trabajar. En el sector próximo a la quebrada, las inhumaciones se hallan bastante profundas, pues se las encuentra a 2,50 mts. y tres metros bajo el nivel actual. En la parte superior, que es plana, el estrato arqueológico apenas llega a 50 cms. y las tumbas están a poca profundidad. La excavación de este cementerio abarca un área de 1.106,40 mts. cuadrados y los resultados son los siguientes:

1º- Cuatro emplazamientos de bohíos de planta circular con un diámetro medio de 3,50 mts. En el subsuelo de uno de los planos mencionados aparece la inhumación de un cadáver, dispuesto de costado, en una tumba de corte oval. En estos pequeños planos se observa:

(1). El análisis fue hecho por el profesor de la materia, Dr. Ospina, en el Laboratorio de Química del Colegio de Sugamuxi (Sogamoso).

a) Que los maderos apenas alcanzarían un diámetro no mayor de 35 cms.;

b) Que, como en el caso del cementerio anterior, los postes estuvieron protegidos contra la acción de los agentes naturales, con gravas o guijarros extraídos de la quebrada próxima;

c) Que el diámetro de los cimientos u hoyos alcanza a 40 cms., siendo su profundidad de 50 cms.

2º- Doscientas treinta y seis (236) tumbas clasificadas así:

a) Ciento veinte (120), o sea el 50,8% en forma de pozo, de diámetro y profundidad variables. En esta clase de tumbas el muerto fue colocado en posición sentada, con los miembros flexados contra el pecho. Al perder las partes blandas, algunos huesos se han desarticulado y el cráneo ha descendido un poco para colocarse entre los huesos de los muslos y de las piernas;

b) Cincuenta y dos (52) tumbas de corte oval, o sea el 22%.

c) Cuarenta y tres tumbas (18,2%) cuya construcción revela poco cuidado; en ellas el cadáver suele estar de costado o en posición de decúbito dorsal;

c) Veintiuna (21) tumbas (8,9%) de corte vertical o cilíndrico, con túmulos de piedras irregulares y sin orden alguno de colocación. Como en el primer caso, los cadáveres están sentados en las fosas.

Es curioso que en un cementerio como éste, de tan elevado número de tumbas, sean relativamente escasas las que aparecen clausuradas con losas de piedra, pues el número de casos apenas alcanza a 24, siendo, en cambio, muy notorio e interesante para esta necrópolis, el hecho de que varias de las fosas, cerradas o no con tapas de piedra, aparezcan con una capa de arcilla amarilla o blanca, ligeramente amasada, cubriendo el cadáver. Es presumible que tal medida de seguridad responda no solamente al deseo de proteger al cadáver de la humedad, sino a un concepto de temor a los muertos, y del peligro que traería su retorno para el grupo familiar.

Ajuar funerario. – Como sería demasiado largo puntualizar la clase y el número de objetos que acompañan a los cadáveres, nos limitaremos a enunciar de manera general la clase de ofrendas, con indicación del número total de tumbas en que se halla cada clase de utensilio:

1°- Manos y piedras de moler	5	tumbas
2°- Hachas y cinceles.....	2	”
3°- Torteros labrados en piedra.....	6	”
4°- Agujas de hueso animal.....	2	”
5°- Vasos ceremoniales o religiosos.....	3	”
6°- Vasijas de uso doméstico.....	12	”
7°- Cuentas de collar labradas en piedra, hueso, concha de mar, etc.	7	”

A más de todo esto, numerosos objetos labrados en piedra, hueso y concha marina olvidados por los indígenas fueron hallados en el cementerio sin ninguna correspondencia especial.

TERCERA NECROPOLIS. – Situada en una cuadra de propiedad de los herederos del señor Bruno Espinosa, está separada del anterior por una pared divisoria. La extensión del terreno, que hubo necesidad de excavar a profundidades de 2,50 y 3,00 mts., es de 1.554,28 mts. cuadrados. La capa arqueológica, compuesta de abundantísimas cenizas, carbones minerales total o parcialmente cremados, fragmentados de toda clase de cerámica, alcanza un espesor de más de un metro.

Hallazgos. – 1°.- Cinco (5) emplazamientos de ranchos de planta circular con diámetros que varían desde 3,50 hasta 4,80 metros. A excepción de dos de los planos, cuyos cimientos son de reducido diámetro, los demás indican que las construcciones se hicieron con fuertes maderos y de una especie vegetal extraña a la comarca. Como en las anteriores necrópolis, en ésta, los maderos fueron afirmados y protegidos de la humedad con cascajos y guijarros de la quebrada.

2°.- Ciento sesenta (160) tumbas, distribuidas por su forma de construcción, así:

a) De corte vertical cilíndrico.....	78 (48,7%)
b) De excavación oval o ligeramente rectangular	38 (23,7%)
c) De construcción rudimentaria.....	44 (27,5%)

Cuarenta y ocho (48) de estas tumbas se hallaron clausuradas con losas de piedra cuadrangulares o redondas, toscamente labradas. También aquí la arcilla, blanca o rojiza, se halla desempeñando en varios casos la función antes anotada. Hay ocasiones en que un pequeño túmulo formado por piedras

de variados tamaños y sin ninguna disposición regular cierra la entrada de varias tumbas (12).

Ocurre, igualmente, que varios de los enterramientos (14) muestran piedras colocadas brutalmente sobre el cadáver y que, por su peso y la presión de la tierra, desgarraron y desarticularon los miembros del cuerpo.

3°- Dos (2) hogares o patios, donde el indio debió cocer su cerámica o fundir, quizás, el oro. Estos hogares, situados en espacios libres, comprendidos entre edificaciones o ranchos, se caracterizan por la enorme acumulación de cenizas y carbones minerales, unos sin rastros de cremación y otros parcial o totalmente cremados.

Ajuar funerario. – Aunque de esta necrópolis nos quedan por revisar cerca de sesenta (60) tumbas, el ajuar funerario de las exploradas reviste un interés verdaderamente extraordinario. Nos limitaremos a enunciar en forma conjunta los hallazgos, como sigue:

1°- Un precioso collar, compuesto de treinta y seis (36) piezas de oro, de las cuales diez y ocho (18) son láminas con estilizaciones repujadas de motivos clásicos de la orfebrería chibcha. Las demás son pequeñas figuras a manera de campanillas de forma piramidal. El collar acompañaba a un cadáver colocado en posición sentada, en una tumba de corte cilíndrico, y de muy reducido diámetro;

2°- Una copa con técnicas y motivos netamente peruanos;

3°- Copas rituales o ceremoniales, cuyos motivos decorativos eran absolutamente desconocidos en la cerámica chibcha hasta el momento;

4°- Numerosos vasos de arcilla cocida de carácter utilitario, lo mismo que hachas y cinceles de piedra pulimentada, punzones y alisadores labrados en hueso animal, cuentas de collar de concha marina, etc.

CUARTA NECROPOLIS. – En un sitio regularmente plano y en terrenos del mismo señor Navarrete, se localizó un cuarto cementerio cuya superficie es de 260 metros cuadrados.

Hallazgos. – 1°- Veintidós (22) tumbas clasificadas por su forma, así:

a) Seis (6) de excavación en forma de pozo, con diámetros que no exceden de cuarenta y cinco (45) cms. y de profundidades variables;

b) Dos (2) de forma ligeramente oval;

c) Catorce (14) de forma rudimentaria. En estas últimas la posición de los cadáveres es idéntica a la que queda indicada para tumbas de cortes similares en los demás cementerios;

2º- Dos (2) emplazamientos de ranchos de planta circular, bien cerca uno de otro, y con diámetro muy reducido (3,50 metros).

Además de los objetos de ofrenda funeraria que acompañan a los muertos en las tumbas y que permanecen con ellos en el terreno, el utillaje registrado durante las excavaciones de los cementerios, lo indica las cifras del cuadro siguiente:

Material lítico (Piedra pulida)	}	Raspadores.....	3
		Cuchillos afilados por ambas caras.....	3
		Hachas de corte semicircular.....	22
		Cinceles de corte semicircular.....	26
		Torteros.....	42
		Alisadores para cerámica.....	10
		Pesas para hundir la red.....	1
		Ganchos de tiradera o estólica.....	3
		Rompecabezas.....	1
		Pequeñas esculturas en piedra, una de las cuales es de una representación antropomorfa.....	5
Objetos de piedra de uso no aclarado.....	8		
Barro cocido.	}	Torteros.....	32
		Pintaderas (fragmentadas).....	2
		Esculturas: cabeza antropomorfa.....	1
		Representación zoomorfa.....	1
Utillaje en Concha marina	}	Cornetas o “fotutos”.....	1
		Cuentas de collar, cónincas y troncónicas.....	10
		Cuentas de collar pequeñas, de forma circular y perforación bicónica.....	800

Utillaje en hueso	Agujas de hueso animal.....	32
	Clasificadas así:	
	a) Con ojo en sentido horizontal.....	12
	b) Con perforación vertical y horizontal unidas en la parte gruesa y central.....	2
	c) Con muesca que sustituye el ojo.....	3
	d) Lisas, sin ojo ni muesca.....	15
	Alisadores.....	12
	Punzones.....	32
	Cuentas cilíndricas de collar.....	2
	Objetos de uso no aclarado.....	8

CULTURA MATERIAL

a) **Habitación.** – Las investigaciones adelantadas hasta el momento en Sogamoso, aclaran lo siguiente:

1º- Que los ranchos de vivienda de los aborígenes eran redondos, como lo dejan suponer, lógicamente, los planos circulares encontrados;

2º- Que para las construcciones se utilizaron en varios casos fuertes maderos, de una especie vegetal al parecer extraña a la comarca;

3º.- Que casi siempre los maderos fueron afirmados y protegidos contra la acción destructora de los agentes naturales, por medio de guijarros o cascajos extraídos de los cauces próximos;

4º.- Que el tipo de arquitectura de los chibcha o muyska fue rudimentario y pobre.

Ahora bien: como ya lo hemos anotado en varias publicaciones (“Excavaciones Arqueológicas en Sogamoso”. Boletín de Arqueología, Vol. I, tomo I, febrero 1945, pp. 36-44; Informe elevado al Centro de Historia de Tunja: “Repertorio Boyacense; Comunicación sobre Investigaciones Arqueológicas en Sogamoso: Acción Cívica; etc.) con excepción de la buena compostura de los cercados y casas de los caciques, en que resultan acordes los cronistas Fray Pedro de Aguado, Juan de Castellanos, el Padre Simón, el Obispo Piedrahita y el Capitán Gonzalo

lo Fernández de Oviedo y Valdés, las edificaciones de los chibcha o muiska hechas generalmente de fuertes maderos, paredes de cañas y techo pajizo, rematado unas veces en forma piramidal, otras en forma cónica, eran rudimentarias, irregulares y pobres, sin que revelara su construcción una verdadera expresión arquitectónica. Quizás fue en lo que menos alcanzaron a evolucionar los indios de estas alturas. Las mismas construcciones consagradas al culto religioso no debieron diferenciarse mucho de los ranchos comunes de vivienda. Hablando de los indios de Guachetá, anota el Padre Simón que los templos que le tenía al sol no eran suntuosos, sino unos acomodados bohíos como en los que ellos moraban.

El bohío redondo, además de haberlo tenido los chibchas, fue hallado con bastante frecuencia por los conquistadores entre varias de las tribus del Occidente, por ejemplo, entre los nativos de la provincia de Cali; naturales de Pozo; indios sujetos al cacique Petecuy; aborígenes de Nata y entre varios de Antioquia. Entre los indios de Arma, según Piedrahita, había casas grandes, redondas, con capacidad para quince (15) o veinte (20) familias. En las llanuras orientales, la misión de los jesuitas encontró a orillas del río Guaviare una casa grande, redonda, con capacidad para quinientas (500) personas.

b) **Trabajo e industrias.** – En cuanto a trabajo e industrias, nos limitaremos por el momento a hacer notar que utensilios tan preciosos como los raspadores y los cuchillos de piedra pulimentada de que antes se hizo mención, son los primeros ejemplares conocidos hasta el momento para los chibchas. Tenemos que decir lo mismo respecto a los numerosos punzones, alisadores y agujas hechos de hueso animal.

c) **Comercio.** – Fuera de las numerosas cuentas de collar de formas y tamaños variados, labrados en concha marina, y de los “fotutos” o cornetas, que al decir de Castellanos “se tocaban en los regocijos y en los sangrientos trances de la guerra”, y que están indicando en forma inequívoca relaciones culturales entre los indios de estas alturas con pueblos de la costa atlántica, la presencia de Sogamoso de vasijas de barro cocinado con técnica y decoración peruanas, abre la consideración, no antes sospechada, de contactos o relaciones culturales con los incaicos, por intermedio de los pueblos del SW. de Colombia.

d) **Explotación de recursos minerales.**- Nunca antes había sido comprobada para las altas culturas americanas, la explotación y el empleo de recurso mineral tan precioso como el carbón de piedra. Cuanto ha de significar para el conocimiento y la justa valoración de la civilización chibcha, la explotación y el uso de la hulla, que ahora acaba de registrarse en Sogamoso y que habrá de considerarse no olvidando que ello implica, necesariamente, observaciones de carácter científico.

CULTURA ESPIRITUAL. – Bien poco era lo que se conocía de la vida espiritual de los chibchas. Las únicas inferencias con que contábamos hasta hace unos tres años eran los relatos de los cronistas y las de algunos historiadores modernos. Si los investigadores colombianos son justos, no habrán de negar que a partir de 1943, con las investigaciones arqueológicas realizadas en un cementerio chibcha de Soacha, el oscuro panorama de la vida espiritual de los chibchas empezó a despejarse notablemente. Con la preciosa documentación que ahora se registra en Sogamoso, el problema se aclarará un poco más. Presentaremos a continuación una rápida y esquemática reseña de los hechos culturales, que, descubiertos primeramente en Soacha por nosotros, resultan ahora corroborados, en buena parte, con los hallazgos de estas necrópolis:

a) **Inhumación dentro de bohíos.** – Según se desprende de los resultados arqueológicos, obtenidos primero en Soacha y confirmados ahora en Sogamoso, esta práctica tuvo lugar en varios casos entre los chibchas. Los hechos registrados en el terreno están confirmados, además, por documentos históricos. El padre Aguado indica que entre los indios de Tunja fue hallado por los castellanos un bohío abandonado que debía guardar los despojos de algún cacique o señor principal. En forma mucho más clara el Padre Simón habla de ranchos dedicados al sepelio de algunos caciques.

Las excavaciones muestran que si bien este uso fue de escasa observancia, no estuvo limitado, como lo pretende el Padre Simón a los señores o caciques. Por lo demás, la inhumación dentro de bohíos no fue uso exclusivo de los aborígenes de estas altiplanicies, pues cuenta Oviedo que en sus expediciones por la costa atlántica, don Pedro de Heredia halló, fren-

te a las casas de un pueblo de tres barrios (Pelapia, Pelucho y Gapanapo), unas chocitas en donde se enterraban los cadáveres de los señores o caciques.

La inhumación dentro de los propios ranchos de vivienda, fue muy frecuente entre los indios del occidente, lo mismo que en tribus de los llanos orientales. En la primera de las mencionadas regiones tal práctica existió, según Castellanos, entre los Lili, Pozo y Cenufara, para los señores o caciques. En los Llanos Orientales, los Achagua y varias tribus del Orinoco, según Oviedo, y los Beto y según Rivero, tuvieron costumbres semejantes. Como se notará, el entierro de bohíos especialmente destinados para tal efecto, o aprovechando directamente el rancho de la vivienda, estuvo bastante difundido en el territorio de Colombia.

b) **Inhumación de niños en urna.**- Si esta costumbre se ha registrado para adultos en extensas superficies de Colombia (Hoya del Magdalena, Costa Atlántica, varias comarcas del Occidente, incluyendo el Quindío y Llanos Orientales, para párvulos resultaba desconocida, no sólo en cuanto a los chibcha sino también entre los demás nativos colombianos. Hasta el momento sólo hemos registrado en la literatura un paralelo entre los indios de Darienita (Paya y Tapalisa), que depositaban al niño, en urnas o vasijas de barro cocido. En la zona andina y ya fuera de los linderos colombianos, el sepelio de niños en urnas ha sido registrado en cementerios de Nasca, lo mismo que en algunos de Chimú y Muchik y en el valle de los Calchaqui. En las llanuras del E. de Sur América y principalmente en territorios habitados por tribus de la familia Tupi-Guaraní, este uso estuvo bastante difundido.

c) **Inhumación con pintura roja, previo descarnamientos del cadáver.** – Uno de los documentos más preciosos y que hasta cierto punto es la clave para el esclarecimiento de la compleja mentalidad chibcha en orden a sus ideas sobre la muerte y la vida de ultratumba, es el relativo a la pintura roja aplicada a esqueletos completos de niños y jóvenes y parcial en los de adultos. Como es obvio, esto implica, bien un descarnamiento previo –inmediato e intencional–, bien el abandono

del cadáver a la tierra por algún tiempo (entierro primario) o su exposición a la acción de las aguas, del sol, de las lluvias, etc., para la liberación de las partes blandas. Por desgracia, en los viejos libros de la Conquista no hemos registrado hasta el momento ningún detalle sobre tan peculiar práctica de los chibcha. A falta de la ayuda de la documentación histórica, es preciso esperar resultados nuevos en el futuro, a fin de aclarar en forma definitiva el concepto mental expresado por tal costumbre.

Ya desde los tiempos neolíticos el descarnamiento del cadáver lo contaban los hombres entre los cánones necrolátricos; los impulsó a tal costumbre, posiblemente, el deseo de guardar cuidadosamente los restos mortuorios de los parientes, o, como lo han pensado varios etnólogos, la convicción de que siendo las carnes obstáculo para que el espíritu abandonase el cadáver, podría éste tornarse en violento y peligroso enemigo de los vivos, por verse retenido. Naturalmente, ésta, como otras prácticas de su índole, se han prolongado hasta nuestros días y su expansión es casi ecuménica.

El uso de la pintura roja como ritual funerario no fue exclusivo de los chibcha. Lo tuvieron también otros nativos colombianos. Según Oviedo, algunos indios de la costa atlántica solían disponer sus cadáveres en hamacas dentro de bohíos y una vez perdidas las carnes, los huesos eran embijados y metidos en tinajas que se guardaban dentro o fuera de los ranchos. Diego de Ordás halló entre los indios de las riberas del Orinoco, gran cantidad de cráneos pintados de rojo, como trofeos de hombres que habían “devorado y comido”. Los Panche acostumbraban colocar en santuarios las cabezas de sus enemigos, españoles o indios, pintadas de rojo. Entre los indios de Anserma, cuenta Robledo en sus “Relaciones”, una vez seco y enjuto el cuerpo, era embijado y engalanado con los adornos que le habían servido en vida. La coloración roja de los huesos, después de perder las partes blandas, la registramos igualmente, hace varios años, en investigaciones practicadas en la cultura clásica de Tierradentro (Cauca).

d) **Entierro de cenizas y carbones vegetales en vasos de barro.** –Doblemente registrado en Sogamoso, por primera vez

para los chibchas, este fenómeno cultural es de suma importancia. En uno de los casos, una vasija globular de uso doméstico aparece llena de cenizas y carbones, acompañando un cadáver colocado en posición sentada en una tumba de corte cilíndrico. En el segundo, a un muerto dispuesto de costado en una fosa de excavación oval, acompañan cinco vasijas, dos de carácter ritual y dos de uso doméstico. De estas últimas, una está llena de carbones y cenizas de origen vegetal.

Un ritual semejante constatamos en investigaciones hechas en La Belleza (Santander) a principios del año pasado. Aunque por el momento no podría fijarse de manera absolutamente segura el sentido de uso tan particular, presumimos que él tiene que ver, bien con un culto o rito del fuego, o, lo que parece más probable, con el deseo de llevar consigo a la otra vida los carbones, que, como reliquias del fuego que pudo haber servido en el ritual de desecación del cadáver de algún señor principal, se hubieran hecho partícipes de los poderes místicos o mágicos de éste, y que, tanto en ésta como en la vida de ultratumba, podrían utilizar quienes poseyesen tales productos de cremación.

e) **Elementos del ritual funerario.** – Nada tal útil y tan claro como lo que están mostrando las necrópolis excavadas en Sogamoso para el esclarecimiento de las ideas de los chibcha sobre la muerte y la vida de ultratumba. Anotamos que nunca se había descubierto en el país un documental tan precioso y de tal volumen, como el que están mostrando estos cementerios. De la simple observación de las cuatrocientas noventa y tres (493) tumbas excavadas, podrán deducir aún los profanos en estas cosas, qué pensaban los chibcha de Sogamoso sobre la vida de ultratumba.

Sin entrar por ahora en más consideraciones, traigamos a este propósito algunas documentaciones históricas. “A la muerte de algún indio chibcha, dice Piedrahita, la metían en la tumba mantenimientos de comer y beber, y si era cacique o rey, con el muerto disponían criados y mujeres de las que mejor le habían servido en la vida.” En el sepelio de los caciques o señores principales de los chibchas, dice Oviedo, nadie podía atreverse a quitar ninguna de las cosas del rico ajuar puesto en

la tumba con el cadáver porque pensaban los indios que incurrirían en un gran crimen y en un espantoso sacrilegio. Cuando moría el cacique de Guatavita, anota el Padre Simón, en la tumba le acompañaban, a más de criados y criadas enterrados vivos, comidas, bebidas, armas y vestidos. En el sepelio de Nemequene, con el cuerpo fueron colocados los adornos, comidas, bebidas, servidores y mujeres de la más estimadas del soberano.

Otros indios colombianos observaron prácticas semejantes. Cuenta Oviedo que algunas tribus de la costa atlántica colocaban joyas y armas, si el muerto era un varón; si se trataba de una mujer, colocaban con el cuerpo el huso y la rueca para que hilase en la otra vida. El mismo cronista indica que entre los indios Cueva, a la muerte de un cacique, los familiares, servidores y mujeres de su casa se suicidaban, porque pensaban que el que se mata cuando el cacique muere, va a servirle y a desempeñar los mismo oficios que acá en la tierra ejercitaban en casa de su señor. Omitir esta costumbre quienes tenían el deber de observarla, era exponerse a que una vez muertos por alguna causa natural, sus animas pidiesen morir también. Entre los indios del valle de Santiago, anota el Padre Aguado, los indios acostumbraban enterrar con el muerto varón sus armas principalmente; con la mujer, piedras de moler, útiles de cocina y demás objetos mujeriles. Entre los Catío, refiere Castellanos, solían enterrar sus muertos con todos los caudales, comidas, bebidas, armas, animales, criados y criadas, a fin de poder disponer de todo lo necesario en el otro mundo. Los indios Colima de La Palma tenían la convicción de que las almas de los muertos iban a habitar la sierra nevada de Cartago, donde hacían y tenían buenas labranzas que les procuraban abundantes comidas, lo que hacía su felicidad. Basten estos documentos para comprender que las ideas sobre la vida de ultratumba, tanto de los chibcha como de la mayoría de los aborígenes colombianos, tenían un sentido netamente materialista.

f) Piedras pintadas.- En el extremo SE. del valle y a seis (6) kilómetros de la ciudad de Sogamoso, existe una roca con el nombre de “Las Pinturas”. Dicha roca está en la margen iz-

quiera de la quebrada del Mortiñal, y está constituida por areniscas duras de grano grueso. Mira hacia el NW. y su altura es de más de 90 metros, siendo de 70 mts. su longitud. Cinco (5) metros antes de su remate superior presenta, a manera de escalón, un amplio corredor, en cuyas paredes hay gran número de motivos pintados (triángulos, círculos, a veces uno concéntricos, figuras de animales, representaciones humanas en variadas aptitudes, etc.), en blanco, la mayor parte, y algunos en rojo. La roca es casi inaccesible, de suerte que al lugar de las pinturas se llega con dificultad. Los motivos pintados resisten muy poco; no ofrecen regularidad en su distribución y han sido hechos mediante toscos cinceles. La anchura de las siluetas ofrece notable homogeneidad y su anchura media es de dos centímetros. En el estado actual en que se hallan las pinturas, no se ve ninguna figura que por su expresionismo y tamaño resalte sobre las demás. Los motivos allí representados no siempre son los que comúnmente se observan en las numerosas piedras pintadas de otras regiones del territorio chibcha.

Estas preciosas reliquias antes abandonadas e ignoradas y ahora protegidas y en estudio, entran a formar parte de los documentos que nos servirán para conocer la cultura chibcha.

APRECIACIONES GENERALES SOBRE LA CIVILIZACIÓN CHIBCHA

Los chibcha fueron agricultores, industriales y comerciantes. La agricultura se confundió con la vida social de nuestros indios y les facilitó el progreso en muchas direcciones. Las admirables condiciones físicas y biológicas del país chibcha favorecieron grandemente cultivos como el maíz, la papa y la quinoa, artículos principales de consumo. Productos de otros cultivos, tales como yuca, arracacha, cubio, hibia, chugua, fríjol, haba, tomate, calabaza, etc., junto con los recursos frutales (aguacates, guamas, piñas, guayabas, guanábanas, etc.), que les prodigaban abundantemente los valles templados o cálidos, y los elementos de caza (venado principalmente) y pesca, completaron su alimentación. Ya en otro orden económico, fuera del tabaco, cuyo uso estaba limitado, y del algodón, que a veces lo importaban, estos indios cultivaron o se beneficiaron de nume-

rosas plantas tintóreas (añil, cochinilla, batatilla, púcinga, trompeto, etc.), que los vasallos del Zipa, del Zaque y de Suamox, utilizaron en la pintórica de sus tejidos de algodón. Con la utilización del fruto de esta preciosa malvácea lograron nuestros indios la más popular y generalizada de sus industrias, siendo, por otra parte, la que más importancia adquirió en todos los acontecimientos de su vida. En la celebración de los servicios religiosos, fiestas agrícolas, competencias atléticas, solicitudes matrimoniales, consagración y posesión de los caciques, tributación, etc., las mantas no podían faltar.

Fuera de lo indicado sobre la agricultura, la explotación de recursos minerales fue de extraordinaria importancia para el desarrollo de esta civilización.

El cloruro de sodio, beneficiado en Zipaquirá, Tausa, Nemocón y Sesquilé, fue el eje económico que impulsó el tren comercial de los chibcha. El comercio de la sal junto con el de las esmeraldas, alcanzó un desarrollo tan grande que en varias direcciones propasó, en muchas leguas, los límites de sus propios dominios territoriales. De enorme importancia fueron el cobre (extraído de Moniquirá según V. Restrepo) y las esmeraldas de Somondoco. La explotación y uso del carbón mineral, que ahora de manera absolutamente cierta acaba de registrarse en estas investigaciones de Sogamoso y de lo cual hasta el momento no se tenía ninguna noticia comprobada, invita a los investigadores colombianos a reconsiderar lo que en verdad fue la economía de este gran pueblo. La utilización del carbón mineral debió señalar un momento decisivo en la evolución de las industrias de orfebrería y laboreo de cerámica, con todas sus consecuencias.

El genio chibcha, examinado a través de su civilización, resulta más admirable y atrayente si pensamos que sus realizaciones tuvieron lugar sin el concurso de los elementos considerados fundamentales en la cultura del Viejo Mundo. En común con las demás naciones de este hemisferio, los chibcha no contaron para su alimentación con gramíneas tan preciosas como el trigo, la cebada, el centeno, la avena y el arroz; animales domésticos que procuraron alimento tales como la vaca, la oveja, el cerdo, la gallina etc., estuvieron ausentes de la América

pre-española; de igual modo, el indio americano no gozó de animales de tiro o de carga tales como el reno, el yak, el camello, el elefante, el caballo, el asno, la mula o el perro. Por lo que hace a éste último, es bueno recordar, que, si en verdad muchos países americanos lo tuvieron (Norteamérica, México, Nicaragua, Antillas, Venezuela, Colombia, Perú, Argentina, Tierra del Fuego) etc., para Centro y Sur América sólo sirvieron a los nativos como ayudantes en la caza y en algunos casos, de plato en sus fiestas. En Colombia el perro convivió con algunos indios de Santa Marta, Aburrá, Llanos Orientales, etc. La llama de la meseta peruana, por su aletargamiento y debilidad, por su secreción de saliva, jamás puede ser considerada en igual plano que las bestias antes mencionadas. También desconoció la América precolombina el hierro y su derivado, el acero. El hierro meteórico (esquimales, aztecas y algunas tribus chilenas), carece casi por completo de importancia para el progreso cultural. A pesar de la marcada capacidad de inventiva de los indios americanos, la gran mayoría de éstos desconoció el principio de la rueda, con lo cual se crearon enormes vacíos en su cultura ⁽¹⁾. Consecuencia de mucho alcance de tales conocimientos, fue, por ejemplo, la ignorancia de la utilización de la energía natural latente en el agua y en el viento. La sola aproximación en el aprovechamiento de la energía natural, fue el arte de la navegación, en el que varios pueblos como los esquimales, antillanos, tupi-guaraní, etc., alcanzaron notable habilidad. Por otro aspecto, el arquitecto indio vio limitada su acción por el desconocimiento del principio de la dovela.

(1) Gordon F. Ekholm. En su interesante trabajo arqueológico «*Excavations at Tampico and Panuco in the Huasteca, México*» da cuenta de juguetes con ruedas, obtenidos o excavados por él en Panuco. (*Antropological papers of the American Museum of Natural History*. Vol. XXXVIII, part. V. New York City, 1944).

LAMINA I



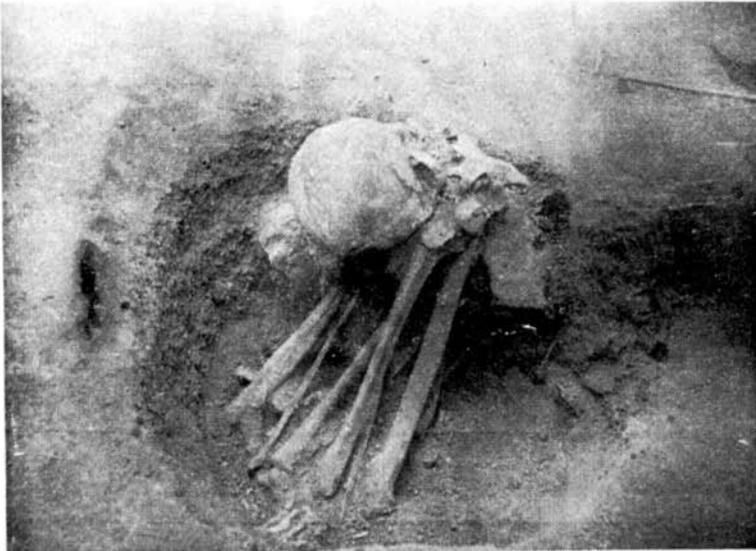
(a) Visita panorámica de una de las necrópolis



(b) Una de las disposiciones clásicas del cadáver.



(a) Posición en decúbito dorsal



(b) Posición sentada en tumba de corte cilíndrico

CEMENTERIO INDIGENA DE «LA CIMITARRA»

Por: FELIX MEJIA ARANGO

En días pasados recibí informes de que en la región de “La Cimitarra”, campamento de Landázuri, Departamento de Santander del sur, sobre la carretera del Carare y a unos 70 kilómetros de Puerto Olaya (río Magdalena), unos guaqueros había descubierto un cementerio indígena y estaban excavándolo con buenos resultados. Me trasladé a Puerto Berrio, en donde tuve la noticia de que en realidad los guaqueros habían extraído gran cantidad de cerámica, unas láminas de oro de buena ley y varios instrumentos indígenas de piedra. Animado con esta información me dirigí al lugar indicado.

El lugar. – Hacia el sur del campamento y apenas a un kilómetro de distancia, sobre una pequeña cordillera que aún está cubierta de monte cerrado y que corre paralela a la vía, encontramos a los guaqueros entregados a sus labores. El cementerio ocupa la parte más alta de la eminencia, cuya cota no es mayor de 100 metros sobre el nivel de la carretera, y se extiende en sentido longitudinal sobre el lomo de la cordillera en una extensión que aún no ha sido determinada, pero que, por lo que pude observar, puede ser de unos 150 metros de largo por 15 o 20 de ancho. Su situación es similar a la generalidad de los yacimientos de la región y de gran parte de los de Antioquia y Caldas. (Ver mapa).

El cementerio. – Hasta el momento en que llegamos habían sido excavadas unas seis sepulturas, todas del mismo tipo. Pudimos observar una cantidad de escombros de alfarería, pero como estas excavaciones han sido realizadas sólo

con el objeto de buscar objetos de oro, no es muy fácil observar sus características con todo el detalle necesario, pues muchas de las tumbas han sido abandonadas sin llegar al fondo.

Las sepulturas está indicadas en el terreno por suaves hundimientos, a una distancia de seis metros aproximadamente uno de otro. El diámetro de las bocas es de dos metros, más o menos, y su profundidad variable desde cuatro a siete metros. Creemos que este cementerio puede contener de 60 a 80 sepulturas, dato basado en la superficie cubierta que pudimos observar.

Las sepulturas. – Las sepulturas son de entrada vertical y de unos dos metros de diámetro hasta unos tres de profundidad donde se encuentra el primer plano con depósito de cerámica y herramientas. En este plano se hallan colocados los objetos de tal manera que los más grandes están hacia el exterior, mientras los más pequeños están hacia el interior. En un costado de este plano continúa la excavación vertical ya reducida a unos 80 o 90 centímetros de diámetro, con una profundidad adicional de tres o cuatro metros más, para dar entrada a las bóvedas que se forman hacia los lados con un diámetro de dos a tres metros, un metro de altura, y sesenta o setenta centímetros a la entrada, generalmente tapada con una piedra plana o con tierra apisonada. El número de bóvedas de cada tumba oscila entre una y tres y contienen en su interior vasos tapados colocados alrededor de las paredes. Los objetos más finos, lo mismo que el oro, se encuentran en estas bóvedas, lo mismo que huesos en polvo, molares, etc. Como las excavaciones fueron muy mal realizadas, sin conservar las paredes esta descripción es apenas aproximada; sin embargo podemos decir que es un tipo de sepultura muy común en Antioquia y cuya profundidad varía entre 4 y 10 metros (lámina I, figura 1).

La cerámica. – Los objetos de cerámica encontrados en este cementerio podemos clasificarlos en cuatro grupos: 1°- Pieza de tamaño grande, generalmente ollas y sus respectivas tapas; 2°- Vasijas diminutas; 3°- Tapas de una forma especial y decoración zoomorfa; 4°- Objetos varios, extraños al lugar.

Primer Grupo. – Por falta de cuidado y observación no se separaron las piezas encontradas en cada una de las sepultu-

ras y por eso ningún dato especial sobre la categoría del enterramiento puede establecerse. Las piezas de este primer grupo son ollas grandes o urnas, con sus respectivas tapas, en forma de cazuela. Estas ollas son de una hermosa forma, de cuello poco estrecho, abultadas en el vientre y de forma más aguda en su parte inferior; tienen gollete grueso, modelado con el dedo en forma de franja ondulada, y en algunas piezas es doble. La parte del cuello, hasta el comienzo del vientre, está decorado con líneas incisas en combinaciones de rombos muy variados; algunas ostentan una decoración especial, pero siempre alrededor del mismo tema. Otro tanto podemos decir de la ornamentación de las tapas.

Estas vasijas están hechas de arcilla mal mezclada con arena (desengrasada) y regularmente quemada, dejando un color crema. La factura es cuidadosa, y las ollas delgadas y bien modeladas; las incisiones del dibujo un poco imperfectas pero de una armonía agradable. El tamaño de las ollas varía entre los 30 centímetros de alto, por 30 o 35 de ancho, hasta 60 centímetros de alto por 45 de ancho (Lámina I, figura 2 y 3). Es de advertir que en cada sepultura se encuentran 10 o más de estas vasijas, con dimensiones diferentes.

Segundo grupo. – Está compuesto por vasos cuyas dimensiones oscilan entre los 4 y los 12 centímetros de altura y que son como una reproducción de los del grupo anterior, cuyo uso bien pudo ser el de juguetes, adorno, o recipientes para guardar condimentos u otras cosas. No están decorados sino alrededor del borde de la boca en forma de franja ondulada con la impresión digital del alfarero. Entre estos objetos existen varios tipos de copas o tazas (Lámina I, figuras 6 y 7). Estas piezas se encontraban en el centro de las bóvedas, rodeadas por las más grandes. El material de fabricación es el mismo de las anteriores.

Tercer Grupo. – Fragmentos de tapas de urnas en forma de segmento esférico, coronadas por un pequeño animal, posiblemente un tigre, toscamente modelado. Son dos: uno de pasta crema, como el material de la cerámica descrita, decorada con figuras incisas, en forma romboidal (Lámina II, figura 13); el otro, de barro oscuro y más fino, sin decoraciones pero muy

semejante en su factura (Lámina II, figura 13). Pudimos saber que son tapas de urnas funerarias porque en nuestra colección existen algunas completas que ostentan el mismo motivo, procedentes de la región de Alicante (Antioquia), (Lámina II, figura 14), de un tipo semejante a las descritas por la señorita Edith Jiménez en sus notas sobre “Cultura del Bajo Magdalena”. Hay una tapa de barro oscuro quemado, ordinario, que tiene dos cartelas con decoración incisa, y aplicadas a los lados, dos figuras de rana o de lagarto pequeño, sin cabeza (Lámina I, figura 5). Ostenta, como las demás, pequeños agujeros cerca al borde.

Aunque el material extraído en los yacimientos de “La Cimitarra” y Alicante sea más pobre que el de los demás de la cultura del Bajo Magdalena, hay ciertos indicios que nos dicen que pertenecen a la misma cultura. Quizás, penetrando más en la región, y con investigaciones más minuciosas pueda comprobarse esta suposición.

Cuarto grupo. – Algunas piezas que consideramos extrañas a la región por su forma, por el material, por la decoración más artística, forman este grupo, constituido por: una garrafa con asa, bien modelada en barro fino, poco desengrasado, color rojo claro, sin decoración, y con 18 centímetros de altura (Lámina I, figura 8); un fragmento de taza, con decoración pintada en sepia en el interior, muy mal conservada, de barro rosado ordinario y con un diámetro aproximado de 20 centímetros (Lámina II, figura 11); la parte superior de una hermosa taza de barro crema, muy desengrasado y bien pulida y modelada, con unos 25 centímetros de diámetro y decoraciones combinadas excisas e incisas con motivos lineales. Cerámica semejante a la que acabamos de describir, se ha encontrado en el río Nare, en las excavaciones de la Fábrica de Cemento “Inmarco”. Otra de las piezas que componen este cuarto grupo es un silbato de cerámica rosada, en forma de cruz, con decoración incisa de líneas y puntos (Lámina II, figura 12); sus dimensiones son de 8 por 6 centímetros; tiene su boquilla muy bien formada y tres orificios en la parte superior para la aplicación de los dedos; suena con mucha facilidad. Esta pieza, junto con las dos anteriores, son de estilo chibcha. Es de anotar que estos instrumentos musicales no son muy comunes en Antioquia.

Herramientas. – Además de la cerámica ya mencionada y descrita, se encontraron herramientas de piedra de diversas rocas y de formas diferentes, unas de la región y otras posiblemente traídas de otros sitios (Lámina I, figura 9). Entre estas herramientas se encuentra un tortero de pizarra, como los de Cundinamarca, bastante imperfecto y sin grabados (Lámina I, figura 10). La mayor parte de las hachas son del tipo común que se encuentra en toda la República.

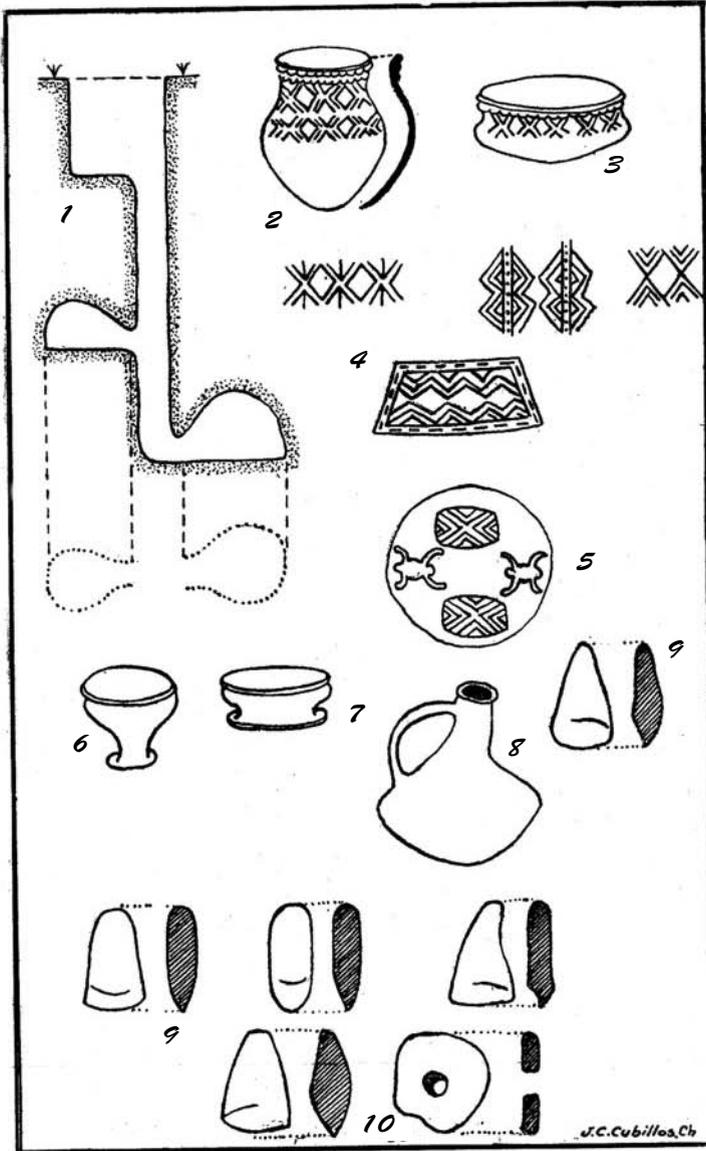
Oro. – En una de las sepulturas había dos láminas de oro muy delgadas y de un tamaño aproximado de 25 por 20 centímetros, una de ellas arrugada dentro de una urna con cenizas, y la otra en el centro de una bóveda sobre la tierra. Las dos láminas, según informes, pesaron 26 castellanos. Se han encontrado, además, pequeñas chagualas sin interés artístico, y algunas cuentas de collar en tumbaga laminada y estampada, muy pequeñas, de procedencia chibcha probablemente. La región no es aurífera; así que el oro, lo mismo que los vasos extraños, debieron llegar a ella por trueque.

Los dibujos que acompaña estas notas fueron hechos en el mismo terreno, por el autor, y tomados de las piezas que llevó para su colección.

Estas notas no tienen la pretensión de ser un estudio técnico sino meras observaciones de todo aquello que hemos creído importante para colaborar en el estudio de nuestro mapa arqueológico. Para terminar, diremos que esta región del cementerio de “La Cimitarra” corresponde a la zona que habitaron los indios Carare, pertenecientes a la gran familia lingüística Karib.

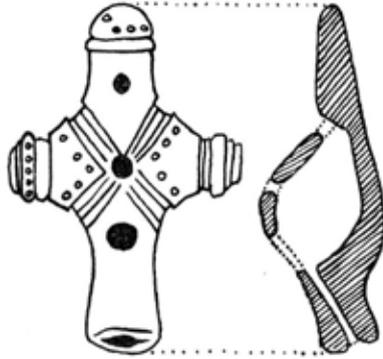
Medellín, diciembre de 1944.

NOTA.- Los dibujos que acompañan el presente artículo fueron hechos por el señor Julio César Cubillos, con base en los que el autor remitió.





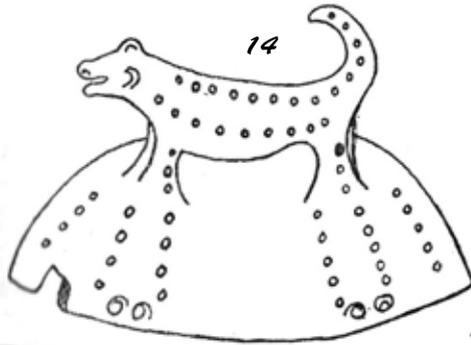
11



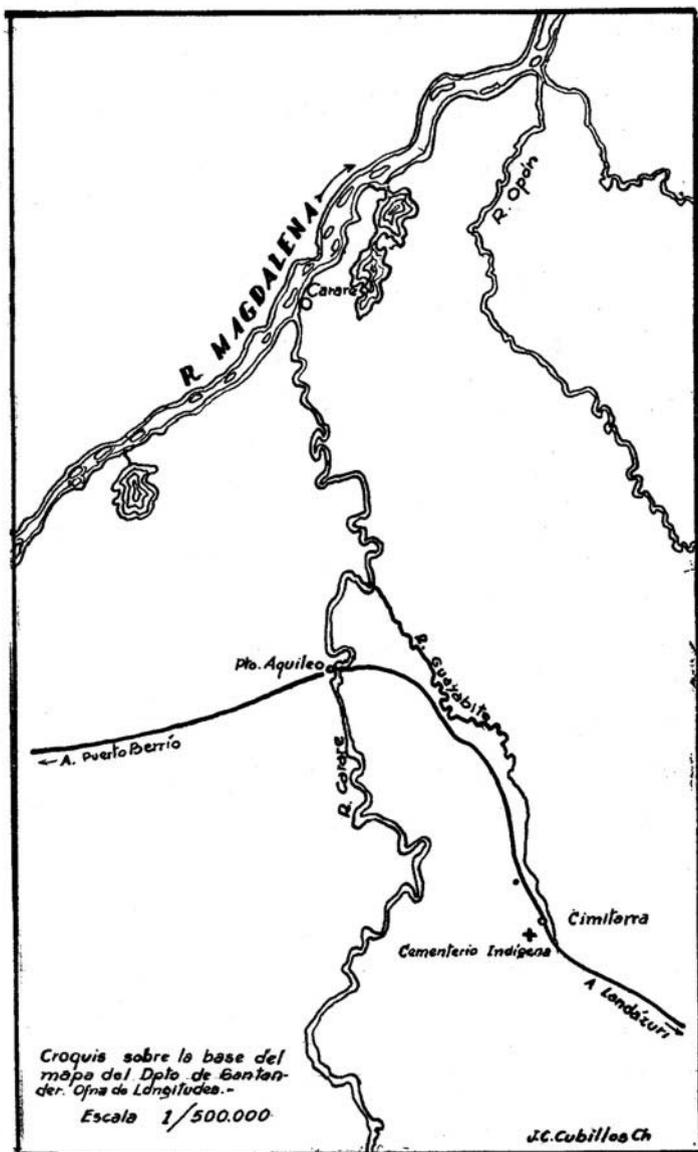
12



13



14



Situación geográfica del cementerio indígena

Volver al llamado

E T N O G R A F I A

LOS CHIBCHA

Por EDITH JIMENEZ A.

Introducción

El Museo Arqueológico Nacional de Bogotá, en su afán de proporcionar algún aporte a la cultura nacional, y consecuentemente con la misión que tiene, como centro de divulgación cultural, quiere dar en cada publicación del **Boletín de Arqueología**, los datos más interesantes acerca de las distintas culturas prehistóricas del país.

El pueblo colombiano no sólo tiene lo que de Europa recibió. De América heredó un aporte valioso, que hay que conocer a través de su prehistoria. Conociendo el aspecto de lo netamente americano se podrá valorar mejor nuestro país y se encontrará la explicación de la supervivencia de multitud de hechos, de todo orden, que se presentan desde nuestros antepasados de América y que son los que nos caracterizan como pueblo americano.

No se trata de dar en estas cortas lecciones una información exhaustiva de la materia. Sólo deseamos servir a las personas que carecen de las fuentes necesarias de información, suministrando una recopilación de datos que en la mayoría de los casos se encuentran bien dispersos.

Queremos servir muy especialmente a los maestros de escuela primaria, encargados de difundir en la niñez los sentimientos hacia la raza que poblaba a América. Queremos ayudarles con datos para el desarrollo de los programas que el Ministerio de Educación Nacional propone para la prehistoria.

Su presentación es la más simple posible y aun cuando no son datos definitivos, por lo menos pueden servir de base para completarlos luego, a medida que las investigaciones científicas den resultados más precisos.

Medio geográfico. – No fueron los valles estrechos de los ríos que descienden a los Andes, ni las abiertas extensiones de los llanos del oriente de Colombia, los que sirvieron de asientos al pueblo chibcha. Sus dominios estuvieron siempre en tierras frías, en las regiones andinas de lo que hoy corresponde a los departamentos de Cundinamarca, Boyacá y sur de Santander. (Lám I, a).

Las características principales del medio geográfico en que vivían pueden resumirse en las siguientes:

Por su altura, el clima era generalmente frío, sano, de condiciones incomparables para la vida:

Su suelo, constituido por terrenos fértiles, muy propios para la agricultura, con grandes posibilidades para la irrigación, pues abundaban los riachuelos, las quebradas y lagunas.

El subsuelo les brindaba la sal en cantidades incalculables en Zipaquirá, Nemocón y Tausa, y preciosas esmeraldas en Somondoco.

Como sitios fronterizos de este territorio pueden señalarse: por el occidente, Cipacón, La Mesa y Tibacuy, lugares en donde siempre había una especial vigilancia; al oriente el punto más avanzado era la quebrada de Lengupá (afluente del Upia); La Mesa de Géridas o de Los Santos confinaba al norte, y, al sur, Pasca era la última población.

Este medio les brindaba para su alimentación productos agrícolas como abundantes y variadas raíces, maíz, papas, hibas, quinoa, arracacha, frutas silvestres, ají, fríjoles, turmas; animales de caza como venados, conejillos de indias, patos silvestres y otras aves; sal de Zipaquirá, Nemocón y Tausa. Para el intercambio comercial les proporcionaban la sal y las esmeraldas.

Habitación. – Sus casas eran pequeñas chozas de paja, de techo cónico sostenido por un poste central y de base circular u ovalada (Lám I,b). Naturalmente, esta forma no muy perfecta sino solamente aproximada. Sus paredes estaban hechas de bahare-

ques de cañas entretejidas y, generalmente, cubrían el suelo con espartillo fino, bien seco y picado. Al iniciar una construcción había la costumbre de sacrificar algunas niñas para asegurar la buena suerte de quienes viviesen en la casa.

Las habitaciones de personas principales estaban rodeadas por cercados de cañas entretejidas y atadas con hebras de cabuya, muchas veces coloreadas. En frente de las habitaciones iban colocados, verticalmente, grandes maderos, en los cuales ataban a las víctimas humanas que sacrificaban en las fiestas.

Vestidos. – De acuerdo con el clima frío de sus tierras, su vestido estaba integrado por camisetas de algodón, a la manera de túnicas cerradas que les cubrían hasta más debajo de la rodilla. Sobre éstas túnicas llevaban siempre mantas, blancas para el común del pueblo y decoradas para jefes y personas principales; esta decoración la lograban con dibujos estampados o pintados con pinceles, o bien, realizando el motivo decorativo en el mismo proceso del tejido.

Para la cabeza usaban rodetes, vendas tejidas con paja, o casquetes de pieles de algunos animales.

Las mujeres llevaban una manta atada a la cintura con una faja, y otra sobre los hombros, cogida sobre el pecho con un alfiler.

Adornos. – Su indumentaria se completaba con multitud de adornos de oro, conchas y plumas, que llevaban en la cabeza, el cuello, los brazos, las orejas y el tabique de la nariz. Los guerreros acostumbraban fajas que se cruzaban desde la cintura, por encima de los hombros, y algunos adornos de pluma.

Era también común el uso de la pintura corporal con jagua (sustancia vegetal negra) y con bija (sustancia vegetal roja); ésta, intensa, como señal de luto.

El cabello lo llevaban largo y suelto sobre los hombros, con excepción de los guechas o guerreros.

Tipo físico. – Se caracterizó el pueblo chibcha por hombres de mediana estatura, predominantemente braquicéfalos, con nariz pequeña y ancha, ojos oblicuos, cabello lacio, escasa barba y generalmente bien musculados. Estos rasgos pueden

apreciarse actualmente en algunos campesinos de Cundinamarca y Boyacá, en quienes se encuentran todavía puros.

Utensilios. – Como tales usaban en su vida ordinaria:

a) Vasijas de barro en formas simples y antropomorfas. Las de forma globular, cuello y asa, comúnmente conocidas con el nombre de “múcuras” (Lám II, 4), eran las más comunes y las destinadas a guardar en las fiestas la chicha o vino de maíz. La decoración de estas vasijas se hizo con colores rojo, anaranjado y blanco. Como vasijas especiales tenían unas de arcilla, en forma de hombres (Lám II, 3), con un agujero en la cabeza o en el vientre, y que, colocadas en los bohíos dedicados a los dioses, servían para depositar las ofrendas, que generalmente consistían en pequeñas esmeraldas y tunjos o figurillas de oro;

b) Morteros y manos de piedra (Lám II, 7), para moler el maíz. Usaban unos pequeños morteros con manos finamente trabajadas, con representaciones de animales y de hombres, para moler la cal con que “mambeaban” la coca;

c) Torteros para los husos de hilar el algodón, fabricados en arcilla o piedra; era grande el esmero en adornarlos con incisiones agrupadas en armoniosos motivos geométricos (Lám II, 5,6).

d) Piedras con relieves antropomorfos y zoomorfos para el trabajo del repujado de las láminas de oro (Lám II, 8);

e) Banquitos de arcilla cocida, para uso exclusivo de los jefes;

f) Pesas para las redes de pescar;

g) Alisadores de piedra, para pulimentar la superficie de la cerámica;

h) Agujas en hueso, para coser;

i) Algunos instrumentos musicales como pitos y ocarinas;

j) Telares para tejer las mantas;

k) Entre las armas que emplearon están las siguientes: tiraderas o propulsores, hechos de madera y con los cuales lanzaban pequeños dardos; mazas de piedra enmangadas en madera (Lám II, 11); macanas planas y de doble filo; hondas para lanzar piedras, y hachas planas (Lám II, 10) y cinceles de piedra (Lám II, 9).

Industrias. – El medio geográfico permitió a los chibcha el desarrollo de las siguientes industrias: la agricultura, que como se ha dicho, contaba con condiciones favorables; la cerámica con su centro principal en Ráquira; la extracción de la sal

y de las esmeraldas. Además, con los productos conseguidos por intercambios comerciales con pueblos vecinos, y que no se encontraban en su territorio, pudieron establecer la orfebrería o trabajo del oro, en la cual emplearon las técnicas de vaciado, laminado y filigrana; y la de hilados y tejidos de algodón.

Comercio. – Los productos de las anteriores industrias, a más de proporcionarles lo necesario para el consumo interno, les permitía contar con un sobrante para sus intercambios comerciales con los pueblos vecinos. Este sobrante estaba constituido principalmente por mantas tejidas, sal y esmeraldas y como sus vecinos no los poseían, tales productos constituían una magnífica base para el comercio.

Los más importantes lugares para el intercambio de productos se encontraban siempre en sitios cercanos a las fronteras de sus dominios: al norte, Sorocotá servía de punto de reunión de Bogotáes, Tunjas, Sogamosos y Guanés y al sur, principalmente para los habitantes de Pasca y lugares vecinos, un sitio en tierras de los indios Poima. En estas partes, los chibcha se aprovisionaban preferentemente de oro, algodón, coca y demás productos que no se conseguían en la altiplanicie.

El mercado interno se verificaba en cada población indígena aunque existían, sin embargo, sitios especiales para determinados productos naturales y manufacturados: Ráquira, por ejemplo, fue el centro de las cerámicas (**Ra**, olla; **Quira**, ciudad), Tausa, Zipaquirá y Nemocón para el mercado de la sal elaborada.

El cambio de mercancías se hacía directamente de un artículo por otro, o mediante el oro como equivalente de ellas, en pequeñas piezas, sin sello especial, pero apreciado según su tamaño.

Para el maíz tenían una medida especial que llamaban **aba**.

Organización social y política. – En el pueblo chibcha existieron conjuntos sociales bien definidos por las obligaciones, atribuciones y deberes, que cumplían y respetaban con religioso cuidado. Estos grupos fueron:

1º- El grupo de los jefes o caciques, que estaba integrado por individuos investidos de un poder absoluto, que les servía para disponer de la suerte de sus súbditos. Tenían privilegios especiales, lo mismo que sus familiares, en cuanto a vestidos, uso de joyas y adornos, asientos, comidas, etc. Privilegio de este grupo era, por ejemplo, cazar venados y comer su carne; usar banquillos de arcilla para sentarse; vestir con mantas decoradas; tener habitaciones con cercados, y otros muchos que se negaron al común del pueblo.

El cacique de Hunza, llamado Zaque y el de Bacatá, llamado Zipa, eran los dos principales jefes y quienes se disputaron durante algún tiempo el dominio del territorio chibcha. Con todo, el Zipa siempre tuvo la supremacía. La línea de frontera de sus jurisdicciones corría entre Chocontá y Turmequé.

Uno de estos zipas, Nemequene, fue el unificador del reino de Bacatá, pues con gran talento y valor venció a los caciques que le negaban obediencia y los sometió, uno a uno, hasta lograr que no quedase rebelde en su jurisdicción. Se distinguió este soberano por su tino para gobernar al pueblo. A él se atribuyen los sabios principios de moral que orientaban la vida de la sociedad, principios que se guardaban en la memoria de todos y que eran acatados con el prestigio y la fuerza de las leyes. Este conjunto de principios, conocido como el “Código de Nemequene”, puede sintetizarse así:

Respetar a la madre, a la hija, a la hermana y a la sobrina. A quien violaba lo anterior, se le metía en un hoyo con sabandijas y se tapaba con una losa para que muriera allí. Igual pena se daba a la mujer que accediera a la violación de esta norma.

No desear la mujer casada. Si quien la deseaba era soltero, debía morir; si casado, dos solteros dormirían con su mujer.

Quien mataba a otro, debía morir.

El marido de la mujer que moría en el parto, perdía la mitad de sus bienes y debía darlos a su suegro o a su suegra o a los parientes de su mujer. Si la criatura quedaba viva, solamente tenía que atender a su crianza.

Las joyas y ciertos vestidos, no los podía usar el común del pueblo.

Los bienes de quienes fallecían sin herederos directos, debían quedar para el fisco.

Quien huía de la batalla antes que el jefe, era castigado con la muerte.

El cobarde se le vestía con ropas de mujer y se le dedicaba a los oficios propios de ésta, durante el tiempo que el jefe juzgase conveniente.

El impuro debía morir en medio de terribles tormentos.

Estableció, además, Nemequene, para los delitos menores, penas menos graves, como cortarles los cabellos, rasgarle los vestidos, etc.

Destacábanse a continuación, los caciques cuyos dominios estaban en lugares cercanos a las fronteras de pueblos enemigos y les seguían en importancia los que señoreaban regiones del interior del territorio. Un cacique de los de más prestigio, tenía a veces jurisdicción sobre otros de menor importancia. Estos caciques eran a la vez jefes civiles y militares, excepción hecha del cacique de Sogamoso, quien tenía un carácter netamente religioso, como que era el heredero del poderío, la santidad y la sabiduría de Bochica.

El cacicazgo lo heredaba el hijo de la hermana del cacique o su hermano, menos en Bacatá, en donde el sucesor era el cacique de Chía. En caso de no haber heredero, el zipa escogía su sucesor de entre los guerreros, mediante ceremonias especiales. Los hijos de los caciques sólo podían heredar parte de los bienes muebles.

2º- El grupo de los guerreros o guechas, comprendía hombres valientes y de especiales condiciones físicas. Estos guerreros estaban encargados de la defensa del país y se encontraban principalmente en los lugares de vigilancia que existían en la frontera. Llevaban siempre el pelo recortado y perforaciones en el tabique de la nariz, en las orejas y en los labios, en las cuales colocaban tantos canutillos de oro como enemigos hubiesen muerto.

3º- El grupo de los sacerdotes o jefes religiosos, hechiceros o jeques, estaba compuesto por las personas encargadas de ofrecer los sacrificios a las divinidades. Nadie podía hacer ofrendas sino mediante estos jeques.

La selección de estos individuos la realizaban unos jeques

que estaban encargados de la iniciación de los jóvenes en la hechicería. Gozaban de un grandísimo aprecio, pues se les consideraba investidos de poderes sobrenaturales y de un dominio absoluto sobre los fenómenos naturales.

El principal de todos era el cacique de Sogamoso, quien, como se ha dicho, tenía un carácter netamente religioso. De todas las partes del reino iban en su busca y las ofrendas que acompañaban las peticiones, hicieron del templo, que para el culto tenían, el más célebre por sus riquezas.

4º- Este último grupo estaba constituido por el pueblo en general, o sea todos los individuos que no estaban comprendidos en los citados anteriormente. Los miembros de este grupo estaban obligados a pagar tributos a los jefes y a obedecerles ciegamente. Como súbditos de monarcas absolutos, su distanciamiento de los jefes era enorme. El cacique podía hacer de ellos lo que bien tuviese, sin que éstos pudieran evitarlo. Quedaban, pues, incluidos en este último grupo, los comerciantes, los artesanos, los ceramistas, los orfebres, los tejedores, etc.

Los bienes de los padres de familia del cuarto conglomerado social, los heredaban los hijos y las mujeres que hubiese.

Costumbres y ceremonias especiales. – El pueblo chibcha tenía un gran número de ceremonias, basada la mayor parte de ellas en ciertas creencias y mitos. En relación con cada acontecimiento de la vida, tenían una manera especial de comportarse. Por lo tanto, practicaban ritos determinados en el nacimiento de un niño, en la iniciación de la época de la pubertad, en la iniciación como jeque, en la confirmación de los caciques, en la celebración del matrimonio, en los enterramientos, en la época de las siembras y en la de las cosechas, para conseguir de las divinidades algún favor, como la salud, buenos rendimientos en sus trabajos agrícolas, etc.

Veamos algunas de las principales ceremonias y costumbres rituales de los chibcha:

Cuando un indio iba a pedir la mujer con quien deseaba casarse, lo hacía directamente al padre o a la persona que viviese con ella, ofreciéndole algunos bienes económicos. Si la oferta no se aceptaba, debía ofrecer por dos veces igual cantidad. Si tampoco éstas se aceptaban, debía entonces desistir y buscar otra mujer. Pero si lograba el consentimiento del pa-

dre, entraba en posesión de la muchacha por algunos días hasta ver si le satisfacía como esposa, y si no, la devolvía a su hogar.

Otras veces, el indio mandaba al padre de la joven, sin antes haber hablado con él, una manta. Si éste no se la devolvía, le enviaba otra y una carga de maíz. Al amanecer del día siguiente el pretendiente se sentaba a la puerta de la casa de sus suegros sin hacer más ruido que el necesario para advertir su presencia. Los padres preguntaban quién era, a lo cual no debía dar ninguna respuesta, sino solamente esperar a que saliese la muchacha con quien iba a casarse. Esta aparecía con una totuma llena de chicha, la que probaba en presencia de su pretendiente, haciendo que éste tomase en seguida todo lo que más pudiera. Así quedaba celebrado el matrimonio. Cada indio podía conseguir tantas mujeres cuantas le permitiesen sus posibilidades económicas.

La ceremonia para la iniciación de los niños que serían jeques se realizaba de la manera siguiente: el niño era conducido a una casa especial en donde se le sometía a un sinnúmero de pruebas. No comía en el día más que una comida, sin sal y sin ají; se le enseñaban las ceremonias de los sacrificios y en esta vida permanecía 12 años. Después, le perforaban la nariz y las orejas, y le colgaban nariguera y zarcillos y, acompañado de muchos indios, iba hasta una quebrada limpia donde se bañaba; lo vestían con las mejores mantas para presentarlo al cacique, quien lo confirmaba en su ministerio, le daba nuevas mantas, un pequeño calabazo con cal y una mochila con coca. Venía luego la celebración de este acontecimiento con bailes y chicha.

Al hacer las casas y cercados del cacique, en los hoyos en donde habían de colocar el poste central del bohío y los que sobresalían del cercado, hacían entrar niñas y descargaban sobre ellas los pesados maderos; en esta forma perecían, pero con ello se creía asegurada la felicidad de los que viviesen en la casa.

Motivo de especial ceremonia era también el entierro de un cacique. Cuando éste moría, se preparaba su cuerpo con sustancias vegetales para que se conservase entero; lo colocaban en cuclillas y en esta posición lo ataban con fajas y lo

envolvían en las más finas mantas; se preocupaban, además por adornarlo con las mejores joyas que había usado. A continuación lo depositaban en el sepulcro que con este fin se había hecho desde los primeros días de su gobierno; este sepulcro era profundo y se localizaba en sitios especiales en donde fuera difícil encontrarlo; preferían las rocas, las cimas de las montañas, o a veces los lechos de los ríos cuyo curso desviaban; cuando lo cubrían, hacían correr nuevamente las aguas por el primitivo lecho y así el lugar del enterramiento quedaba completamente desconocido.

Con el cacique se enterraban las armas y utensilios que había usado y una buena provisión de chicha, maíz y otros alimentos. Para que lo acompañasen en la nueva vida que empezaba, también enterraban, vivos, a los servidores más leales y a las mujeres que más lo habían querido. Cada uno de éstos iba provisto del equipo necesario para desempeñar su oficio; y, para que no se dieran cuenta de lo que con ellos iba a hacerse, se les daba a tomar bebidas muy concentradas de tabaco y borrachero que los privaban del juicio, por lo menos mientras los enterraban.

Era costumbre, cuando se deseaba conseguir algún favor personal, ofrecer a uno de los dioses varios días de ayuno; durante este tiempo no se bañaban, ni comían carne en sus alimentos, ni probaban la sal ni el ají. Al fin de ellos, se presentaban al jeque con alguna ofrenda y esperaban a que éste hiciese las ceremonias en el santuario. Cuando oían las palabras con que se les anunciaba lo que les iba a suceder, si era fausto el acontecimiento, salían a bañarse con un jabón especial, se vestían con nuevas mantas y convidaban a sus amigos y parientes a las fiestas que durante varios días celebraban.

En los acontecimientos que celebraban los caciques, los regocijos terminaban con el sacrificio de víctimas humanas: en los grandes postes que había en frente de la habitación, ataban uno de los prisioneros de guerra y con dardos que lanzaban desde abajo, lo mataban. La sangre la recogían en vasijas especiales.

Cuando alguno quería hablar a su señor, se presentaba de espaldas, porque mirarlo a la cara era un acto de irreverencia y atrevimiento. Si el cacique quería que alguno de sus súbd-

tos se sintiera castigado, lo obligaba a que le mirase la cara. Esto era motivo suficiente para que el pueblo lo despreciara.

Mitos y creencias. – Pensaban, en relación con la creación del mundo, que de un ser a quien llamaban **Chiminichagua**, habían salido la luz y todo lo que existe. Este ser fue, por tanto, para los chibcha, el principio de todo lo creado.

En cuanto al origen de los hombres creían que de una laguna que hay cerca al pueblo de Iguaque salió una mujer a quien nombraron Bachúe, que quiere decir mujer buena. Esta mujer trajo consigo de la mano a un niño de 12 años con quien vivió hasta que tuvo edad para casarse con ella. De este matrimonio hubo tal cantidad de hijos, que el mundo se pobló de hombres. Cuando estaban muy ancianos volvieron a la laguna de donde habían salido y después de dirigir Bachúe a sus acompañantes algunas palabras en que les encarecía la práctica de todo lo que les había enseñado, se convirtieron en dos grandes serpientes.

Muy presente en la memoria tenía la leyenda de las llegada al reino de un hombre descalzo, vestido con mantas blancas, con el cabello largo y la barba que le llegaba hasta la cintura. Este gran personaje legendario, llamado Bochica, les enseñó a trabajar la tierra, y a tejer el algodón; les dejó, además, una serie de preceptos o normas de moral. Después de estar algún tiempo con ellos, murió a edad muy avanzada en Sogamoso. Bochica fue el mismo que acudió a socorrerlos cuando sus tierras estuvieron totalmente cubiertas por las aguas en un largo invierno. Con su vara mágica golpeó en las rocas del borde occidental, de la sabana de Bogotá y se abrió la grieta por donde se despeñaron las aguas que formaron el Salto de Tequendama.

Creían que después de la muerte se vivía otra vida semejante a la de este mundo y que a ella debían llevarse utensilios, alimentos, mujeres y servidores.

Divinidades.– Los chibcha fueron un pueblo politeísta. Entre sus principales dioses se contaron:

Chiminichagua, creador y origen de todo lo que existe.

Chibchacun, dios protector de los chibcha.

Suá, el sol.

Chía, la luna.

Bachué, diosa de la agricultura y origen de la especie humana. Se le rendía culto en las lagunas por haber salido y desaparecido en una de ellas.

Bochica, gran instructor y benefactor del pueblo.

Cuchaviva, dios protector de las madres y de los enfermos de calenturas.

Cada indio tenía, a su manera, la representación de estos dioses y le rendía culto en santuarios, pequeños bohíos dedicados especialmente para este fin.

Como lugares para el culto público existían algunos, ente los cuales los principales eran Sogamoso y la laguna de Guatavita. En ésta última el cacique entraba en una balsa y después de cubrirse el cuerpo con oro, se bañaba en sus aguas. Esto dio origen a la famosa leyenda del “Dorado”, tan íntimamente ligada con los viajes de algunos de los conquistadores españoles.

Idioma. – Este pueblo habló la lengua chibcha, lengua que se relaciona íntimamente con otras que se hablaron en Colombia y en otros sitios de América, y que, poco después de la conquista española, desapareció totalmente.

Sobre las rocas dejaron los chibcha una gran cantidad de figuras dibujadas con tinta roja; muchas personas han intentado descifrar estos dibujos, llegando a veces a sentar teorías fantásticas y hasta ha habido quién vea en ellos muchas de las letras del alfabeto griego. La verdad es que, hasta ahora, no es posible saber su significado, pues se carece de una base que permita hacer una interpretación verdadera.

Descubridores y conquistadores.- El territorio chibcha fue descubierto y conquistado en su mayor parte por Gonzalo Jiménez de Quesada y sus compañeros. Las tierras situadas al norte de Tunja, las descubrió y conquistó la expedición de Martín Galeano. Pero, además, en este territorio se dieron cita, atraídos por las seductoras noticias del “Dorado”, Federmán y Belalcázar.

De este pueblo muy poco quedó después de la conquista de los españoles. Lo que se le quiso imponer por fuerza, sólo lo aceptó mientras fue necesario para no sufrir el mal trato de sus amos. Se le destruyó mucho de lo que tenía y en cambio no se le reemplazó con nada, y de trabajador y laborioso que era

se volvió perezoso. Sus tierras le fueron arrebatadas y, para sus amos, que muy mal lo trataban, ya no trabajó con entusiasmo, pues ningún beneficio le redundaba del mayor esfuerzo que hiciera en su favor. Se volvió también mentiroso y no es extraño que llegara a serlo, pues las condiciones en que se encontró frente a quien lo dominaba, fueron de inferioridad, y mintió para defenderse. Se tornó desconfiado, porque no fueron pocas las veces que el español lo engañó para saciar su codicioso afán de riquezas. Sus industrias, cuando no desaparecieron totalmente, como la orfebrería, los tejidos, etc., decayeron de manera lamentable. Su cerámica, de tan alta calidad, llegó a ser infinitamente más ordinaria y rudimentaria. Para su precaria vida sólo unas ollas burdas le bastaban. El sentimiento artístico feneció totalmente y ni en la más sencilla composición decorativa volvió a manifestarse.

La represión violenta de las manifestaciones del conjunto chibcha, que impidió lograr algo de lo que ellos poseían, mucho de lo cual era de un innegable valor positivo, hizo de este pueblo lo que conocieron las generaciones de los tiempos de la Colonia y de la República. Juzgarlo sobre esta base es injusto, puesto que él se encontraba entonces en una situación inferior a la que antes tuvo, y dominado después de una violenta y exterminadora lucha.

Bibliografía

Castellanos, Juan de.- *Historia del Nuevo Reino de Granada*. Edición 1896.- Madrid.

Simón, Fr. Pedro.- *Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*.- Bogotá, 1891.

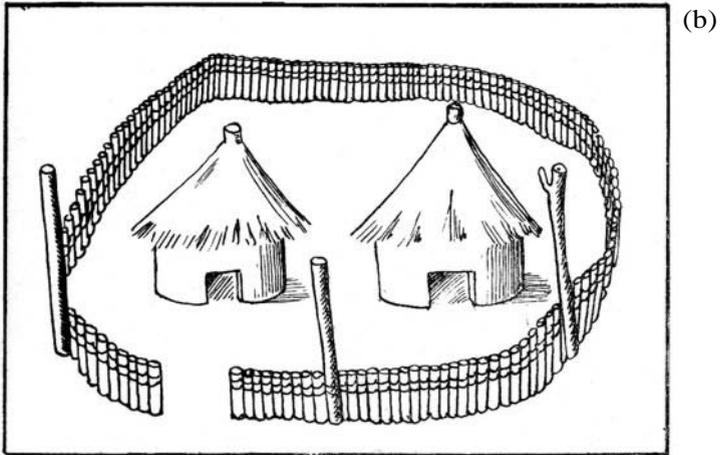
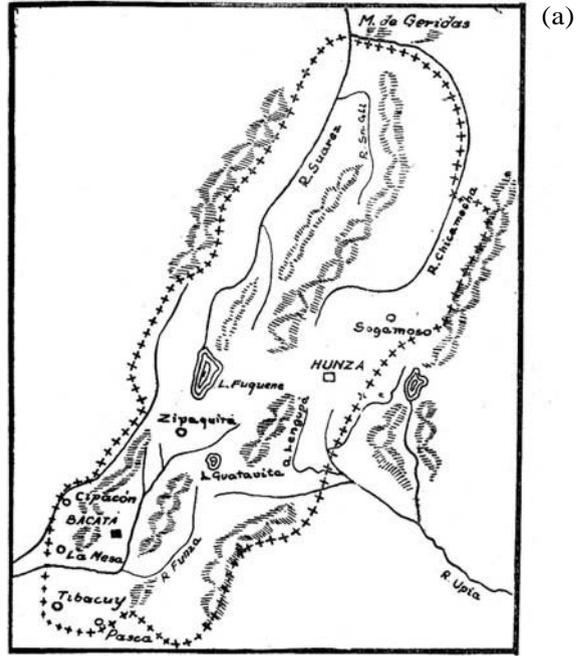
Fernández de Piedrahita, Lucas.- *Historia General de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada*. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.- 1942. Bogotá.

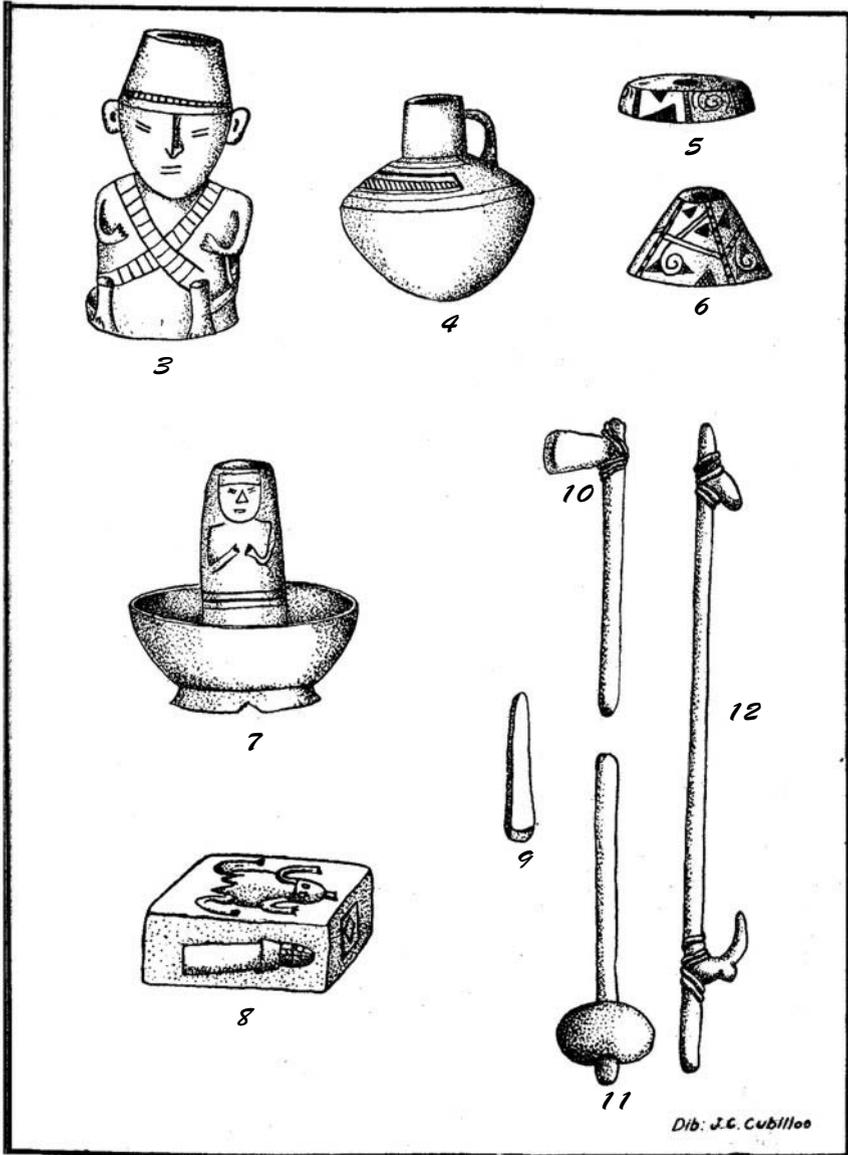
Duque G. Luis.- *Apuntes sobre el comercio entre los indios precolombianos*. Boletín de Arqueología. Volumen I.- No 1- Bogotá, 1945.

Datos tomados de su fichero particular.

Silva Celis, Eliécer.- *Investigaciones Arqueológicas en Sogamoso*. Boletín de Arqueología. Volumen I, No. 1, 1945. Bogotá.

Hernández de Alba, Gregorio.- *Los Chibchas, Museo Arqueológico*. Bogotá.





MITOS, TRADICIONES Y CUENTOS DE LOS INDIOS CHAMI

Por: MILCIADES CHAVES CH.

INTRODUCCION

En nuestra visita al grupo Chamí, perteneciente cultural y lingüísticamente a los Chokó y ubicado en la vereda Corozal, del municipio de Río Frío, en el departamento del Valle del Cauca, encontramos unos 60 habitantes, entre niños y adultos, repartidos en cinco casas. Estos indios han ido en migración desde hace unos quince años de los departamentos de Antioquia y Caldas hacia el sur. El señor Gerardo Reichel Dolmatoff, en cuya campaña realicé esta expedición, hizo un estudio de la lengua, mientras yo obtuve unas 22 fichas antropométricas, cada una de ellas con 62 datos, las que serán objeto de un estudio especial. Fueron recogidos, además, 180 objetos etnográficos, con los que se llevará a cabo un estudio de la cultura material de estos indígenas.

También recogimos varios de sus cuentos, mitos y tradiciones, que serán un aporte a los estudios folklóricos y que, además, ayudarán a esclarecer muchos de los problemas sobre los indios Chokó. Queremos con su publicación cooperar al desarrollo del folklore, que cada día toma mayor impulso en todas las naciones que pueden exhibir un cierto grado de cultura, ya que en la actualidad éste es un auxiliar para la Sociología, la Etnografía, la Arqueología y otras ciencias. La importancia de este estudio ha llegado hasta el punto de que au-

tores serios lo consideran como elemento indispensable en la formación de las nacionalidades. El folklore, desde William John Thoms, quien le dio este nombre, definiéndolo como “...aquel sector (department) del estudio de las antigüedades y de la Arqueología, que abarca todo lo relativo a las antiguas prácticas y costumbres, a las naciones, creencias, tradiciones, supersticiones y prejuicios del pueblo común” (2-15), hasta la definición que propone el profesor Augusto Raúl Cortázar; “...la ciencia que recoge y estudia las manifestaciones colectivas, con valor funcional en la vida del pueblo, que las práctica en forma empírica y tradicional” (2-25), ha recorrido un gran trecho y su objeto propio se perfila y esclarece cada día más. El folklore, que estudia el alma del pueblo en sus manifestaciones más íntimas, que guarda el bagaje cultural de civilizaciones ya remotas, que reconstruye todo un pasado, debe ser objeto de un gran interés por parte de aquellos que sienten la obligación de ayudar a formar una patria grande, rica y próspera.

La importancia de recoger los cuentos, tradiciones y mitos en los grupos étnicos que no conocen la escritura, se pone de relieve si se tiene en cuenta que un hecho histórico en dichas sociedades no se guarda más que en el curso de algunas generaciones, unos doscientos años como máximo (5, 122). Desde este punto de vista los mitos y tradiciones populares son el documento más importante sobre el que se ha de basar la historia de aquellos pueblos, en los cuales los datos históricos propiamente no existen. En Colombia, donde muchos de estos grupos tienden a desaparecer, bien sea por el mestizaje, enhorabuena cada día más fuerte, bien por la acción culturizante del Estado, es indispensable recoger cuanto antes todos estos datos, que forman varios capítulos de nuestra Historia Patria, que aún faltan por escribir y que, de no hacerlo ahora, podríamos perderlos para siempre. Nadie negaría la importancia de recoger el mayor número posible de cuentos, mitos o fábulas, ya que –como dice Müller– “...cada cuento tomado en sí mismo, puede parecer insignificante y absurdo, pero si se encuentran varias veces ciertos rasgos característicos, se hacen importantes, a despecho de su puerilidad y nos ponen en condiciones de descubrir algún método a través de sus absurdos”. (6, 179.)

Además el mayor número de variantes facilita encontrar el camino de la migración de un cuento, de una tradición o un mito, para establecer intercambios que a veces ni siquiera sospechamos.

Los nueve cuentos que a continuación transcribo, me fueron narrados, los cuatro primeros, por Nicolás Henao, indio chami que llegó a Calima hace unos quince años con muchos de sus compañeros, en migración desde el departamento de Caldas. Nicolás Henao tiene unos treinta años, habla su lengua y también el castellano, muy defectuoso, es cierto, pero lo suficientemente claro para comprenderlo. Las palabras que pronunciaba en su idioma me las tradujo él mismo. Nicolás es hermano del cacique o jefe de ese grupo y cuñado del brujo curandero. Me dijo que tales cuentos le fueron narrados cuando era joven, antes de venir de Balboa (Caldas). Los cinco últimos los recogí de boca de Rafael Bailarín, indio katío que, con el curandero del grupo, ejerce también el oficio de brujo; está casado con Pola Henao, india chamí. Según todas las apariencias, Bailarín tiene buena fama como brujo o curandero y realiza continuos viajes a los distintos lugares donde se encuentran los indios, en ejercicio de su profesión. Dijo que conoció los cuentos por boca de su abuela, antes de salir de su tierra. Bailarín es bilingüe y las palabras pronunciadas en idioma katío las tradujo al castellano.

I

ERUBIDA Y SIEBIDA

(Los indios del valle y los indios de la montaña)

Los indios que vivían en el valle eran enemigos de los de acá. Un día se fueron al monte a cazar, unas diez personas, con bodoqueras lanzas y anzuelos. Llevaban también consigo a las mujeres y a los niños chicos y grandes. El viejo dijo que fueran de cacería. Se fueron y durmieron en un rancho que hicieron; siguieron otro día y allí hicieron la cacería. Llegaron a las tres de la tarde y unos fueron río arriba y otros río abajo.

Dos indios jóvenes cogieron río abajo a pescar, bajaron muy abajo y se encontraron con los Erubidá (indios del valle) que al verlos los llamaron con silbidos. Los dos Siebidá (indios de

la montaña) dijeron: “Qué de malas!, encontrarnos el enemigo. ¿Qué hacemos?” Y regresaron de carrera al campamento, pero los Erubidá los siguieron, llevando consigo sus **bitrú** (macana larga), bodoqueras y arcos. Se fueron tras el rastro, río arriba. Y llegaron a las cinco de la tarde al campamento de los Siebidá y dijeron: “Vamos a matar a todos los Siebidá!” pues por la bulla que éstos hacían se dieron cuenta de que estaban en el campamento. Entonces se devolvieron un poco, para amolar las lanzas, preparar las bodoqueras y macanas, y nuevamente dijeron: “Hoy vamos a terminar con todos los Siebidá!”.

Los dos jóvenes regresaron y contaron que habían encontrado a los Erubidá, pero sus compañeros no les creyeron. Uno de ellos dijo:

“Yo no creo eso; eso es mentira.”

“Vean que estamos aporreados porque venimos corriendo”, -contestaron ellos-, pero los otros dijeron que era mentira.

El otro joven dijo:

“Bueno: como no nos creen, no se duerma usted, avíspese. Si matan a los demás, nosotros huiremos.” –Y así quedó el otro, avispadito–.

“Hombres!, no se duerman; los Erubidá nos están rodeando.”

Esto decían, en tanto que los levantaban para que no se durmieran. Como a las 11 de la noche llegaron los Erubidá a matar toda mujer, hombre, chiquito, todo, con lanza. Y así lo hicieron.

Los Siebidá, que se habían disfrazado de Erubidá, con majagua blanca, andea en la cabeza, sacaron sus lanzas, y para que sus enemigos no los reconocieran, dijeron: “acabemos con los Siebidá”, pero mataban a los Erubidá hasta que mataron como diez de éstos. Pero los Erubidá reconocieron a uno de los jóvenes y lo mataron e indicando al otro dijeron: “cuidado!”, que éste parece Siebidá”, pero él, al ser reconocido, brincó y cayó al río y atravesó al otro lado; los Erubidá lo persiguieron pero como era de noche no lo encontraron. A los demás Siebidá los mataron a todos, hasta los chiquitos.

El viejo de la casa soñó con malas cosas, amaneció aburrido y le dijo a su mujer: “Oye: a los muchachos les fue mal; soñé con sangre, con matar; los muchachos encontraron al ene-

migo.” Efectivamente, como a las cinco de la tarde, llegó el joven llorando y dijo:

“La familia se acabó, sólo yo pude brincar; resuelva usted que es el mandón, lo que hay que hacer. Yo les avisé, pero no me creyeron, no dormí, estaba avisado.”

Un muchacho de donde el viejo se enfermó y se murió pronto y éste lo dejó debajo de la casa, debajo de un cajón y no lo enterró. El muchacho estaba haciendo bulla en el cajón y a los ocho días fueron a verlo y ya estaba volteado boca abajo. El viejo dijo que rajaran bastante leña y que le trajeran del monte una yerba **beké**; trajeron unos grandes manojos de esa hoja, rajaron mucha leña e hicieron un gran fogón. Con una **kuyubra** (coyabra) echaron agua y el **beké**, y sacaron al que estaba debajo del cajón, que estaba como borracho y ya estaba vivo. El viejo lo sacó, lo trajo y dijo: “Siéntenlo en la leña”, y le hizo un baño con la yerba **beké**, como dos, como tres, como cuatro veces. Entonces ya quedó bueno y podía hablar. Y le pusieron el nombre de **Aribadá**.

“Ahora si vamos a pelear con los Erubidá, vamos a acabar con todos” –dijo el viejo– y se fueron como cincuenta, río abajo, en cinco canoas; de a diez en canoa, hasta que se juntaron como cincuenta. Llevaban bodoqueras y **miesú** (lanzas). Durmieron en el primer campamento; el segundo día, en el campamento donde mataron a los Siebidá, y el viejo lloraba por el hijo, por la hija. Toda la chaquira se la habían llevado los Erubidá. Encontraron los muertos y los enterraron.

Después se fueron a buscar a los Erubidá, los encontraron en una casa grande, tomando chicha en la bebeta de Erubidá, como veinticinco. El muchacho que bañaron con **beké** y que se había vestido como los Erubidá, con chaquira blanca en la cabeza y en las manos, con la pinta de jagua de los Erubidá, cantaba como éstos:

Nina, nina, nina

Nina, nina, nina, nina.

Y como se llamaba Aribadá, pensaba que era Erubidá y éstos lo entraron a la casa y le dieron chicha y él bebía:

“Hermanito, venga a tomar chicha.” Y no lo conocieron.

Los demás Siebidá estaban rodeando el patio y al Erubidá que salía, lo iban matando.

Aribadá también, con la chicha, se puso borracho y tocó tambor:

**Pit, pitri, pitri,
Pit, pitri, pitri...**

y los Erubidá dijeron: “Usted no está tocando bien”; entonces Aribadá dio a uno de ellos un golpe que lo sacó al patio y allá lo mataron los Siebidá, y así fue sacando de a uno y allá lo mataban los otros. Al amanecer ya los había matado a todos y sólo quedaba la vieja, que dijo: “Este no es Erubidá; es Siebidá”, y entonces la sacaron al patio y también la mataron.

Después se tomaron la chicha y se llevaron las chaquiras y encontraron cuatro muchachas:

“¿Cuántos son ustedes?” –preguntaron ellas–.

“Somos más de cincuenta –respondieron los Siebidá–, y mataron a tres de las muchachas, y la otra dijo: “No me maten; llévenme con ustedes”, y la llevaron para que indicara otra casa. Allá no había bebeta pero en el camino Aribadá mató un **inká** (murciélago) ⁽¹⁾, que tenía mucha contra si se agitaban un pañuelo blanco y uno colorado, a la manera de las alas del **inká**; entonces batieron los pañuelos para que se durmieran todos y no sintieran nada; cuando estaban dormidos los mataron a todos y también a la muchacha que les indicó la casa.

Dejaron otra muchacha para que indicara otra casa donde había bebeta y entonces a la noche iban matando a todos.

“¿Para qué acabar con nosotros? Vayan a hablar con el mandón para quedar de amigos”, dijeron dos muchachas de Erubidá.

“¿Dónde está?”

“Como cuatro casas de aquí, respondieron las muchachas.

Allá llegaron los Siebidá, y dijeron al Mandón de los Erubidá: “¿Por qué mató a nuestros muchachos que iban de cacería? ¿Acabamos con todos, peleamos hasta que terminemos los dos, o qué hacemos?”.

(1) Los indios Chamí tienen la creencia de que el **inká** (murciélago) tiene la propiedad de infundir profundo sueño a las personas, batiendo sus alas sobre el rostro. Y esta propiedad la adquiere quien mate al **inká** y agite suavemente un pañuelo blanco y uno rojo sobre alguien que duerme.

“No nos matemos. Yo no ordené matar a los tuyos, y de ahora en adelante, cuando nos encontremos, no nos matemos.

¿Qué dice?”, contestó el mandón de Erubidá.

“Bueno, Quedemos de amigos.”

Hicieron entonces una bebeta y el Mandón de Erubidá mandó preparar chicha para que tomaran y ya no se hicieron nada. Algunos de los Siebidá no tomaron, para estar listos. El viejo se emborrachó, pero sus Siebidá lo cuidaban.

Los dos viejos tomaron y se apaciguaron; el viejo Erubidá regaló a los Siebidá un cacique de oro como señal de amistad, y Erubidá y Siebidá se apaciguaron. Siebidá dijo: “¿Cuándo va a visitarme?” Se despidieron y llegaron a la canoa y se fueron a la casa otra vuelta. En dos días llegaron a la casa.

“Ya estamos en amistad, no haremos más pelea” –dijo el viejo–. Toda la gente supo que estaban apaciguados con Erubidá.

.....

2º- El muchacho Aribadá fue a cazar al monte. Mataba muchos animales y los traía para que todos comieran. Y él únicamente comía del monte; traía venado, guatín (conejo de monte); gurre (armadillo) y otros animales. Pero a lo último querían matar a Aribadá porque entraba a las casas y no lo sentían las muchachas, porque había matado a **inká** (murciélado). Llegaba donde las muchachas y decía “**kambeyá, kambeyá, kambeyá**”, al mismo tiempo que agitaba un pañuelo blanco y otro rojo, a la manera de las alas del murciélado, y todas se domían, y entonces hacía con ellas **kenubise** (tenía relaciones sexuales). Las muchachas no sentían y cuatro de ellas aparecieron embarazadas de Aribadá. Toda la gente supo y decía: “¿Cuál será el hombre que preña?”; a los viejos no les gustó nada ni tampoco a las mamás. A las muchachas les dijeron: “Si no dices quién fue, te vamos a matar.” Ellas contestaban: “Yo no sé, pero así estoy”. Y una mamá dijo: “No. Aquí tiene que haber un hombre.” Y pusieron mucho cuidado y esas muchachas se quedaron solteras.

Aribadá también tenía relaciones sexuales con las mujeres casadas. A otra casa en donde había una viejita, fue Aribadá y quiso dormirla para que no se diera cuenta. En esa casa ha-

bía muchas muchachas y mujeres casadas. Esa noche la viejita puso cuidado y vio cómo Aribadá dormía con la mujer casada. La viejita gritó entonces: “Levántense que vino un animal o gente y ése debe ser el que preña.” Aribadá le dijo: “No haga bulla; quédese quieta”, y se gozó con una muchacha soltera.

Al día siguiente se fueron a bañar la mujer casada y la muchacha soltera, pero no se dieron cuenta de lo que les había pasado la noche anterior. Y regresaron a la casa y desayunaron. La viejita conversó con el hijo y le preguntó: “¿No sintió algo que vino anoche y probó a la mujer suya y a la muchacha?” Entonces el marido le pegó a su mujer y por último le dijo: “Voy a matarla a usted.” Pero ella le dijo: “Yo no supe; yo no sé” y a él le dio lástima y ya no pegó más a la mujer. Dijeron entonces: “Hombre debe ser!”, y así culparon a Aribadá.

Un día pensaban matar a Aribadá; lo atisbaron en el camino; estaba borracho, pero dijo: “Me van a matar. No voy a pasar por allí” y no pudieron matarlo. Entonces le hicieron un banco de cabecera con el fin de machacarle la cabeza y le dijeron: “Duerma allí, que eso es muy bueno como cabecera.” Pero también supo y dijo: “Esta cabecera me la dan porque quieren matarme” y se volvió al monte. Allí mató venado, guatín, no perdía cacería y regresó al poblado y les dijo: “Vayan a traer un animal que maté.” Había como diez animales y él les dijo a los hombres: “¿aún quieren matarme?”.

De noche andaba y se iba a probar muchachas, mujeres casadas y solamente a la familia no hacía nada. Por fin un día iban a matarlo y tenían una gran olla de agua hirviendo, pero supo y les dijo: “Voy a traer un animal que ví” y se fue corriendo al monte y trajo muchos tatabros (*dycotyles torquatus*). Otro día también se fue de cacería y trajo venado, gure, tatabro, pavas, y los otros dijeron: “Aribadá viene a la tarde.” Tomaron un montón de **neerá** (veneno de ranas) para rasparlo y darle en una toma de chicha. Vino Aribadá a la tarde, muy hambreado y para la sed le ofrecieron la chicha. Pero él dijo: “¿Por qué me van a dar veneno? Le echaron **neerá**” y lo botó y quedó muy disgustado y con ganas de irse.

Otro día le dijeron: “Váyase a rajar leña, que vamos a hacer chicha **beká** (de maíz duro). Y se fue a rajar leña, y mandaron a un muchachito a traer la leña para que viera si esta-

ba allí. Aribadá rajó un montón grande de leña; cogió al muchacho y lo mató; lo fue a enterrar en la basura y se vino para la casa y le preguntaron: “¿El muchacho que le mandamos por qué se demora?”

“Ah!, a ese se lo comió **keway**; por debajo de la palizada oí chillidos pero no se lo pude quitar” –contestó–. Los otros pensaron: “Tal vez él fue; por eso lo niega.”

Por último, hicieron dos fogones las mujeres, pero con el único fin de cocinar en ellos, y pusieron dos ollas grandes con agua, y Aribadá, a quien le gustaba dormir junto al fogón, se durmió allí y durmió mucho. Una mujer dijo a la otra: “Venga le echamos agua; usted de allí y yo de acá.” Aribadá dio un grito y de un salto fue a caer al patio: “Ya me mataron” y los hombres le dieron de garrote y lo mataron.

Los hijos de Aribadá se llamaban Fronchí y Pononó; crecieron y cantaban:

**Hari bara bara
Pononó bara bú
Fronchí bara bara
Fronchi bara bú**

**Era mi padre Aribadá,
Yo soy hijo de Aribadá,
Y por eso nos llamamos
Frontí y Pononó.**

**A él lo mataron,
Pero nosotros estamos vivos,
Hijos de Aribadá**

NOTA COMPARATIVA

Este relato constituye una tradición, al parecer reciente, de cuando los indios de la montaña eran enemigos de los que poblaban el valle. Es la narración de cómo vencieron, después de muchas vicisitudes, aquéllos a éstos, y de cómo se realizó el tratado de paz. En este cuento aparece un elemento mágico interesante: el muchacho hijo del brujo, aparentemente muerto; después el baño con la yerba **beké** y su bautizo con el nombre de

Aribadá. A través de esta ceremonia hay una transformación del muchacho en algo que ya no es un hombre normal, sino un ser superior y desde este momento puede conseguir el secreto del **inká** (murciélago), para infundir profundo sueño a las personas; puede, además, disfrazarse eficazmente, hasta el punto de identificarse con sus enemigos; es un vidente que conoce las intenciones de los demás y puede, de esta manera, estar alerta en cualquier peligro. Este ser excepcional es hechura del brujo.

Wassén identifica a los Aripadá (Aribadá en nuestro caso) con los monstruos, y afirma que hay dos clases de Aripadá: unos de cuatro patas, parecidos al caballo, y otros de dos, que se parecen al hombre. Según este mismo autor, Nordenskiöld afirma que los hombres también pueden ser transformados en Aripadá. (9-119).

El padre Rochereau, en su relato sobre los Aribamias, dice: “El Aribamia es un animal temible (mitológico) en el cual reside una alma de Jaibaná. Los Jaibanaes o cualquier indio que desee volverse Aribamia después de muerto, toman mientras viven, una hoja que llaman güiban colorado. Mueren como cualquier sujeto y poco después se encuentra la sepultura abierta y no hay señales de cadáver. Esto indica que ya se volvió Aribamia. Otros dicen que como a los quince días de muerto el sujeto, aparece sobre la supultura una espumita blanca que va creciendo y dando forma al Aribamia; otros, que el sujeto desde la agonía se va cubriendo de pelos hasta quedar en Aribamia. La forma de éste es: un gran cuadrúpedo de cabeza enorme, en forma de cántaro que se come al que encuentra. Vive en los montes solitarios y no se le puede herir, porque, a más de no morir, de cada gota de sangre surge otro nuevo Aribamia, y ¿quién es el que se escapa de tantos si uno es terrible? Se alimenta de cangrejos. Los grandes Jaibanaes sí sueñan cómo los que pueden matar, y no puede ser un indicio cualquiera. El agua caliente hace incapaz de reproducirse la sangre de Aribamia. Dicen que sí conocen las reglas pero que no han dado muerte al primero.” (8-94). Este relato del Padre Rochereau arroja bastante luz para comprender cómo las dos mujeres, sin pensar en dar muerte a Aribadá, ponen a hervir las dos ollas con agua, pero una vez que está profundamente dormido le dan muerte

con el agua hirviendo. Esta es, pues, el arma eficaz para terminar definitivamente con Aribadá.

Entre los Huitotos encontramos también la creencia de que el agua hirviendo tiene la propiedad de matar al animal mitológico. El padre Plácido de Calella, en su relato del mito “Cómo hubo comida y agua para beber”, dice: “La primera gente que vino a la tierra no tenía dónde sembrar, porque la tierra era todavía pequeña y no alcanzaba; tampoco tenía semillas. Comían tierra: hacían como pelotas de tierra y las tostaban y comían. Había una muchacha muy bella, que tenía papá y mamá. Ella recibía comida –plátano, yuca y piña– y todo de un hombre que venía a ella en forma de culebra. Sus papás no sabían de dónde recibía tantas frutas y le preguntaban, pero ella no quería avisar. El hombre culebra estaba enamorado de la muchacha. Un día la mamá, mirando debajo de la casa, vio a ese hombre, comprendió de qué se trataba: se fue a calentar una olla de agua y bien caliente la echó sobre ese hombre, el cual se quemó y murió.” (1-38).

Como se ve, tanto entre los Chokó, como entre los Huitoto, el agua hirviendo aparece como el arma única para matar al animal mitológico.

II

ARRUMIA

(La hormiga arriera.)

Un joven era soltero; se mantenía rozando maíz chiquito; y vivían solamente él y su viejita mamá, porque papá viejito había muerto. Iba a pescar un día, cuando la arriera, que se volvía una mujer muy bonita, vino donde la mamá del joven y le dijo que se pusiera a cocinar plátanos, frisoles y maíz. La viejita se puso a recoger sin avisar al hijo. El vino por la tarde y dijo: “¿Y eso para qué recoge tanto?” “Necesitamos comer y estar listos”, respondió la viejita.

Otro día el joven se fue al monte, de cacería; la mujer vino a visitar a la viejita y le puso chaquiras y albahacas. El di-

jo: “Me voy a pescar”, pero era mentira; no fue. Junto a una raíz que estaba en un montón de tierra de un hormiguero de arrieras estaba triste y pensando, y allí lo encontró la mujer y se puso a hablar con él. Le dijo: “¿Por qué está aburrido?”

–“Porque pienso en usted.”–

“Yo no creo. ¿Cómo va a pensar en mí, sin conocerme?” El se fue a pescar y cogió un pescado para regalar a la muchacha; ella estaba aguardando y pensando si la engañaría, y, como no regresaba, la muchacha se fue a la casa porque la estaban picando las hormigas.

Al día siguiente, él se fue a rozar y encontró a la muchacha en el mismo punto y se conversaron y él le dijo que iba a juntarse a vivir con ella. Los hermanos de la muchacha venían y rozaban bastante y entonces se fueron a hacer la casa; él amontonó madera y los cuñados le ayudaron y la hicieron en un día. La muchacha trabajaba mucho; era muy trabajadora.

La muchacha fue a visitar a su mamá y le dijo que volvería por la tarde, pero no volvió; se estuvo una semana con su familia. El dijo: “¿Por qué se quedó sin orden mía?”, y le pegó para que respetara. Se fue a trabajar y se encontró una muchacha que antes era **Bokoró** (sapo), quién le dijo: “¿Por qué no dejas a **Arrumía**, que es muy vagabunda?” Entonces el muchacho se casó con **Bokoró** y dejó a su primera mujer. **Bokoró** era gordita y bonita, pero ella no trabajaba y por eso él sufría mucho de hambre y dijo: “Esta no trabaja; mejor me voy donde mi **Arrumía**.” Pero no la encontró.

La viejita quería mucho a Arrumía porque ella le daba plátanos y chonta-duro; las dos se querían mucho.

El hijo regresó a la casa donde la viejita y ella llegó por la tarde con plátano y chonta-duro. Entonces él le preguntó “¿De dónde trae eso?” “Mi nuera que me lo regala.” “Entonces me voy a buscarla.” Pero el joven no encontró el camino y lloraba mucho; a los cuatro días, cuando ya pensaba regresar, lo mordió una hormiga grande que al rato se volvió la muchacha; hablaron y le dijo: “¿Por qué no te vas donde la otra mujer?”

–“Esa es perezosa.”–

–“Ah!, cuando se tiene mujer buena, hay que manejarse bien con ella.”–

Arrumía se lo llevó entonces a la tierra de ella, en otro mundo, bien debajo, bien debajo. Allá se fueron a vivir; hicieron chicha y se emborracharon, se mordieron y cortaron. Después dijo él: “Yo ya me aburro aquí y quiero volver a mi tierra”, y le dijo a **Arrumía**: “¿Por qué no vamos a visitar a mi mamá?” Y entonces se volvieron donde la viejita pero después de un tiempo ella le dijo que se iría a su tierra y allí lo esperaba, pero que no la fuera a engañar.

El hombre quedó otra vez solo y entonces vino **Bokoró**, y vino también la familia de ella. Y le dijo: “¿Por qué me quieres dejar?”.

–“Sapo no me gusta ya, váyase!”–

La sapa se fue y **Arrumía** ya sabía e hizo mal al sapo para que se muriera. **Arrumía** subió cargado al sapo a un árbol y allá le dijo que se brincara y él se brincó y se reventó la barriga y se murió.

Después de un tiempo, el marido se fue a la tierra de **Arrumía** y con ella tuvo bastante familia; pero una vez el hombre se fue donde **Aremuko** (nombre de una tribu), que no comía comida; cocinaba tatabro y gurre, pero sólo comían el humo y botaban la carne, porque los **Aremuko** tenían la figura de hombres, pero tenían tapado el ano. El hombre llegó y comió y entonces le dijeron: “Usted sí que come sabroso! Lástima que nosotros no podamos comer sino el vapor no más!” El comía bastante, pero un día fue a satisfacer sus necesidades corporales y todos lo veían para ver cómo salía y todos decían: “Ese hombre come bastante y por eso tiene muchas fuerza.” Entonces se casó con una muchacha y vivió con ella y tuvo un hijo que salió como el papá, que también defecaba, y por eso la mamá estaba muy contenta.

Todos dijeron: “¿Por qué no hacemos gente como él?” y le prestaban las mujeres para que tuvieran hijos. El tuvo muchos y le dijo a su mujer: “¿Por qué no te hago remedio? Yo sé hacer operación.” Se buscó una como navajita de macana, emborrachó a la señora y le cortó en el año un huequito y le dio comida poquita, pero al fin comió como él. Todos preguntaron: “¿Cómo hiciste eso?” “Ah!, –dijo él–, eso es muy fácil.” A cinco mujeres les dio bastante chicha y a todas les hizo la misma operación y les dijo que tenían que comer de a poqui-

tos, y así ya todos podían comer. Todos dijeron que era médico, pero todavía los hijos salían con el ano cerrado; los llevaban donde él y se los cortaba. Después ya salían como él.

Otro día se volvió donde **Arrumía** y dijo: “Yo me voy donde mi mamá”; pero siempre pensaba volverse donde **Aremuko**. Pero **Arrumía** puso una piedra en el camino, bien pintadita de azul y que tenía un rotico para colgarla. El llegó donde la mamá y quiso llevarla a vivir donde **Aremuko**, pero al llegar donde estaba la piedra, no encontraron el camino y tuvieron que volver a la casa.

Estaba muy aburrido y se fue a pescar y encima de un charco encontró a la mujer **Aremuko**, y le dijo: “¿Cómo no va a acordarse de mí, si yo viví con usted?” “Yo quise volver pero no encontré el camino.” La mujer le dijo: “**Arrumía** te está haciendo mal; anda donde tu mamá y llévale pescado.” Al otro día volvió y encontró a la mujer **Aremuko** quien le dijo: “Trépose en mí y cierre el ojo.” La mujer se metió en el charco para adentro y se lo llevó. “Abra el ojo”, y ya se encontraron en tierra de **Aremoko**. Después de un tiempo dijo él: “¿Por qué no traemos a mamá?”, y ella dijo: “bueno, cierre el ojo”; él lo cerró y como en dos horas ya estaban afuera.

Llegaron donde la mamá y le pusieron una albahaca; la bañaron también con albahaca y después llegaron al charco y allí estaba otra muchacha de **Aremuko**; cerraron los ojos, se treparon en **Aremuko**, cayeron al charco, abrieron los ojos y ya estaban allá.

La viejita no era muy vieja y se casó en **Aremuko** y vivió mucho tiempo todavía. De esa gente aún hay allá abajo en el otro mundo.

NOTA COMPARATIVA

En este relato, además de traer la creencia antiquísima de cuando los animales se podían volver personas con todos los atributos del hombre, sobresale la idea del viaje al otro mundo de allá abajo, tras el fondo de la tierra, donde habitaban otros seres que se alimentan con el vapor que despiden los alimentos cocidos, porque carecen de órgano para la defecación. Este detalle del viaje al otro mundo es un elemento que debe tener-

se muy en cuenta, pues es bastante difundido entre los indios de América y cobra mayor importancia por encontrarse también entre los polinesios.

El Padre Rochereau, en su relato GERU-POTO-UARRA (El hijo de la Pantorrilla), dice lo siguiente: “El árbol al caer dio con el muchacho en la otra parte que hay, opuesta a la nuestra. Cuál fue su admiración al encontrarse en las tierras de Tutruica! Son esas tierras perfectamente planas, sembradas de chonta-duros (no se conoce otra vegetación) y las piedras son azules, de amolar, pues son finas... Muchas cosas raras vio allá el extranjero: las gentes no morían ni comían. Se alimentaban del vapor que despedían los chonta-duros cocidos y por tanto no tenían órganos de defecación. Al recién llegado se le ponían delante aquellos chonta-duros, y ya puede juzgarse su gusto al comerlos, pues es entre los indios un gran manjar. Grande fue la admiración de los otros al ver que éste no aspiraba, sino que comía, y éste no quedó menos admirado de la conducta de aquéllos... Tres que habían cedido a la curiosidad de comer chonta-duros se hallaban en aprietos y rogaron al extranjero que los rompiera, de resultas de lo cual murieron... Esas tierras se llaman Armucará...” (8-100, 101).

También Nordenskiöld en su cuento “Cómo recibieron maíz los indios Chocós”, trae el dato del mundo de abajo; al respecto dice: “Una noche vino una muchacha muy bonita que había salido de **Chiapérera**, el mundo de abajo. El muchacho quería seguir a la chica, y ella regresó a **Chiapérera** para preguntar a su papá y a su mamá si el muchacho podía venir. La noche siguiente volvió y le dijo que podía venir. Entonces se echaron al agua, se fueron abajo y se casaron.” (9-107.)

Tanto en los relatos de Nordenskiöld como en los del Padre Rochereau aparecen las piedras azules y hay que hacer notar, que Arrumía, para impedir el regreso de su marido donde Aremuko, coloca una piedra azul en el camino con lo que logra borrarlo, y así su marido y su suegra se ven obligados a desistir en el viaje. También aparece la similitud del viaje a través del fondo del agua, pues, tanto la mujer de Aremuko, como la muchacha de **Chiapérera**, llevan a sus pretendientes a través del fondo del agua, y allá se casan. Respecto a la creencia de

que el mundo de acá queda como en un piso alto de un edificio y que el mundo de abajo es como el primer piso donde se puede ir a través del agua, también la encontramos entre los polinesios, quienes –según Müller– “...creen que el cielo desciende desde los límites del horizonte y encierra la tierra. Por eso llaman a los extranjeros **papalangí** o “rompedores del cielo”; suponen que han debido romperle para venir de otro mundo situado fuera de él. Según sus ideas, vivimos en el piso bajo de una gran casa cuyos pisos superiores se suceden por encima de nuestras cabezas, al paso que debajo de nuestros pies, existen sótanos. En el techo hay agujeros para dejar paso a las lluvias. Los hombres visitan a los que viven encima, y los que viven debajo pueden subir a la superficie, y recibir también en correspondencia las visitas de los hombres.” (6-123,124)

III

SURRANABE

(El Gusano Grande)

Surranabe era bastante grande y se comía hasta los hombres y los animales; era muy bravo. Todo lo que arrimaba donde él, se lo comía; por eso la gente de indio, todos, todos, tenían mucho miedo. Pero una vez los mellizos lo mataron con la lanza; entre cuatro mellizos que se juntaron, lo mataron.

En el lugar donde lo mataron se formó una gran laguna y de entonces en adelante no se encuentran gusanos grandes, y ya no hay más cría de ellos; allí hay sí los gusanos pequeños. Los mellizos sabían mucha cosa; eran como gente de médico.

IV

KURIJIA

(Conejo de monte.)

Kurijía era muy perro (astuto); una vez se fue a prestarle una platica al sapo: diez centavos; treinta centavos al león; al tigre cuarenta centavos y al venado otros veinte, y se fue a eró (fiesta). Prestó al zorro y al mono como veinte centavos. Se vi-

no después donde un cazador y le pidió, un peso y se fue bebiendo trago, molestando con las muchachas; bebió como quince días. Hasta luchaba con las manos, con todo. Después dijo: “Se me acabó la plata”, y se regresó a la casa.

Vino el sapo en esos días a cobrarle y le dijo: “No tengo; véngase otro día.” Otro día vinieron león, tigre, zorro y mono, pero entonces **Kurijía** les dijo a uno por uno: “Súbanse al árbol mientras yo almuerzo”, y subieron león, tigre, zorro y mono. Comió **Kurijía** el almuerzo y vino el cazador a cobrarle: “Bueno: ¿qué hay de la platica que me debe?” “Yo le vendo cuero de tigre, de león, de mono y de zorro”, contestóle **Kurijía**. “¿Dónde están?” –preguntó el cazador–. “Allá en el árbol”, –dijo **Kurijía**. Y así mataron a todos. Pero entonces todavía dijo: “Me tiene que dar más plata, porque mis animales valen mucho.” Y el cazador le dio más plata.

Llegó el sapo a cobrar, pero tenía que ir con su compadre Aguilonte a reunión, y entonces **Kurijía** dijo: “Yo también voy con Aguilonte.” Aguilonte venía para la casa del sapo y dejó en el camino una maletica que llevaba y preguntó a la mujer del sapo dónde estaba su compadre, y ella le respondió que en la fiesta de reunión. “Ah!, mi compadre tan perro, cómo me dejó.” Pero el sapo no había ido sino que se metió en la maletica y se quedó quietecito. Aguilonte cogió su maleta y se fue a la fiesta, que era allá arriba. Se fue volando con su maletica. El sapo, cuando ya estaban allá arriba, salió sin que lo viera y cuando encontró a Aguilonte le preguntó: “¿A qué hora vino usted? Como yo no camino ligero, me vine adelante.”

El sapo se emborrachó, pero mucho. Había un charco bien largo de donde tomaban agua. El sapo se fue a bañar, pero, como estaba borracho, se quedó toda la noche y a la gente de allá no le gustó nada. Aguilonte bajó de la reunión y preguntó a la mujer del sapo: “¿Ya vino mi compadre?, y ella dijo que no. “Creí que venía adelante.” El sapo amaneció en el charco y la gente, al ver que había ensuciado el agua, lo cogió y lo derrumbó. El sapo en el aire decía: “Si caigo en piedra me vuelvo harina”, pero cayó cerquita y se derrengó.

La mujer quedó llorando: “¡Pobre mi maridito que se va a morir!”, pero él quedó apenas brincando. Y de allí en adelante todos los sapos se quedaron así, derrengados y brincando.

COMO CONSIGUIERON LOS INDIOS EL MAIZ
Y EL CHONTA-DURO

Murió una señora y su familia lloraba mucho. Entonces no había maíz en este mundo. Una señora ya muy aburrida salió a una montaña, miro al sol y así dijo a la compañera: “Llegará el día de morir también.” Al rato se apareció **Ancastor**, ave blanca, que se volvió hombre: “¿Por qué lloran tanto?” –les preguntó!–, y le dijeron que por la muerte de su hermana. **Ancastor**, les dijo que no lloraran porque ella estaba en el **Bajía** (cielo) y ellas dijeron que querían ir a verla. “Yo las llevo”, les dijo. “Pero, ¿cómo?” “Cierren los ojos”, y abrió las alas y las hizo montar en cada ala, pero les dijo que no abrieran los ojos, y las llevó al aire y llegaron al **Bajía**. Allí se desmotaron y siguieron a pie. Llegaron a una casa grande y encontraron a unas negras con unos senos tan grandes que les llegaban a las rodillas. **Ancastor** les dijo que no les hablaran y así siguieron hasta que encontraron mucha gente conocida que ya se había muerto, entre los cuales vieron a la hermana y también a un hermano que lo habían matado. Lo iban a abrazar pero **Ancastor** les dijo que no. Dos días estuvieron en el **Bajía**.

A la vuelta vieron maíz y chonta-duro que les pareció muy bueno; **Ancastor** les dijo que no llevaran ninguna fruta porque era muy peligroso para bajarlas, pero una de ellas guardó en la boca un grano de maíz y la otra una fruta de chonta-duro y **Ancastor** las bajó.

Cuando bajaron al mundo contaron a los demás indios que uno se muere pero en el **Bajía** se encuentra, y que traían frutas de maíz y chonta-duro; las sembraron, sacaron la semilla y después comieron. A todo el mundo le pareció bueno y todos sembraron y cosecharon.

NOTA COMPARATIVA

Este cuento es muy común entre los indios. Nordenskiöld lo encontró entre los Chokó. En el relato recogido por él también aparecen: su transporte del otro mundo; la oposición de los habitantes de allá para dejarlo traer, lo que obliga a que

se apele a la estratagema de esconderlo en el estómago, a la par que en nuestro caso lo esconden en la boca.

El relato de Nordenskiöld dice: “En los tiempos antiguos, los Chocós no tenían maíz y hacían **chicha** con la semilla de una planta trepadora, pinta. Había un muchachito cuyos padres y hermanos habían muerto. Lo criaban una mujer y un hombre de otra familia y a quienes él llamaba papá y mamá. Su madrastra no podía soportarlo y lo maltrataba. Por fin él no pudo resistir más, tomó una canoa con toldo y se marchó. Vivía en su canoa. Una noche vino una muchacha muy bonita que había salido de **Chiapérera**, el mundo de abajo. El muchacho quería seguir a la chica, y ella regresó a Chiapérera para preguntar a su mamá si el muchacho podía venir. La noche siguiente, volvió y le dijo que podía venir. Entonces se echaron al agua se fueron abajo y se casaron. En Chiapérera había **chicha** de maíz, planta que se cultivaba allí. En ese mundo obligaron al muchacho a bañarse para que mudara de piel. La muchacha quedó preñada y dio a luz un hijo. El hombre regresó a este mundo con su mujer y su hijo, y había hecho tragar toda clase de maíz a su chico porque sus parientes querían que se llevara maíz. Cuando el muchacho hacía sus necesidades, sus padres sacaban con un palo el maíz de entre sus excrementos. Repitió la misma operación varias veces hasta que tuvo distintas especies de maíz. La madrastra no quería a la muchacha ni al muchacho, y por fin la muchacha no quiso quedarse y regresó a su tierra levándose casi todo el maíz. Quedó solamente una mazorca de cada clase de maíz. De esta mazorca traen su origen las distintas clases de maíz que cultivan los Chocós.” (9-107, 108).

Entre los indios Chimila, que visité en compañía del señor Reichel Dolmatoff, en agosto del año pasado, también hallamos el cuento que narra cómo los indios consiguieron el precioso grano. Este importante texto recogido y comentado por el señor Reichel dice: “Antes los Chimilas no tenían maíz. Los Aruacos sí tenían mucho y eran gordos, pero los Chimilas comían sólo yuca y hierbas y animales del monte. Pero arriba en lo más alto del árbol ceiba, allá había como una tusa y allá estaba guardada la semilla del maíz. Entonces los Chimilas dijeron: “Vamos a cortar el árbol para coger la semilla y sem-

brarla!” Así fue y los hombres se fueron al monte para cortar la ceiba. Como no pudieron tumbarla el mismo día, regresaron a sus casas y volvieron por la mañana. Pero allá estaba el árbol bueno y sano como si nunca lo hubieran cortado. Trabajaron otro día pero tampoco pudieron tumbar el árbol y así regresaron la próxima mañana. Otra vez el árbol estaba allá bien compuesto y no hubo muestra del trabajo del día anterior. Así siguieron los hombres mucho tiempo. De día cortaron y cortaron pero nunca alcanzaron a tumbarlo del todo; de noche el árbol se compuso otra vez y crecía más y más. Entonces dijo un hombre: “Por qué no vamos también a trabajar de noche?” Así fue. Los hombres trabajaron todo el día y cuando cayó la noche no regresaron a sus casas sino que siguieron trabajando. A media noche tumbaron la ceiba. Entonces cogieron la tusa y cogieron la semilla y la sembraron. Así fue como los Chimilas encontraron el maíz.” (7-8, 9).

El señor Reichel lo relaciona con el mito del árbol de la vida tan extendido en América. Lo importante es que tanto entre los Chimilas, de origen amazónico (7-1), Arawak, y los Chokó, que son Karib, encontramos el mito de que el maíz fue conseguido después de una etapa de sufrimientos y con mucho ingenio y esfuerzo.

VI

AWENA

(La primera menstruación)

Encerraron en la casa a la india en la primera menstruación (**ke-oa**) y allí la demoraron mucho. A los dos meses fueron a verla y la encontraron sumamente gruesa, tanto que no pudieron levantarla; pero entonces no hicieron fiesta. Cuando regresaron a la semana, había crecido tanto que ya no cabía en la casa y tuvieron que desestantillar la casa y ella se crecía con los días. Se bajó al suelo y la quisieron levantar pero no pudieron; se iba enterrando en el suelo y se hundió con el mismo peso, y se hundió más y más hasta que se fue al otro mundo. Ella está debajo de la tierra y cuando se mueve, cualquier

movimiento pequeño suyo hace estremecer la tierra; si ella se moviera mucho, la tierra se volvería pedazos; ella es **Awena**.

2.- La hermana de **Awena** acostumbraba bañarse en un charco; la primera vez se bañó una hora y se volvió a la casa; la segunda vez se bañó dos horas. Entonces los padres fueron a ver por qué se demoraba tanto y encontraron mucho pescado, como nunca; les pareció muy raro y preguntaron a la muchacha: “¿Por qué hay tanto pescado?” y ella les dijo el pescado de ese charco no lo fueran a matar.

Un día se fue al baño y no volvió más. Cuando fueron a ver a los dos días, por qué no volvía, la encontraron de la cintura para abajo pescado e intentaron sacarla, pero ella les dijo: “No me sacan, ni me sacarán, porque yo soy la madre de los pescados **Betenabe**.” Por eso hay pescados y si nó no hubiera. Ella fue quien les dijo que la hermana estaba debajo de la tierra y que tan pronto como se movía, ésta temblaba.

Las dos muchachas nunca más volvieron y por eso ahora, durante la menstruación, no encierran a las indias.

VII

LA MUJER DE KARAGABI

Karagabi (dios, señor) estaba llagoso y los amigos lo convidaban a beber, pero no iba porque estaba enfermo. Entonces su mujer le dijo que la mandara a ella, y él le dijo: “Andá, pero bebé con juicio.” La mujer se llamaba **Barakoko** (lechuza).

Al amanecer, **Karagabi** se quitó el vestido llagoso y se vistió de particular y se fue a la bebeta donde estaba la mujer; se acercó a ella. Apenas ésta lo vio, dijo: “Estás buen mozo; yo tengo un marido con muchas llagas, y tú me gustas.” Y lo invitaba a hacer **kenone** (tener relaciones sexuales). Cuando terminaron se vinieron a la bebezón y allí **Karagabi** la arañaba para dejarle señas. Al fin la dejó y se fue para la casa.

Cuando regresó la mujer, le preguntó: “Cómo te fue?” y le preguntó si no estaba borracha; ella dijo que no y que sólo había estado con los amigos conocidos, pero con ninguno otro. **Karagabi** le preguntó: “Por qué estás arañada?” Fue en

un montecito, en un zarzo que me hice así”, contestó ella. Entonces **Karagabi** le dijo: “Tu me has mentido, tú serás de hoy en adelante **barakoko**.” La cogió de la boca y se la abrió por mentirosa. “Te volverás un pájaro” y al momento se volvió **barakoko** (lechuza).

Entonces el cuñado le habló como muy bravo y también lo volvió pájaro **obitéde** (corresponde al que en Nariño se denomina **pájaro reo**). Luego tomó a la cuñada como mujer de él y se la llevó. Por eso nosotros bailamos, bebemos y también hacemos **kenone** con las cuñadas.

Karagabi después llamó a todos los indios y cuando estuvieron reunidos los hizo que gritaran. El capitán de los indios era **Imaná** (tigre) y a lo que gritaron jar, jar, jar, juujuu, juu, le dijo: “Usted va a ser **Imaná**. Váyase para el monte.” Y se volvió tigre. Así como al capitán, a todos los demás indios los convirtió en animales y hasta hoy son animales. Solamente dejó a los indios que eran buenos y que no eran pícaros y de ellos nacieron todos los indios. Pero también a todos éstos los mató la lluvia (**kuetá bea sía**). Sólo dejó en una canoa a un indio y a una india y de allí nacieron todos.

NOTA COMPARATIVA

Karagabi en este relato se identifica con un dios o un héroe cultural, que castiga a la mujer por la infidelidad y la mentira. Fray Severino de Santa Teresa también trae esta versión, aunque con pequeñas variantes. Dicha versión la copio textualmente de la transcripción que hace Henry Wassén en “Cuentos de los Indios Chocó”, publicado en el “Journal de la Société des Américanistes”. Nouvelle série. Tomo XXV, p. 131.

“Cuentan, con mucha seriedad, que Caragabi tenía una mujer con quien vivía honestamente, pues tan sólo la necesitaba para cocinera. Conoció que la mujer era amiga de diversiones y holgorios. Caragabi quiso probar por sí mismo la fidelidad de su mujer para lo cual se fingió enfermo llagado. Apareció de un momento a otro todo el cuerpo de Caragabi llagado y vestido como de una lepra. Hubo entre los indios un **hemedé** fiesta grande a la cual quiso asistir la mujer de Caragabi, para ello pidió permiso a éste, suplicándole fueran juntos, bien

segura de que su marido no acudiría en aquel estado. Efectivamente, se fue sola toda vestida de oro. En el convite se embriagó la mujer, y, es que los indios no conciben convite sin embriaguez, pero embriaguez de primera. A este fin, repuesto de su enfermedad aparente, fue al lugar del convite o bebezón, a media noche, pues todas estas fiestas suelen ser de noche. Caragabi se le declaró como un amante. Volvió a repetirse esta escena por tres veces en tres convites distintos. La tercera vez se hicieron doce promesas de amor, y Caragabi le arañó la cara para recuerdo de su compromiso y se retiró antes que ella y tomó su primer vestido de lepra para fingir su permanencia en la casa. Al llegar la mujer, Caragabi le preguntó la causa de sus arañazos, a lo cual contestó ella que ignoraba porque estaba ebria. Descubierta ya su infidelidad, Caragabi la castigo en presencia de todos. La tomó en sus manos, le dio media vuelta, le estiró la boca en forma de pico y la convirtió en baracoco (lechuza). Caragabi tomó para sí a la hermana de su mujer y subió con ella al cielo, donde viven como hermanos, y el baracoco entre tanto pasa las noches mirando al cielo y cantando tristemente, jua, jua.”

Con la versión recogida por Nordenskiöld en el cuento “La Esposa de la Luna” también guarda un estrecho paralelismo; asimismo se presenta el marido con un vestido aparente de enfermedad; la fiesta donde la mujer quiere ir; el marido que llega a la fiesta como un apuesto galán; los rasguños o arañazos como señal de infidelidad; la negación de su pecado, al ser preguntada, y el castigo, que es la conversión en lechuza. Además, afirma Wassén que Nordenskiöld encuentra un paralelismo con el Gran Chaco por el arañamiento como señal de amor.

VIII

BIBIDIGOMIA

(Los indios caníbales)

Los indios iban de cacería y se perdían. Una vez los siguieron y vieron que otros indios los cogieron y se los llevaron; entonces regresaron a avisar. Esos indios que se robaban a los

otros no tenían casa sino que vivían en un gran árbol hueco que tenía como un balcón.

Mandaron al indio **Atamía** (diablo) a que siguiera a los indios y los encontró en esa casa; regresó y les contó dónde estaban y también les dijo que a los indios que habían llevado ya se los habían comido. Ellos fueron pero no encontraron la casa; pero uno de ellos la descubrió porque un indio sacó la cabeza por encima del árbol; entonces fueron a ver por debajo y encontraron la casa. Se regresaron entonces y recogieron ajíes, barbasco y **anamú**, por canastadas, y las quemaron en la raíz del palo donde vivían los indios. Con el humo se emborracharon los de adentro y fueron cayendo uno por uno, y allí, con garrote, los mataban. Al último, que bajo en forma de un negro un indio le dio un garrotazo, pero aquél lo agarró del pecho, lo mató y se fue; el indio quedó muerto. Entonces bajó un tigre y también lo mataron, pero la tigra se salvó porque brincó muy lejos y por eso todavía hay muchos tigres, pues la tigra estaba preñada.

Entonces se asomaron y vieron un montón de calaveras de todos los indios que iban de cacería y que se los habían comido. Encontraron una indiecita de esa tribu pero no la mataron sino que se la llevaron a su casa. Un día la dejaron cuidando un niño en una hamaca mientras iban por agua y leña; cuando volvieron la encontraron meciéndolo, le preguntaron si estaba dormido y ella dijo que sí. Pasó la hora de despertar y lo encontraron muerto, porque se le había comido el seso. Llamaron a los otros indios para ver qué hacían con ella y el mandón dijo que no la mataran y que la dejaran, pero a la media noche pasó lo mismo con un indio a quien se le comió el **puro morró** (seso) y el **mé** (órgano genital). En seguida la mataron.

NOTA COMPARATIVA

Este mito fue también recogido por el Padre Rochereau entre los Katío. En la primera parte de la tradición, Bibidi gomía dice: “Habían unos seres raros, mezcla de diablo, animal e indio, llamados Bibidi gomía. Vivían en la copa de los árboles más gigantescos (ya no existen árboles de ese tamaño). Sus manos eran cuchillos. Su jefe se llamaba Juratsarra. Una vez bajó

de sus alturas un Bibidi gomía y llegó hasta un bohío; en él encontró una mujer y la mató. El dueño de la casa no estaba presente y cuando volvió, determinó ir a perseguirlo. Así lo hizo, hasta que llegó al árbol. Lo inspeccionó muy bien y notó que aún no había subido el Bibidi; entonces se trepó por un bejuco que pendía del árbol y llegó hasta la copa. Allí encontró al tigre, que era guardián de la morada del Bibidi. Lo mató y se puso a esperar al Bibidi...” (8, 96.) Como se ve, hay un gran parecido con este relato; los Bibidigomía o indios caníbales viven en los grandes árboles, pero al fin son descubiertos y vencidos por los indios, los cuales terminan con ellos.

Este mito delata una antigüedad muy grande, pues aún aparecen las fieras, como el tigre, en convivencia con los indios.

IX

LA INDIA PIXAAWINA

Los indios iban de pesca y allá se encontraron con otros; una india se acercaba y los convidaba y cuando ya estaban solos, los mataba o los llevaba donde su gente. A unos se los comían y a otros los llevaban vivos; cuando estaban flacos los amarraban y los engordaban como a marranitos, les daban yucas cocidas, y cuando ya estaban bien gordos los mataban y se los comían, pero a una viejita sólo le daban el **me** (órgano genital), bien cocido.

Un día cogieron a otros indios y los engordaron; a todos los castraron menos a uno, porque la india **Pixaawina** dijo que lo dejaran para que creciera. La india hizo uso del indiecito; cada vez que se iba a arrancar yucas, decía: “Voy a llevar este marranito para que hoce por allá”, pero entonces los dos allá hacían uso y gozaban.

La viejita dijo a **Pixaawina**: “¿Por qué no lo sueltas por allá? Yo ya estoy cansada de comer sólo miembros.” La muchacha aceptó y dijo que se iría con el indio; se fueron y a las cuatro horas los persiguieron porque se habían dado cuenta de su fuga. El muchacho le dijo a **Pixaawina**: “Tú debes saber por dónde vienen” y ella contestó que sí. Entonces cogieron un balso que había en el río, se montaron en él y se fueron río

abajo para no dejar rastro. Cuando ya estaban cerca de la casa del indio, **Pixaawina** le dijo: “Ya no nos persiguen. ¿Qué quieres llevar a la casa?” “No tengo con qué matar, ni con qué pescar”, respondió el indio; ella le dijo que en lo alto de ese árbol había perro de monte, que subiera a cogerlo, pero él no quiso, diciendo que era muy feo y que podía matarse. Entonces ella subió y bajó mucho perro de monte y se fueron a la casa.

La india cazaba venados, tatabros; era muy buena cazadora; cazaba hasta de noche, hasta que tuvo dos hijos. Al fin se murió, porque se subió a un árbol que tenía huecos, metió la mano en uno de ellos y no pudo sacarla y se murió. El marido fue a buscarla al ver que no llegaba, la bajaron y la enterraron. Los dos hijos fueron buenos cazadores, mataban venados, tatabros, perro de monte. Nunca perdían cacería.

NOTA COMPARATIVA

La costumbre que aparece en este relato, de coger al prisionero, castrarlo, engordarlo y comerlo y dar de preferencia el órgano sexual de la víctima a la más anciana, también lo trae el padre Rochereau en un aparte de la tradición Bibidi gomía. Dice al respecto: “Un bibidi cogió de prisioneros a dos burumías y los volvieron eunucos para que engordaran para comérselos. Uno de ellos escapó, reunió un ejército de burumías a atacar a los Bibidi, pero ya se habían comido al otro burumía. Una vieja Bibidi indignada por la mala ración que le había tocado en suerte (le tocó el órgano vergonzoso), cuando se comían al burumía, lloraba inconsolable y ayudó para que los burumías triunfasen de los Bibidi. Estos quedaron aniquilados. El tigre guardián se llamaba Imaná pacoré (tigre-suegra)”. (8, 96).

Bibliografía

- 1 Calella (Plácido de, Padre). *Breves notas mitológicas de los huitotos de Santa Clara (Amazonas-Colombia)*. Amazonía Nos. 4-8, t. II, 1944, Pasto. Tipografía Villareal.
- 2 Cortázar (Augusto Raúl). *Bosquejos de una Introducción al Folklore*. Conferencias pronunciadas en la Universidad Nacional de Tucumán en agosto de 1941. Talleres Gráficos de Miguel Violetto. Tucumán, 1942.

- 3 Cortázar (Augusto Raúl). *Breve esquema de los Estudios Folklóricos en la Argentina*. Acta Americana, Vol. I, octubre-diciembre 1943. Fondo de Cultura Económica de México.
- 4 Englert (Sebastián, Padre). *Tradiciones de la Isla de Pascua*. Publicaciones de la Comisión de Estudios sobre la Isla de Pascua. Universidad de Chile. Imprenta San Francisco, 1939.
- 5 Genep (A. van.). *La formación de las leyendas*. Editorial Futuro. Buenos Aires, 1943.
- 6 Müller (Max). *La Mitología Comparada. Los Cuentos y Tradiciones Populares, los Usos y las Costumbres*. Editorial Assándri, Córdoba (Argentina), 1944.
- 7 Reichel Dolmatoff (Gerard). *Mitos y Cuentos de los Indios Chimila*, Boletín de Arqueología, Vol. I No. 1, febrero de 1945, pp. 3-29. Editorial Kelly, Bogotá.
- 8 Rochereau (Henri, Padre). *Nociones sobre las creencias, usos y costumbres de los Catíos del Occidente de Antioquia*, Journal de la Société des Américanistes de Paris, Nouvelle Série, t. XXV, pp. 71-103, París.
- 9 Wassén (Henry). *Cuentos de los Indios Chocós*. Recogidos por Erland Nordenskiöld durante su expedición al Istmo de Panamá en 1927 y publicados con notas y observaciones comparativas de Henry Wassén. Journal de la Société des Américanistes de Paris, Nouvelle Série, t. XXV, París.

G E O G R A F I A

LA CORDILLERA OCCIDENTAL, REGION DE LOS RIOS TIMBA Y NAYA

Por: HANS BLOCH

INTRODUCCION

Publicamos a continuación el informe de doctor Hans Bloch, Ingeniero Forestal del Valle del Cauca, por su importancia desde el punto de vista geográfico. El doctor Bloch nos acompañó en la expedición que realizamos a la Cordillera Occidental, cabeceras del río Naya, hecha con el propósito de localizar a los posibles descendientes de los indios Yurumanguí.

Queremos con esta publicación destacar la importancia de la Geografía en todos sus aspectos, como auxiliar de primer orden para las investigaciones de carácter etnológico en que estamos empeñados. La experiencia obtenida en las excursiones llevadas a cabo hasta el presente por el Instituto Etnológico Nacional, nos ha convencido de la necesidad de la presencia del geógrafo en estas expediciones, con el fin de elaborar todo lo concerniente a los aspectos físico, humano y económico de la Geografía, es decir, las correlaciones entre el medio y el hombre; las transformaciones que éste ha impuesto a aquél, y para indicar el mejor aprovechamiento de las riquezas naturales. Al lado del beneficio que pueda derivar la Etnología, los estudios económicos y geográficos serán también de suma importancia para un mejor conocimiento de la realidad nacional.

El informe del doctor Bloch toma mayor importancia si se tiene en cuenta que por la región que visitamos se facilita la construcción de vías de penetración hacia el Pacífico, con lo cual se abrirían así nuevas tierras a la colonización, en las cua-

les abundan maderas de diferentes clases que podrían constituir una nueva fuente de riqueza nacional. —**M. Ch. Ch.**

EL MAPA DE LA OFICINA DE LONGITUDES

El mapa oficial del Valle del Cauca publicado por la Oficina de Longitudes en 1927 y en el cual están basados todos los demás mapas oficiales, contiene algunas inexactitudes en la región de las cabeceras del río Naya. Al dejar esta constancia no quiero criticar la magnífica labor de los señores ingenieros de la Oficina de Longitudes, pero el propio secretario de dicha oficina admitió en la “Revista de Ciencias Naturales”, que en las regiones en donde la Oficina no pudo establecer posiciones astronómicas ni apoyarse en mapas fidedignos, tales como trazos de carreteras, etc., los mapas estaba basados en croquis suministrados por alcaldes, maestros de escuela, hacendados, etc. Por consiguiente, estos mapas, por excelentes que hayan resultado en general, deben contener algunas inexactitudes, particularmente en regiones inexploradas hasta la fecha. A todos los ingenieros que han participado en la construcción de la carretera de Cali al mar, les consta, por ejemplo, que la hoya hidrográfica del Anchicayá, en este mapa, es muy inexacta, ya que dicho río se confunde con su afluente del Dagua y que los demás afluentes de ambos ríos están colocados demasiado al oriente.

El cerro Naya no se encuentra al occidente del nacimiento principal del río Timba, sino mucho más al sur. Al oeste del nacimiento del Timba se halla, por el contrario, una depresión que, según el altímetro no muy preciso que llevamos, tiene una altura de 2.430 metros sobre el nivel del mar; y el pico más alto de la cordillera o sea el que divorcia las aguas tributarias del Cauca de aquellas que buscan el Pacífico, sube lentamente, tanto al norte como al sur de esta depresión. Por el nombre de la mejora más cercana, propiedad del señor Peregrino Hurtado, denominé este punto Depresión de “El Cominal”.

El nacimiento principal del río Naya, hasta el que no llegamos pero que sí divisamos perfectamente, toma su origen, no frente al Timba sino más al sur, y su dirección general, divisada por nosotros desde varios filos, es de sureste a noroeste. Co-

mo consecuencia lógica de estas observaciones, los nacimientos del río Chuare, afluente del Micay, deben hallarse más al sur del punto donde los coloca el mapa oficial.

En lo referente al límite entre los Departamentos del Valle del Cauca, cabe hacer las siguientes observaciones: Al este de la Cordillera Occidental, este límite está bien definido, por el nacimiento principal del río Timba y por la comunicación más corta y perpendicular de este nacimiento, con el filo más alto de la cordillera. También el curso bajo y bien conocido del río Naya, constituye un límite que, según mis conocimientos, no es discutido por nadie. Empero, la inconformidad del curso alto del Naya con el que especifica el mapa oficial, puede dar lugar a dudas sobre la posición de este límite.

Región del río Timba

Suelos. – Son limosos en general, limo-arcillosos en la parte baja y limo-arenosos cerca del filo de la cordillera. La capa vegetal es buena, con excepción de aquellas zonas muy inclinadas que se encuentran completamente desforestadas, y en las cuales la erosión ha sido considerable y ha dejado el subsuelo sin capa vegetal, estéril y con muy pocos pastos comunes. La desforestación no es tan intensa como en la mayor parte del Valle, pero sí constituye un serio problema.

Topografía. – Predominan las inclinaciones fuertes. Sin embargo, existen algunas zonas planas y poco inclinadas, tanto en el clima caliente, como en el medio y el frío, en las cuales puede intensificarse la agricultura.

Clima. – La precipitación pluviométrica es algo mayor que la de Cali. La estimo en 1.100 a 1.200 mms. en la región baja, que sube hasta los 1.600 mts. en la parte alta, hablando siempre de la región al oriente de la cordillera, pues al occidente de la misma rige un clima muy distinto. En la finca “El Cominal”, a los 2.150 mts. sobre el nivel del mar, el termómetro marcó 14 grados centígrados por la mañana y 21 grados centígrados al medio día. La temperatura media del año sería, a esta altura, un poco menor, o sea de 16 a 17 grados centígrados.

Agricultura. – Los productos agrícolas principales son: la caña, el maíz, la yuca y el plátano, en la parte baja, y el café en

el clima medio. Creo que en el Valle del Cauca, al oriente de Timba, puede incrementarse el cultivo de arroz; en los cerros por debajo de los 1.200 metros, el cacao y en las zonas menos inclinadas que se hallan a la altura de “El Cominal” (de los 2.000 mts. en adelante), el trigo, la cebada y la papa. Estas últimas regiones sirven también para cultivos de frutales de tierra fría, tales como duraznos y manzanos, asimismo para el cultivo del repollo.

La parcelación no es ideal, puesto que hay un predominio del “potrerismo”, o sea el sistema de propiedades extendidas y mal aprovechadas, con pastos comunes.

Entre los pastos sembrados merece mención el micay, que, en la zona alta, alcanza una altura de 30 centímetros. Una industria casera que requiere atención y fomento es la producción de almidón de yuca. Los baldíos son pocos y están situados en su mayoría en tierras muy inclinadas, de manera que en la región al oriente de la cordillera, no son recomendables nuevas colonizaciones.

Explotación forestal. – Hay una diferencia notable entre los sistemas de explotación forestal en los dos municipios que comparten la hoya hidrográfica del río Timba: Jamundí, en el Valle, y Buenos Aires, en el Cauca. Mientras en el Valle predomina el salvajismo de las talas “al parejo”, en el Cauca siempre se conoce el sistema del entresaque. He visto en la región de Quebrada del Chupadero, “chachajos”, llamados en el Cauca “canelos” (aniba perútilis) maderables, todavía en pie, en medio de las fincas, cosa que nunca he observado en ningún municipio del Valle. También se cultiva en el Cauca el “otobo” (*dialyánthera otoba*) para utilizar sus frutos en usos farmacéuticos, y los otobales se conservan y se explotan cuidadosamente por entresaque, y hasta se replantan.

Noté, pues, que en Colombia sí existe una especie de silvicultura sistemática, y, por tanto, tengo que rectificar mi concepto anterior de que el “odio al árbol”, el instinto de destruir ciegamente los arbolados, sea una herencia de los indios nómades. Por el contrario, los indios del Cauca son los que conservan el árbol, mientras los colonos antioqueños del Valle lo destruyen.

Hay algo sobre lo que quiero llamar la atención y que existe en el departamento del Cauca: los Inspectores Municipales de Bosques, que son, al mismo tiempo, Inspectores de Caminos. Esta institución me parece buena, toda vez que un Inspector puede cumplir con su deber de conservar el bosque sin provocar el odio de los colonos, procurándoles la construcción de buenos caminos de herradura, que facilitan la venta de los productos de la agricultura intensiva y hacen que los colonos se empeñen menos en extender sus predios que en explotarlos intensivamente.

En la región del río Timba existen, entre otras, las siguientes forestales: Canelo o chachajo –**aniba perútilis**, comino crespo –**ocotea trianae**–, barcino –**calophyllum sp.**–, jigua –**nectandra concinna**–, chaquiro –**nectandra sp.**–, chilco, arracacho –**vochysia duquei**–, cedro colorado –**cedrela físilis**–, otobo –**dialyanthera otoba**–, y varios robles –**erithrobálanus sp.**–. En el crecimiento secundario, o sea en predios desforestados y dejados luego de nuevo a la población natural, se encuentran: el cascarillo –**ladenbergia magnifolia**– y el riñón –**brunelia sp.**–.

Merece atención una advertencia que me hicieron los colonos: el nombre de la cordillera “El Ceral”, que hoy está completamente desforestada, estéril y escasamente poblada con pasto común, se debe, según ellos, a árboles de cera que antiguamente eran frecuentes en esta zona. Aparentemente se trata de incienso o del anime, ambos del género **Persea**. El último –que no lo encontramos en esta región, pero sí en la parte del clima medio de la hoya hidrográfica del río Naya, al occidente de la cordillera– tiene un gran porvenir como productor de trementina y me parece recomendable el ensayo de replantar los “cereales” de esta región.

III

Región de los nacimientos del río Naya

Durante la excursión entramos desde la Depresión de “El Cominal” (2.480 mts.), hasta un punto situado sobre un río, grande, cuyo caudal fue estimado en 2.000 litros por segundo,

afluente del Naya, a los 1.370 mts. Visitamos, pues, las zonas fría y media.

Suelos. –Limo-arenoso y limoso-francos. La roca fundamental es, en la parte más alta de la cordillera, de granito; más abajo se asocian a ella los basaltos y las pizarras arcillosas. (La misma repartición predomina en toda la Cordillera Occidental). La capa vegetal es buena, especialmente en las partes menos inclinadas.

Topografía. –Inclinaciones fuertes entre el filo y la región de “El Cedral” (2.100 mts.); más suaves entre esta zona y la situada más o menos a los 1.700 mts.; muy inclinada, quebrada y abrupta por debajo de esta altura. (Alcanzamos a divisarla hasta los 1.200 mts. sobre el nivel del mar, aproximadamente.) En los alrededores de “El Cedral” hay zonas de extensiones limitadas, aptas para la agricultura.

Clima. –Muy húmedo y lluvioso; la precipitación pluviométrica parece ser un poco menor que en la región de los nacimientos del Anchicayá, pero siempre muy por encima de los 2.000 mms. Los siguientes datos de temperatura y presión barométrica fueron tomados durante la excursión ⁽¹⁾:

L U G A R	ALTURA en mts.	HORA	TEMPERAT Grados C.	PRESION en mms.
Filo de la Cordillera Occidental.	2.624	1 p.m.	20,4	576
Mejora »El Cedral».....	2.200	6½ a.m.	14,6	607
» » »	2.200	8½ a.m.	16,0	605
» » »	2.200	6½ p.m.	16,0	606
Campamento »Nampirán».....	1.795	8½ a.m.	18,5	633
» »	1.795	12 m.	22,0	625
Campamento Unión	1.645	8½ a.m.		645
» »	1.645	12 m.	23,0	646
» »	1.645	6½ p.m.	21,0	645
Punto más bajo de la excursión	1.495	1. p.m.	25,0	660

(1) Estos datos anotados en el cuadro son muy aproximados y de ninguna manera exactos, porque carecen de todo control, según las acostumbradas fórmulas para exactitud, que, por la premura del tiempo, pudieron realizarse.

Puesto que la excursión tuvo lugar en el verano (febrero), las temperaturas medias del año serán un poco más bajas que las tomadas, o sea de 16 grados centígrados a los 2.100 mts. de 21 grados C. a los 1.700, y de 22 grados C. a los 1.360 mts.

Agricultura. – Toda la región está en selva virgen, con excepción de la mejora de “El Cedral”, propiedad de señor Roberto Palacios, que contiene algunas plazas sembradas de maíz.

Como ya se dijo, las únicas zonas aptas para la agricultura en las regiones que visitamos al occidente de la cordillera, son las situadas en las cercanías de “El Cedral”, y particularmente de esta mejora hacia abajo.

En las demás zonas visitadas, la alta inclinación de los terrenos impide los desmotes y los cultivos agrícolas. Y, aunque no hay por qué proteger los cursos de las aguas tributarias del Naya, sí debe protegerse el suelo, que una vez desmontado se derrumbaría infaliblemente y se volvería estéril, como se observó en las cercanías del río Timba y en muchísimas otras regiones.

Por las altas humedad y precipitación pluviométrica, la región que señalé como apta para cultivos agrícolas en las cercanías de “El Cedral”, no me parece propia para el trigo ni para la cebada, pero sí para la papa, el haba, el maíz y el repollo.

No puedo dar, a base de esta excursión, un concepto acerca de las hoyas hidrográficas de los ríos Naya y Yurumanguí, por debajo de los 1.200 metros de altitud, que no alcancé a visitar. Es muy posible que en esta región –que es precisamente la que alberga los indios Yurumanguí– existan zonas agrícolas bastante extensas.

Explotación forestal.– Si las condiciones agrícolas de la región no son muy halagüeñas, en cambio las perspectivas de la explotación forestal son muy buenas. Existen, en apreciables cantidades, el cedro clavel –*cedrela bogotensis*–, el cedro colorado –*cedrela fisilis*–, el cedro cebollo –*cedrela mexicana*–, el canelo o chachajo –*aniba perútilis*–, el candelero –*hyerónima duquei*–, el jigua –*nectadra concinna*–, el arenillo –*nectandra sp.*–. A estas especies se agregan en las zonas de

clima medio, las siguientes: el anime –**persea sp**–, el **sande** o popa –**brosimum útil**–, varias palmas, y, particularmente, el guayacán amarillo –**tabebuia spectábilis**–, excelente para construcciones y para durmientes de ferrocarril.

No ví quinas en la excursión. Y como quiera que muchas personas de Cali se muestran optimistas con la existencia de éstas en la Cordillera Occidental, quiero aclarar que realmente existen en aquellas partes de esta cordillera que he conocido hasta ahora –de Versalles para el norte hasta el límite del departamento, y de Calima hacia el sur hasta las regiones de esta excursión–, aparte del cascarillo –**ladembergia magnifolia**–, dos especies de rubiáceas que vulgarmente se denominan “quinas”: una que se encuentra entre los 1.800 y los 2.600 metros, bastante frecuente en toda la cordillera, pero con un porcentaje de quinina demasiado pequeño para una explotación rentable, según pudo comprobarse por análisis que hizo verificar el señor José Aparicio López. Creo que esta especie no es del género **chinchona**, sino también **ladembergia**. (No me fue posible conocer sus flores ni sus frutos, pero su apariencia exterior es muy semejante al cascarillo).

Por encima de los 2.600 metros, en los cerros del San Juan, al sur del Queremal, encontré otra especie de rubiácea, de un sabor sumamente amargo. Esta misma especie se encuentra, a la misma altura, en las minas de “El Socorro”, en los nacimientos del río Cali. Traje algunas muestras de su corteza al Laboratorio de la Facultad de Agronomía de Cali, pero la cantidad era demasiado pequeña para un análisis satisfactorio. Si se encontraran cantidades mayores de esta especie en regiones algo accesibles de la cordillera, su explotación resultaría, posiblemente, rentable.

Explotación minera. – Hace poco tiempo, según noticias publicadas, comenzó la explotación del oro en las playas de la parte baja del río Naya, por una compañía minera. Pero, por la configuración geológica de la región, me parece que las minas más abundantes deben estar situadas en las partes altas y en las cabeceras de este río, de la misma manera como sucede en el río Cali y, como lo supongo también, en el Anchicayá y en el Pepita. En la quebrada afluente del Naya que visitamos, hay buenos aluviones.

IV

VIAS DE COMUNICACIÓN

Existe un camino de herradura desde Timba hasta la finca “El Cominal”, relativamente bien conservado. Desde “El Cominal”, por la depresión que señalé con el mismo nombre, hasta la mejora de “El Cedral”, hay una trocha muy pendiente, a lado y lado de la cordillera. Y de allí en adelante no se encuentra ningún camino.

Son muchos los caminos de herradura que hacen falta en la hoya hidrográfica del río Timba, en ambos departamentos (Valle y Cauca), para intensificar la agricultura de esa región, y creo que, para la explotación forestal y posiblemente para la minera, es muy importante la construcción de un camino de herradura hasta la vertiente del Pacífico pasando por la depresión de “El Cominal”, pues ésta constituye la mejor oportunidad que se ofrece para entrar, sin gastos gigantescos, a la región al sur de la Carretera al Mar. Supe, por algunos informantes, que el extinto y distinguido ingeniero vallecaucano, doctor Heraclio Uribe Uribe, después de una explotación de estas regiones, conceptuó que la carretera de Cali al mar debería construirse, no por el Dagua ni por el Anchicayá, sino por Timba, por las cabeceras del Naya. Podría ser exagerado o aventurado ese concepto, pero lo cierto es que esta depresión brinda una maravillosa oportunidad para explotar las maderas del alto Naya, y el Departamento del Valle, que ya carece de maderas para construcción, debe interesarse por este camino; y digo tal y no carretera, porque el colono está más interesado en utilizar sus propias bestias que en proporcionar altas ganancias a los empresarios de camiones.

El Departamento del Valle tiene en proyecto una carretera que irá de Timba al Pital y que me parece de suma importancia.

V

CONCLUSIONES

1°.- El mapa oficial del departamento del Valle, necesita algunas correcciones en la región de las cabeceras del río Naya;

2º- La agricultura puede fomentarse en la zona del río Timba, mediante parcelaciones y caminos de herraduras.

3º- La explotación forestal en la hoya hidrográfica del río Timba debe organizarse y vigilarse mejor, para evitar las erosiones del terreno, especialmente en la parte perteneciente al departamento del Valle;

4º- En las cabeceras del río Naya, la Gobernación de Departamento puede fomentar la fundación de una pequeña colonia agrícola de tierra fría;

5º- La explotación forestal en las cabeceras del Naya ofrece grandes posibilidades si ella se organiza y se controla, y si se construye un camino de herradura que penetra hasta ellas;

6º- La depresión de “El Cominal” ofrece buenas posibilidades como punto de paso para vías de penetración al mar.

L I N G U I S T I C A

LAS TRIBUS ENTRE LOS RIOS BRANCO, ORINOCO, RIO NEGRO Y YAPURA, SEGÚN TEHODOR KOCH GRUNBERG

Resumen y traducción del libro FETSCHRIFT EDUARD SELER, editado por Walter Lehmann. Stuttgart. Verlag von Strecker, und Schröder, 1922. pp. 205-266.

Por: ROBERTO PINEDA G. Y ERNESTO GUHL

BREVE RELACION GEOGRAFICA

El territorio estudiado por Koch Grünberg (Ver mapa) tiene una extensión aproximada de 500.000 kilómetros cuadrados. Imposible nos ha sido averiguar con precisión la población total del mencionado territorio, pero está en nuestro poder el dato de la misma del Territorio Nacional del Río Branco de los Estados Unidos del Brasil, que alcanza la cifra de 15.000 habitantes, con una población relativa de 0.06 habitantes por kilómetro cuadrado, población relativa que, en los territorios de Colombia, Venezuela y Guayana Inglesa, incluidos en el mapa y que tienen que ver con nuestro estudio, es la misma o varía en muy pequeña escala.

La altura media de estas regiones es de 200 m. sobre el nivel del mar, con elevaciones que, en la parte Norte, pasan de los 1.000 metros y alcanzan su máxima altitud en el monte Roroima con 2.810 metros de elevación. Hacia el Sur la altitud disminuye incluyendo el respectivo cambio de vegetación: en el Norte, sabanas; al Sur, la selva amazónica. Las sabanas presentan un clima seco con bruscas variaciones diarias de temperatura: fría durante la noche y cálida durante el día; largos y secos veranos, y períodos de lluvia. Las selvas, en cambio, presentan temperaturas uniformes y cálidas, ambiente húmedo y lluvias casi constantes.

La región a que nos referimos se encuentra prácticamente en

la divisoria de aguas del Orinoco y del Amazonas, correspondiendo a la cuenca hidrográfica de cada uno de estos ríos su vegetación típica: al Orinoco, las sabanas; al Amazonas, la selva tupida. La región de sabanas es propia para la cría de ganado y así podemos ver cómo recientemente el gobierno del Brasil estableció en el territorio de Río Branco, cinco granjas para la cría de ganado vacuno.

Las fajas que en el mapa que se publica aparecen como territorios desconocidos y que corresponden a las mismas que Koch Grünberg trae como tales en el suyo, en realidad son desconocidas actualmente, pues no hay estaciones meteorológicas, ni población reconocida, a más de que son muy pocas, casi ninguna, las cartas geográficas de esas tierras. Lo que puede conocerse tanto geográfica como cartográficamente de esa región, es lo hecho durante la época de la Colonia por la Casa de Contratación de Sevilla, que tenía desde su fundación –1503–, una sección cartográfica bajo la dirección de un cosmógrafo y un piloto mayor. En 1575 se amplió y ganó en importancia esa sección y se creó el cargo de cosmógrafo mayor, siendo uno de ellos Juan López de Velasco, quien redactó un formulario con cincuenta cuestiones para, con el material recogido, hacer una “Descripción Universal de las Indias”, material que, no aprovechado, permanece aún en el Archivo General de las Indias en Sevilla.

En los años de 1886 y 1895, el general Vergara y Velasco solicitó y obtuvo del gobierno del país, en dos ocasiones, orden y apoyo eficaz para verificar simultáneamente en todo el territorio un trabajo de cuestionario en todo semejante al de López de Velasco, trabajo que se realizó, pero que aún no es suficiente para el conocimiento de las regiones del país que quedan incluidas dentro del mapa que hoy presentamos.

En la elaboración del mencionado mapa, nos hemos servido del mismo que trae Koch Grünberg en su libro VOM ROROIMA ZUM ORINOCO; del mapa de las Américas, de la Sociedad Geográfica de Nueva York, y del de la República de Colombia, del Capitán Oscar Torres Tobar, I.C.

GRUPO KARIB

La mayor parte de las tribus del Río Branco son karib y la más importante de entre éstas es la de los *Makusi*, que se encuen-

tra entre los ríos Mahú, Tucutú y Rupununi, en regiones fronterizas entre el Brasil y la Guayana Británica, especialmente entre los bosques de Canunú y Canocón, de donde avanza hacia el Noroeste hasta el Cotingo y más allá de este río hasta el Surumú, ocupando en el sur las sabanas del alto Parimé-Mahúa en donde viven conjuntamente con los *Wapisana*, tribu Arawak. También se encuentran algunos pequeños grupos *Makusi* en la orilla derecha del Uraricuera, cerca de la desembocadura del Tacutú y que se hallan mezclados con *Wapisana*. La parte más occidental de los *Makusi*, separada del resto de la población por los *Wapisana*, habitan en Maracá y forman en la isla del mismo nombre, un centro aparte con el pueblo de Santa Rosa. Las epidemias contraídas en el contacto con los blancos los han diezmado casi por completo.

Los *Makusi*, por razones geográficas y dialectales, se dividen en varias subtribus, de las cuales la más importantes son *Mo'-noikó*, *Aseppangong*, *Kenólolo*, *Tewayá* y *Eliang*.

Los *Monoikó*, viven en la parte baja del Cotingo y en las montañas al Oriente del mismo.

Los *Aseppangong* viven en la parte alta del Tucutú; tienen fama de ser asesinos y brujos secretos.

Los *Kenólolo* viven en las fuentes del Cotingo. Tienen como particularidad lingüística la terminación *dzo* en casi todas sus palabras.

Los *Tewayá* habitan en “Maloca Bonita” en las faldas sudoccidentales de las montañas de Manarí, a la izquierda del río Surumú central, y en la parte alta del río Maiarí.

Los *Eliang* son los *Makusi* de Maracá. Su lengua tiene diferencias dialectales muy marcadas con el propio *Makusi*.

Taulipang. Son vecinos de los *Makusi* en el Norte y el Nordeste y su idioma es parecido al de éstos. Son los mismos *Arekuna* de Mr. Shomburgk y los *Yarekuna* o *Yalicuna* de los *Wapisana*. Su población alcanza a unas 1.500 almas. Viven desde el Surumú hasta el Roroima y al Sudeste hasta coger la parte alta de los ríos Parimé-Mahuá y Maiarí hasta la isla Maracá. Son habitantes de sabana y sólo en contadas ocasiones penetran en los bosques del alto Surumú. Las diferencias dialectales de los *Taulipang* del alto Maiarí con los del Roroima son muy pequeñas, siendo en cambio muy marcadas las diferencias antropológicas. Sus parientes más

cercanos son los *Arekuná o Arekuna o Yarekuna* que, en aspecto físico, se parecen mucho a los *Taulipang* del Roroima. Su territorio empieza en la parte Noroccidental de las montañas de Roroima y se extiende bastante en las partes altas de los ríos Caroni y Paragua hasta cerca de las orillas del Cauca. El nombre *Arinagoto* es el verdadero nombre de los *Arekuná* y de ellos los *Kamarakoto* son una subtribu.

Akawai (Akawoi, Wacawai, Waika). Siendo parientes de los *Taulipang*, tienen pocas relaciones con ellos. Se llaman a sí mismos *kapohn o kapong* (gente) y de su estado en esa época nada nos dice Koch Grünberg.

Ingarikó, compuesto por las subtribus *Temomökó, Kukuyikó, Alupáluo, Kuyalakó y Kakólico* que llevan los mismos nombres de los ríos en que viven, pertenece al idioma *Arekuná o Taulipang* y tienen entre sí diferencias dialectales pequeñas.

Respecto a los *Ingarikó* hallamos en el libro de Koch Grünberg lo siguiente: “Los *Ingarikó* no existen ni han existido jamás. Distintas tribus llaman a las otras *ingarikó*, pero ninguna se llama a sí misma con este nombre. Los *Makusi*, por ejemplo, hablan de los *Tatamona* como *Ingarikó*; también los *Arekuná* llaman a los *Acawai, Ingarkó, etc*”. Este es el concepto del padre Cary Elwes S. J., misionero del Sur de la Guayana Británica, en carta dirigida a Koch Grünberg en abril de 1921. Y éste los acepta.

Waiyamara o Waiyumara se encuentran al Norte y al Nordeste de la Guayana Británica.

Ipurukoto o Purukutó o Purugotos o Purigotos, parece que en la época de los viajes de Koch Grünberg ya habían desaparecido. La Comisión de límites de Brasil y Venezuela en 1882 los encontró en escasa cantidad tal vez no más que una familia en la parte sur de la isla de Maracá y Koch Grünberg da como posibles causas de su extinción las epidemias y las continuas guerras con tribus enemigas. Su idioma es una mezcla del Nor-nordeste karib y parte del grupo *Makuschi-Taulipang*. Sólo existen de ellos vocabularios muy incompletos y a los que hay llegar con cierta reserva.

Yekuaná. Vecinos del Norte de los *Makú*. Son los mismos *Mayonggong* de los *Makusi*, los *Maquiritare* de los venezolanos y los *Pauaná* que llaman los *Arekuna*. Tienen una cultura muy atrasada y un idioma con varios dialectos por la extensión misma de

la tribu. Algunos de éstos llevan el nombre de *Dekuaná*, pues existe una diferencia dialectal en la que se cambia la *d* por *y*. Viven en los afluentes de izquierda de las partes central y baja del Ventuarí, afluente de derecha del Orinoco. Los *Yekuaná* llegan hasta el alto Ventuarí, hasta su afluente de izquierda, el Yatete. Su idioma tiene gran parecido con el Waiyumara. Viven pacíficamente con los *Guinaw*, tribu arawak en el alto Orinoco, Merevarí y alto Auari.

La mayoría de la población al Norte del Ventuarí es karib; en su ribera derecha viven los *Yabarana* o *Yauarana* en la desembocadura del Manapiari. En este dialecto son típicas las pronunciaciones guturales.

Panare. Viven en el Cuchivero, vecinos de los *Kurasikana*.

Taparito o *Taparitas*, en la parte baja del Cauca y entre éste y la zona Cuchivero. También se encuentran en las orillas del Nichare, pequeño afluente de izquierda del Cauca.

Kurasikana y *Wökiare*, en las fuentes del Manapiari.

En la parte Noroccidental de la gran zona entre el Río Negro y el Yapurá, conocidos con el nombre de *Umaua*, nombre que es más bien de carácter burlesco, viven unas tribus karib. Se localizan especialmente en el Cuñaré, en la comisaría del Caquetá; en la región Noroccidental del Yapurá y en el río Yarí o de los Engaños. Son caníbales e idénticos a los llamados *Carijonas*, que en su idioma quiere decir gente, hombre, y viven en las cabeceras de los afluentes del Apaporis y Yapurá. Se dividen en subtribus con nombres especiales y ocupan el territorio desde las fuentes del Apaporis hasta la región central del Yarí y de aquí hasta el Orteguaza.

Hianácoto: en el alto Vaupés, en el Cuñaré, en el Macayá y en el Yarí o de los Engaños. Al Sur de ellos se encuentran los *Tsahátsaha*.

GRUPO ARAWAK

Wapisana: Se encuentran en la parte alta del Río Branco, en el Tacutú Central y en el bajo Araricuera. En el tiempo de los viajes de Koch Grünberg su población se encontraba reducida a menos de 1.000, debido al continuo contacto con los europeos o blancos. Son habitantes de sabana. Se encuentran también en las partes montañosas y región del alto Cotingo, al sur del Surumú.

Anota Koch Grünberg entre ellos la presencia de una *r* fuerte, cosa única en los idiomas americanos. Están mezclados con los *Makuschi* y los *Taulipang* en el Uraricuera y de esa mezcla quiere el autor hacer derivar la palabra *Ingarikó*.

Atorai: viven en las fuentes del Tacutú y Rupununi y su dialecto apenas sí tiene pequeñas diferencias en el *Wapisana*.

Amariba. Es una tribu *Wapisana* que vivía en las fuentes de los ríos Tacutú y Rupununi. Desaparecidos.

Pausiana. Se localizan en los ríos Macajahi y Catremani. Su idioma es muy parecido al de los *Wapisana*.

Guinau. Se llaman a sí mismos *Temömeyeno* y parece que son los mismos *Guinares*. Es una tribu que está en extinción y que no utiliza casi nunca su idioma, el que tiene grandes semejanzas y aún palabras idénticas a las del Baré, idioma arawak principal del Casiquiare y del alto Río Negro, bastante diferente de los demás dialectos Arawak.

Desde la parte alta del Orinoco y extendiéndose desde el Casiquiare-Río Negro y llegando en partes hasta el Yapurá, se halla un territorio de dominio Arawak en el que se encuentran tribus de las que apenas se conoce su nombre, como los *Mauaka*, *Kunipusana*, *Jerubichahenas*.

Mauaka, en el río del mismo nombre, afluente de izquierda del Orinoco, y en las fuentes del Pacimoni.

Kunipusana, en la parte central del río Siapa.

Jerubichahenas, en el río Tomo, afluente derecho del Guainía o Río Negro, Desaparecidos.

Yabarana, al Este del Casiquiare; con excepción de unos pocos individuos, esta tribu desapareció.

Uirina. Vecinos de los Yabarana en el río Mararí.

Mandauaka. Su dialecto es parecido al arawak de los *Ikana*; viven en las fuentes del Kababurí afluente del Negro central, que desemboca un poco arriba de la población de Castauano; también en la parte alta del Pacimoni que fue considerada como su verdadera tierra. Formaban la población de Ponciano y Quirabuena, de los cuales el primero desapareció y el segundo cambió su nombre por el de Mandauaka, formando, en la época a que nos referimos, por dos ranchos.

Baré. Tribu la más importante de la región del Casiquiare y del río Negro, cuyo idioma quisieron tomarlo algunos como for-

mado por mezcla de varias lenguas, pero que Koch Grünberg considera como un puro dialecto Arawak. El río Baría le da su nombre y ellos mismos se nombran Balä. Hacia el Norte y el Nordeste llegaron más allá del alto Orinoco, hasta las fuentes del Caura, con los casi desaparecidos Guinau. También se encontraron con otros indios en Manaos, Moreira, Thomá, Castauano, Sao Gabriel y otras poblaciones del Río Negro central y bajo. Sao Carlos es hoy día el centro Baré; se encuentran igualmente en Solano, mezclados con sangre blanca, en los pueblecitos del Bajo Casiquiare y del alto Río Negro, si que también en los afluentes del Bajo Casiquiare y en la parte alta del Orinoco como colonizadores o bogas. Son Baré, asimismo, los habitantes del Pacimoni.

El idioma Baré, que se ha extendido pacífica y también guerrera-mente, ha ocasionado el hecho de que muchas de las tribus que lo hablan no sean Baré. Tales los Marabitanas en el pueblo de *Marabitana*, que se llaman a sí mismos Baré, y que, según Mr. Spruces, son los mismos *Marabitanas o Manitibitanos*.

Baniwa. Tribu principal del Guainía, vive en el pueblo de Mawa y en otros de las orillas de aquel río y del Atabapo y forman gran parte de la población de San Fernando de Atabapo.

Yabitero. Así se llaman los habitanes de las fuentes del Atabapo que viven en el pueblo de Yabita, fundado a principios del siglo pasado por el cacique del mismo nombre. Hablan un dialecto arawak muy semejante al Baniwa del Guaviare y Atabapo. Son una mezcla de distintos arawak y el verdadero nombre del dialecto parece ser el de *Paraene*.

Uarekena, Uariquena, Guariquena, Urequena, Arequena. Fueron obligados a fundar el pueblo de Mareuá, que más tarde se llamó Barcellos; se encuentran en la desembocadura del Xié y en Borda, en el bajo Madeira. Muy escasos en el Guainía en los pueblos de Tomo y Guzmán Blanco.

Baniwa. Ocupan todo el río Isana, afluente de derecha del Negro; está dividida en subtribus. En la parte baja viven los *Karutana*, nombre que acepta Koch Grünberg para evitar confusiones con los *Baniwa* de Venezuela. Estos *karutana*, a más de sus idioma hablan la lingoa geral.

Derunal, a la izquierda del Isana, vinieron del Norte.

Katapolitani, al Occidente de los anteriores, río arriba. Entre éstos y los *karutana* hay muy pocas diferencias dialectales. Domi-

nados por la invasión arawak, aceptaron su idioma, y son tratados despectivamente por sus vecinos, tipo duro arawak.

Siusi. Se encuentran en las partes baja del Cuiari, afluente de izquierda del Isana, y central del Aiary, también afluente del Isana; en las orillas de éste, cerca de la desembocadura de aquél, a inmediaciones de las cataratas.

Ipeka o kumata minanai, están más arriba de los Siusi, siguiendo el Isana, y son parientes muy cercanos de éstos.

Payoarini. Más arriba de los anteriores, en el mismo río.

Tapiira. En un afluente del Isana, arriba de los *Payoarini*.

Adzaneni. En la parte alta del Cuiary y sus afluentes derechos; en el alto Guainía y en su afluente de derecha, el Tomo.

Huhuteni. En la parte baja del Aiary. Fueron influenciados por los Arawak de los que se diferencian físicamente. Aceptaron toda la cultura de los Siusi.

Kawa o Kaua-tapuyo (hombres de las abejas), son la población mayor del Aiary, en cuya parte alta viven, lo mismo que en algunos de sus afluentes centrales; emigraron del Querary, región que fue invadida por un grupo Tukano, adoptando los *kaua* la lengua y costumbres de aquéllos. Después de su emigración al Aiary encontraron relaciones con Arawak puros, especialmente con los Siusi, y en 1903 sólo la población anciana hablaba *kobeua* (tukano), mientras las generaciones jóvenes hablaban arawak. La población total del Isana se calcula entre dos y tres mil habitantes.

Tariana o Taliana, en el Vaupés, divididos en dos grupos por los Tukano. Subtribu suya son los Yurupari, habitantes del Vaupés. Su idioma está desapareciendo y comienza a ser reemplazado por el tukano.

Kauyari. Son arawaks que emigraron del Isana al Sur, llegando al Vaupés y a sus afluentes como el Cauanarí, el Piraparaná y otros, y al alto Apaporis. Su idioma es muy parecido al arawak hablado en la región del Isana.

En las orillas del Miritiparaná, afluente de izquierda del Yapurá, viven los *Yukuna* emparentados con los idiomas arawak del Isana; tiene una subdivisión, los *Matapy-tapuyo* en el Uacayacá, afluente de izquierda del Miritiparaná y en las orillas del Boopeyacá, afluente derecho del Apaporis.

GRUPO TUKANO

Los *Tukano* o *Dachseá* viven en la parte baja del Vaupés hasta la primera catarata, subdivididos en varias tribus como los *Arapaso*, *Kuraua*, y *Uiua*. Su población alcanza a unos 1.000 o 1.500 indígenas.

Tuyuka y *Bará*. Son los más cercanos a los Tukano, lingüísticamente. Los *Tuyuka* se encuentran en la parte alta del Tiquié y en un afluente de izquierda.

Bará. En las fuentes del Tiquié, arriba de los Tuyuca. Su idioma se distingue del de éstos sólo por diferencias dialectales. Su nombre quiere significar hombres del remedio.

Uanaua. Viven en la parte central del Vaupés, divididos en dos grupos por los *Kobeua*. Su población consta de 500 o 600 hombres, emparentados lingüísticamente con el Tukano; se acercan mucho al idioma de los *Piratapuyo*, tribu de 600 a 800 almas.

Uakana. En el Vaupés, cerca de Yavaraté.

Uaiana o *Yuruti-tapuyo* (Hombres de la paloma). En un afluente de izquierda de la parte alta del Caiary-Vaupés, emparentados muy directamente con los *Tuyuka*.

Uasöna o *Pisa-tapuyo* (hombres de la atarraya), situados en el Paca-Igarapé, afluente del norte del Pauri. Se parece su idioma al Uaiana.

Karapana. También en las fuentes del Papury; pertenecen al idioma de los *Uaiana* y *Uasöna* (250 habitantes).

Tatu-tapuyo o *Pamoa*, nómades de la región de las fuentes del Macaua-Igarapé.

Las partes altas del Caiary-Vaupés y de sus afluentes importantes como el Cuduiary y el Querary están habitadas por *kobeua*, una infiltración de última hora.

Koroa o *korokoro-tapuyo*. Han venido del alto Querary y viven al sur del Cuduiary, afluente del Caiary-Vaupés.

Bahuna. En la parte central el Cuduiary. Hablan *kobeua*.

Hölöua. Son tribus arawak que aceptaron el idioma *kobeua*, lo mismo que la mayor parte de los habitantes del Querary entre ellos los *Yulemaua*. Los *kobeua* tiene una población de 800 a 1.000 almas.

Desana o *Wina*. Son los de mayor extensión en el Vaupés. Viven en la parte central de este río en conjunto con los *Uananá*, y en la parte baja del Tiquié. Vinieron del Pauri en donde queda

aún el grupo principal. Son antropológica y lingüísticamente diferentes de los Tukano.

Buhagana. Se encuentran en el Piraparaná, afluente de izquierda del Apaporis; en el Dyi-Igarapé viven las pequeñas hornas *Omöa*, *Sera* y *Tsöla*.

Palenoa y *Erulia*. Viven en el alto Igaraparaná, lo mismo que en grupo *Tsöloa*.

Makuna. En las orillas del Apaporis, un poco debajo de la desembocadura del Piraparaná.

Yahuna. En la parte baja del Apaporis; se subdividen en *Opaina* y *Dätuana*, que viven en la parte central del Apaporis, un poco arriba de la desembocadura del Piraparaná. También se encuentran los *Yahuna o Kuschiita* a orillas del Vaupés, abajo de la desembocadura del Piraparaná y de los *Makina*.

Kueretú. En el Caritaya, afluente de derecha del Miritiparaná, y en el Caquetá, frente a la desembocadura del Apaporis.

GRUPO MAKU

Son nómades de la región entre el Río Negro y el Yapurá. Con ese nombre designaron los invasores arawak a todas las tribus que primitivamente poblaron esa región. Es un idioma que no tiene ningún parentesco entre los distintos grupos, ni con ningún idioma de Sur América. En toda la orilla derecha del bajo Río Negro y en sus afluentes Yurubaxy, Teia, Marié y Curicuriary, andan estos indígenas. Aparecen también en la orilla izquierda del Yapurá, pero el territorio entre el bajo Río Negro y el Yapurá es desconocido. A ambas orillas del Tiquié viven otros *makú* parientes de los del río Negro, lo mismo que en el alto Vaupés y sus afluentes Capurí y Querary, y en las fuentes de Cuduiary.

Puinave. En las orillas del Inirida y sus afluentes. El parentesco de estos dos últimos idiomas, Makú y Puinave, fue documentado por el profesor Rivet.

Algunas tribus que andan entre las demás de esa región fueron consideradas como esclavos por éstas, como los Huhuteni, y Koch Grünberg cree que esas hordas que andan dispersas, con un nivel cultural muy bajo, son elementos bastantes antiguos que anteriormente ocupaban todo ese territorio.

INDEPENDIENTES

Schiriana. Entre los ríos Ocamo y alto Orinoco y la sierra de Parima, que sirve de divisoria de aguas entre los ríos Orinoco y Branco.

Waika: Koch Grünberg encontró entre los Schiriana dos indios Waika, quienes le dijeron que vivían en las regiones montañosas de Marutaní. Este los localiza en las cabeceras del Ocamo y en la serranía de Parima, como vecinos colindantes de los Schiriana y anota que las diferencias dialectales entre éstos y los Waika, son pequeñas.

Guaharibos. No tienen ninguna diferencia con los Waika y los Schirianá del alto Uraricuera y las vertientes del Branco, y los Schirianá y Waika de las vertientes del Orinoco. Algunos indios mansos de esta tribu que viven en un afluente de izquierda del Padamo. Koch Grünberg llega a la conclusión de que los Schiriana y Waika son tal vez el elemento más antiguo de esa región. Pasan el divorcio de aguas hasta el Orinoco y viven de caza, pesca y recolección de frutos silvestres y van muy al Sur por la sierra de Parima, casi hasta las partes altas de los afluentes del Río Negro.

Auake, vasallos de los Schiriana, se encuentran en las cabeceras del Araricapará o fuentes del Paragua, donde vivían en una casa común en 1911. Su idioma es independiente y su cultura está muy influida por los karib del Paragua y Caroni, muy rudimentaria por cierto. Son de un físico muy diferente al de los otros indios.

Makú. Localizados en el Auarí central, afluente de izquierda del alto Uraricuera. Son nómades y buenos comerciantes. Nada tienen que ver con las numerosas hordas de las regiones del Río Negro, ni con los Maku de la ribera derecha del bajo Ventuarí y del Orinoco Central.

Marakana. Se encuentran alrededor de la isla de Maracá; son caníbales feroces y en 1882 se encontraban en la parte alta del Uraricapará guerreando con los *Awaké*, pero, a su turno, fueron vencidos por los Schirianá que los obligaron a retirarse a una selva desconocida hacia el Sur.

Piaroa: Vecinos de los Karib, al occidente del Ventuarí. Están en el río Sipapo y en la orilla derecha del Orinoco entre los

saltos de Atures y Maipures y en la orilla izquierda en las regiones de la desembocadura del Sama y aun del Guaviare. Se encuentran en conjunto con los Máku, con quienes tienen estrecho parentesco. Se hallan, asimismo, en la parte que el idioma de los Maku no es otra cosa que un dialecto Piaroa.

SIN CLASIFICAR

Las siguientes tribus no fueron clasificadas por Koch Grünberg:

Kaliana: Al Occidente de los Awaké.

Variuna: A orillas del Marieté.

Maruaru: Al Norte del Ventuari.

Waruwadu: En las montañas del alto Ventuari y en el Erevato.

MIGRACIONES

La invasión de los Baré, según Koch Grünberg, vino del Sudoeste antes de la invasión karib y seguramente el territorio entre el Merevarí y el alto Uraricuera estaba habitado por tribus arawak a la llegada de los karib. Se funda esta teoría en la terminación de los ríos en arí, uní, ení, terminación típicamente arawak. Después de esta invasión Baré (arawak) vinieron los karib del Norte y del Noroeste, los Yekuaná, una tribu de estrato cultural muy bajo que dominó a los pueblos de esa región, a cambio de aceptar su cultura. Estos karib guerrearon con los arawak y los destruyeron en parte, pero con algunas tribus se las arreglaron en paz, como sucedió con los Guinau. Llegaron en el Sur hasta el alto Uraricuera y la sierra de Parima donde hallaron una fuerte resistencia de los Schirianá y Waika, poblaciones de estrato más antiguo que los mismos arawak.

En el Este tenemos el mismo desarrollo: los karib que vienen del Norte se introducen entre los arawak y aceptan su cultura. Los cuentos y mitos de los *Makusi* y *Wapisana* hablan de terribles luchas ente ambas tribus. Sólo por el Yauapery pudieron los karib llegar hasta el río Negro. Con excepción de esta parte, el límite actual del territorio de los karib es el Uraricuera hasta la isla de Maracá, por el Sur. Las partes alta y central del Paragua y del Caroní son completamente karib, con excepción de las fuentes del

Paragua, en donde se encuentran los kaliaana al Occidente y los awaké al oriente. En las partes alta y central del Merevarí y del Orinoco viven karib en conjunto con los arawak, mientras la parte alta del Uraricuera y la cordillera de Parima están en manos de los Schirianá y Waika, excepto una pequeña isla de los Maku en la parte central del Auari. Del alto Orinoco hacia el Sur, los karib no han logrado penetrar. Allá empieza un gran territorio que se extiende hacia el Sur, Sudeste y Sudoeste, de dominio arawak.

Las tribus karib de la región noroccidental de la gran zona entre el Río Negro y el Yapurá, tienen parentesco con el Trío y el Pianácoto, dialectos de las regiones fronterizas entre el Surinam y el Brasil. Los Karib del Yapurá se han alejado de sus parientes del Este después de la llegada de los españoles a las Guayanas y han seguido el camino del alto Orinoco y Guaviare hasta llegar a sus sitios actuales.

Los nombres de los ríos de toda esa región, terminados en rí, muestran que al principio vinieron arawaks desde el norte y el noreste, seguramente del territorio entre el Orinoco y el río Negro y que marcharon al Sur hasta el Yapurá. Aquí hallaron una población nómada primitiva makú que en parte fue destruida y en parte esclavizada, mientras otros huyeron. Luégo vinieron del Occidente y del Suroeste los Tukano, tribus fuertes y rudimentarias que penetraron en forma de cuña entre el Caiary-Vaupés y el río Negro, entre los arawak, que huyeron al Norte o al Sur o fueron asimilados como en el caso de los Hölöua y los Baniwa del Querary. Por fin vienen del Oriente los karib. Del alto Guaviare se extienden hacia el Sur y el Sudoeste, ocupando todo el territorio entre las fuentes del Apaporis y la parte alta del Yapurá o Caquetá, y destruyen a los Tukano. La terminación ya –agua–, muestra que este territorio fue en un tiempo de dominio tukano.

BIBLIOGRAFIA

Artículos sobre el mismo territorio de los Ríos Branco, Negro y Orinoco, fueron publicados por Koch Grünberg en diferentes revistas:

Die Indianerstämme am oberen Rio Negro und Yapura und ihre sprachliche Zugehörigkeit. (Ztschr. f. Ethnol, 1906).

Arawaksprachen Nordwestbrasiliens und der angrenzenden Gebiete. Mitteilungen der Anthropol. (Gesellschaft in Wien 1911).

Betoyasprachen Nordwestbrasiliens und der angrenzenden Gebiete. Anthropos (X-XI 1915-1916).

Die Makú. (Anthropos I. 1906).

Die Hianákoto-Umaua. (Anthropos III 1908).

Abschluss meiner Reise durch Nordbrasilien zum Orinoco, mit besonderer Berücksichtigung der von mir besuchten Indianerstämme (Ztschr. f. Ethn. 1913).

VOM ROROIMA ZUM ORINOCO. Ergebnisse einer reise in Nordbrasilien und Venezuela in den Jahren, 1911-1913. (Verlang Strecker und Schröder in Stuttgart. 1924. Cinco tomos).

La bibliografía anotada por Koch Grünberg para su estudio sobre estos grupos, es la siguiente:

Appun (Carl Ferdinand). 1. *Unter den Tropen II* (Jena 1877). 2. *Zeitschrift Ausland, Jahrgänge* 1869, 1871, 1872.

Barboza Rodríguez (Joao), *Pacificacao dos Crichanás.* (Rio de Janeiro, 1885).

Barrington Brown (Charles), *Canoe and Camp Life* (2º ed. London, 1877).

Brett, (W. H.), *The Indian Tribes of Guiana.* 280 und Karte (London, 1868).

Caulin (Josef de) *Historia de la Nueva Andalucía. Mapa corográfico de la Nueva Andalucía, provincias de Cumaná y Guayana, vertientes del Orinoco, etc. Por D. Luis de Surville,* 1778.

Coudreau (Henri A.) *La France Equinoxiale II* 391 ff., París, 1887.

Schomburgk, (Rob. Herm.) *Reisen in Guiana und am Orinoco während der Jahre 1835-1839* (Leipzig, 1848).

Schomburgk, (Rob. Herm.) *Reisen in British Guiana in den Jahren 1840-1844,* 2 Bände (Leipzig, 1848).

I N D I G E N I S M O

PROBLEMAS SOCIALES DE ALGUNAS PARCIALIDADES INDIGENAS DEL OCCIDENTE DE COLOMBIA

POR: LUIS DUQUE GOMEZ

PUBLICACIONES DE DIVULGACION INDIGENISTA

Uno de los problemas más graves que confronta el Instituto Indigenista de Colombia, es precisamente el desconocimiento absoluto y el criterio que se tiene respecto del problema indígena del país. La mayoría de las gentes conservan todavía una especie de visión prehistórica, remota, del cuadro indígena de Colombia. Existe la creencia de que los núcleos indígenas encontrados por los conquistadores españoles cuando pisaron por primera vez este territorio, desaparecieron por completo para ceder el campo al mestizo, y de que si acaso existen pequeños grupos, habría que buscarlos en la pampa Guajira, en la Orinoquia colombiana, en las selvas amazónicas. Por desgracia, ese falso criterio ha contribuido en grado sumo para que en Colombia no haya surgido hasta el presente una política indigenista, tal como existe en otros países, ni se le haya dado a los problemas que se presentan en las parcialidades y en los grupos indígenas la importancia que se merecen dentro de la política social que ha venido desarrollando el gobierno en los últimos años. No existe una política que tienda a velar por el patrimonio material de los nativos, tan segregado y amenazado diariamente por la debilidad de la legislación misma que los ampara. No se ha

hecho el menor esfuerzo por parte de las entidades oficiales para fortalecer su economía, levantar su estándar de vida y elevar su nivel cultural. En fin, nada se ha hecho para incorporar racionalmente a la vida civilizada a estos nacionales y aprovechar los elementos tradicionales de su cultura como base para un nuevo aspecto autóctono de la vida nacional.

Pero sucede que existen en Colombia no sólo mestizos, sino también grupos indígenas más o menos puros, en una densidad de población tan considerable, como para que cualquiera se sorprenda de cómo es que este problema no haya sido apreciado en sus justas proporciones. Aún más, no hay necesidad de emprender viajes aventurados para localizar estos núcleos; el corazón de la República, nuestras sierras andinas, están en buena parte pobladas por estos enclaves indígenas, considerados hasta el presente como minorías extranjeras, sin conexión alguna con aquellas entidades de carácter económico o social encargadas de velar por el mejoramiento del pueblo colombiano. Amparadas por la débil y desusada legislación de 1890, las parcialidades indígenas han permanecido estacionarias desde la época colonial hasta nuestros días. Sus problemas se multiplican día a día y su situación se torna más penosa a medida que el país avanza y progresa, pues aumenta el desequilibrio entre el medio y las necesidades que las rodean y la legislación y organización internas que las rigen, por demás desusadas y deficientes hoy en día, por todo lo cual no es aventurado pensar que el cuadro que ofrecen estas agrupaciones de nativos en la actualidad, es aún más desolado que el que presentaban durante los escabrosos tiempos coloniales.

No hay duda que existe un problema indígena de consideración en el país, especialmente en el Occidente colombiano. Pero esta realidad se empeñan en desconocerla justamente quienes no han entrado en contacto con la población indígena de los departamentos: en el SW. de Bolívar se localiza un fuerte núcleo de naturales, recluidos hoy en las cabeceras del río Sinú. Buena parte de la Intendencia del Chocó y algunos sectores del Occidente y Sur de Antioquia, están poblados por una numerosa población indígena, que conserva casi todo el patrimonio de su cultura primitiva, inclusive su idioma. Pocos son

los que sospechan que en el centro del Departamento de Caldas puedan existir todavía los descendientes directos de las tribus encontradas por Belalcázar, Ruy Vanegas, Robledo, Vadillo y los demás conquistadores que hallaron por primera vez este territorio. Pirsas, Irras, Guáticas, Quinchías, Ansermas, Apías, viven todavía, agrupados en comunidades, un poco aislados del resto de la población del Departamento, ente los cuales el papel que ha jugado el mestizaje es casi insignificante, según los datos de antropología que pudimos recoger durante el tiempo de nuestras correrías en este sector. Por el Sur del departamento del Valle, en la vertiente occidental de la Cordillera Central avanza una colonización de indios Páez, que sigue el mismo ritmo de la colonización antioqueña en esta zona; estos naturales son en su mayoría emigrantes del Departamento del Cauca y llegan en la actualidad hasta los sitios denominados Chinche y Potrerillo, al norte de Palmira. Al norte, en el mismo departamento, la colonización de indios Chamí, pertenecientes al grupo de los Chocó, lingüísticamente Karib, según los estudios de Rivet, llegan hasta las márgenes del río La Vieja, en el municipio de Obando, y hacen parte de una marea que se derrama por Mistrató o Arrayal, San Antonio de Chamí, Apía, Belalcázar, Pueblo Rico y otras poblaciones del occidente de Caldas. Toda la población oriental del departamento del Cauca y algunos sectores de la Cordillera Occidental, están habitados por una densa población indígena, cuyos núcleos principales son, entre otros, Silvia, Totoró, Polindara, Coconuco, Puracé. Se calcula que más de cincuenta mil de estos indígenas hablan el dialecto primitivo y conservan gran parte de sus antiguas tradiciones y costumbres. Los departamentos del Huila y Nariño confrontan este mismo problema: todo un rosario de resguardos indígenas cercan la ciudad de Pasto. En el centro del Tolima, particularmente en las zonas de Ortega y Coyaima, existe un fuerte núcleo de nativos, los cuales tienen en la actualidad, lo mismo que las anteriores comunidades, graves problemas en lo que toca a la defensa de sus tierras.

El bosquejo anterior es suficiente para llamar la atención sobre la realidad de un problema indígena en Colombia cuyos aspectos y soluciones corresponden y tienen que ver con casi todos los departamentos de la República, incluyendo Cundina-

marca, Boyacá, Santander del Sur, Santander del Norte y Magdalena, en donde existen también comunidades indígenas. Téngase presente que no hemos mencionado los Territorios Nacionales, en donde mora una densa población de naturales perdida en la selva en tal forma, que sólo es dable a misioneros y a aventureros contemplar e intervenir en los innumerables problemas que confronta su vida rudimentaria y primitiva.

Quiero ubicar ahora brevemente algunas de las comunidades indígenas de Colombia, precisamente aquéllas en las cuales hemos recogido algunos datos de importancia, con el fin de poder entrar a señalar en forma comparativa algunos de los problemas de más urgente solución que contempla esta población.

Uno de los núcleos indígenas más fuertes del Departamento de Caldas, es el de Riosucio, situado al Norte y al Occidente de su territorio, en la ribera izquierda del Cauca. Allí viven organizados en comunidades más de quince mil nativos, algunos de los cuales están completamente puros desde el punto de vista antropológico, aunque su mentalidad y su economía se acercan ya más a las del colono de otros grupos étnicos. Esta población está distribuida en la siguiente forma: parcialidad de San Lorenzo, asentada en el corregimiento del mismo nombre. Cuenta con cerca de cuatro mil quinientos nativos, tal vez lo menos mestizados de la región. Fueron traídos de Sonsón (Departamento de Antioquia) en el año mil seiscientos veintisiete y posesionados de estas tierras en la misma época, por el oidor Lesmes de Espinosa y Sarabia, todo lo cual consta en el archivo de la parcialidad. Por una resolución, emanada del Ministerio de la Economía Nacional, ha sido declarada la inexistencia de este resguardo y actualmente se están dando los últimos pasos para posesionar a los comuneros definitivamente de sus parcelas, reduciéndolos a la situación jurídica de simples colonos. Con esta medida, aplicada sin consultar técnicamente la mejor solución de los problemas que surgen en el seno de las agrupaciones indígenas, se ha cortado de raíz el extraordinario espíritu de grupo, de cooperación, la conciencia colectiva de una de las más adelantadas de las comunidades de Caldas, colocando a sus miembros en el ejercicio de un derecho para el cual no estaban preparados, precisamente porque esta función no la llena la comunidad, tal como se concibe hoy, y enfrentándolos,

de la noche a la mañana, a un nuevo tipo de economía, a base de la pequeña propiedad, que requiere cierta adaptación, tal como la tiene el colono de otros grupos étnicos, y que, en manos de nuestros indios, sólo va a la postre a robustecer el latifundio, en tanto que éste queda sometido a la triste condición de peón asalariado. Júzguese lo que hubiera podido ser el futuro de estas gentes si, en lugar de resolver estas dificultades en términos tan simplistas, se hubiera fortalecido la comunidad, corregido las deficiencias de su organización interna, suministrando implementos agrícolas adecuados a sus miembros, créditos, etc., y aprovechando este hábito tradicional de cooperativismo en la organización de sus empresas agrícolas. No está por demás agregar que la parcelación de este resguardo de San Lorenzo ha sido varias veces comentada por los funcionarios del Departamento de Tierras del Ministerio de Economía, como una de las más benéficas medidas que se empiezan a aplicar como iniciación del programa que el gobierno quiere desarrollar para aliviar la situación penosa de las agrupaciones indígenas del país.

La parcialidad de La Montaña, integrada por los descendientes directos de los antiguos Pirsá. Cuenta con tres mil comuneros, repartidos en las veredas de Cábarga y Los Chancos en donde viven los más puros desde el punto de vista antropológico, y en los corregimientos de El Salado y Pueblo Viejo.

La parcialidad de La Iberia, que mora en los flancos de algunas de las colinas que circundan la Vega de Supía, cerca de las márgenes del río del mismo nombre. La población indígena aquí es de dos mil quinientos.

La Comunidad de Bonafont, que no se rige por la Ley 89 de 1890, como las demás comunidades, sino que surgió de manera espontánea de un grupo indígena de la parcialidad de La Montaña, con lo cual se demuestra precisamente el espíritu de aglutinación de estas gentes, desarrollado no sólo por tradición de sus formas de vida primitivas, sino también por la práctica centenaria del estatuto legal que la rige desde la época colonial. Esta comunidad cuenta con tres mil nativos, ente los cuales se advierte un poco de mestizaje.

Saliendo de Riosucio, tenemos otro baluarte de la raza indígena en este sector del Departamento de Caldas, como es el

caso de la población de Quinchía. El Municipio tiene catorce mil habitantes, de los cuales ocho mil aproximadamente son indios, cinco mil de ellos empadronados en la parcialidad. Como en Bonafont, existe aquí un mestizaje bastante avanzado, sin que esto quiera decir que no predominen los caracteres de la raza indígena. Por falta de tiempo no nos fue posible visitar otras importantes parcialidades del occidente del departamento, tales como las de San Antonio de Chamí, Guática, Apía y otros en donde, según todos los datos, hay una densa población indígena.

En el Cauca, la parcialidad de Guambía, ubicada al NE. De la población de Silvia, en terrenos de este Municipio. El núcleo principal de estos indígenas y los terrenos de la comunidad, están situados en la margen derecha del río Piendamó y en parte de la cuenca del río Cacique. De un lado llega casi hasta las estribaciones del páramo de Las Delicias y de otro, hasta las afueras del poblado de Silvia o Guambía, como se decía antes. Los comuneros cuentan más de tres mil, todos conservan la lengua primitiva y muchas de sus costumbres tradicionales.

A tres horas de camino de la población de Silvia, está el poblado de Totoró, pequeño Municipio, en donde existen tres comunidades indígenas, Totoró, Polindara y Paniquitá, de las cuales la primera cuenta con dos mil quinientos indios y la segunda con seiscientos. Desconocemos el número de la tercera, que es la más pequeña.

En la población de Coconuco, situada también al oriente del Departamento del Cauca, está la parcialidad del mismo nombre. El Municipio tiene siete mil habitantes, de los cuales tres mil son indígenas, entre comuneros y terrazgueros. La comunidad sólo tiene seiscientos empadronados, lo que se explica bien si se tiene en cuenta la escasez de tierras.

Cerca de Coconuco y comunicada con esta población por un camino de herradura y una línea carretable, está el pueblo de Puracé, que con el anterior forma el Municipio de Coconuco-Puracé. Aquí está la parcialidad del mismo nombre, con más terrenos y más miembros que la de Coconuco, por lo cual sus condiciones de vida son menos penosas. Según el último censo, levantado por el Cabildo de la parcialidad en 1943, los empadronados suman mil doscientos treinta.

El problema principal que confrontan las comunidades a cuya ubicación nos hemos referido, lo mismo que las del resto del país, es justamente el avance de la colonización blanca sobre los terrenos que están bajo su dominio, y que da como resultado la ocupación por fuerza de las parcelas de los naturales, las compras de mejoras y derechos a precios verdaderamente irrisorios, los remates de lotes de la parcialidad por deudas contraídas por los mismos cabildos indígenas y los frecuentes pleitos que se apoyan, de una parte, en la ignorancia y debilidad de los comuneros, y de otra, en el poco acatamiento de las autoridades regionales a las disposiciones legales que los amparan. A esta situación se suman los pleitos entre los miembros de la comunidad, precisamente por lo defectuoso del sistema de repartición de las tierras; los comuneros se empeñan en largos y costosos litigios, que agotan la rudimentaria economía del nativo y en los cuales juegan papel principalísimo las sentencias del juez, la mala fe de los tinterillos –parásitos de las comunidades–, las actuaciones del Alcalde municipal y de los miembros de los cabildos, todos los cuales tratan de sacar el mejor partido posible de tales disputas, y el indio, que consume en tales litigios la mayor parte de sus economías, tal como sucede en Silvia, en donde anualmente las tinterilladas y el papel sellado cuestan a muchos parcelarios doscientos, trescientos y hasta quinientos pesos. En esta forma, el indio, explotado y torturado en las épocas de la Conquista y Colonia, ha venido a quedar en nuestro días abandonado a la rapiña de los colonos blancos, negros y mestizos, que lo han ido despojando sistemáticamente y paulatinamente de su único patrimonio material que conserva por tradición, de su complemento vital, de su media personalidad que es la tierra. De este modo, un gran sector de los terrenos de la parcialidad de San Lorenzo fue usurpado por la colonización blanca en esta zona, como sucedió con muchos de los terrenos situados en los límites con el departamento de Antioquia: en la tierra que les queda a los parciales están asentados en la actualidad veinte colonos, valiéndose de métodos violentos, contraviniendo así las claras disposiciones de la Ley 89 de 1890. Hace algún tiempo recibimos una carta del señor Celedonio Blandón, indígena de esta parcialidad, ex gobernador de la misma, en la cual nos daba cuenta de la situa-

ción conflictiva en que se encontraba a causa de los atropellos cometidos en la parcela de su señora; en uno de sus apartes dice: “...estas son las manías de los tales interinos; a muchos indígenas les han quitado lo que tienen, hasta por dos arrobas de café, por dinero, por lo que les quieran dar.”

Más de la mitad de los terrenos de la parcialidad de La Montaña, que colinda con la anterior, fueron enajenados por un supuesto buscador de títulos, que engañó a los indígenas miserablemente, haciendo que éstos le confirieran un poder para vender algunos lotes a cambio de posesionarlos definitivamente de sus tierras. El resultado final de esta farsa costó a la parcialidad la pérdida de ricas regiones agrícolas y ganaderas, tales como El Oro, al tiempo que fue desposeída de riquezas naturales concedidas por la Corona española, tales como las fuentes de cloruro de sodio de El Salado y las carboneras de Pueblo Viejo. En una de las veredas de esta misma parcialidad, en Los Chancos, los indígenas sufragaron en el año de 1930 la suma de \$ 1.300,00 como costas de juicio para librarse de un remate que se pretendía hacer de estos terrenos, por deudas acreditadas por el mismo buscador de títulos. En la parcialidad de Quinchía, más de las dos terceras partes de los terrenos comunales están en manos de particulares, debido en gran parte al descuido y culpabilidad de los cabildos indígenas, que se han encargado de protocolizar la venta de derechos y mejoras efectuadas por los naturales a precios bajos, en lo cual han sido secundados por las autoridades oficiales, no obstante la prohibición de la Ley 89. En Pueblo Rico, la comunidad fue completamente expropiada de los terrenos, por remate de deudas, cambio de parcelas por especies, compra de mejoras y derechos a los indígenas. Toda esta masa de desposeídos se disgregó y dispersó por el departamento, desde el sur de Antioquia hasta el norte del Valle; hoy se les encuentra como peones asalariados en las haciendas, cuando no sujetos a la servidumbre en calidad de terrazgueros.

En la parcialidad de Guambía (Cauca), todo lo que constituye hoy la hacienda de Chimán, fueron terrenos arrebatados a los indígenas de esa parcialidad en pleito que entablaron colonos blancos y que terminó con una sentencia a favor de los comuneros, pero que, según el relato de uno de éstos, manos cri-

minales hicieron que la sentencia final se traspapelara, perdiendo así la comunidad los derechos sobre la margen izquierda del río Piendamó. Hoy en día existen allí cerca de ochenta familias de guambianos, sometidas a la servidumbre y obligadas a pagar un terraje determinado a cambio de poder cultivar una parcela dentro de la hacienda.

En Totoró, la parcialidad de Paniquitá abarcaba en otro tiempo una grande extensión de terreno; según la tradición, estaba gobernada antiguamente por un cacique, quien, ante la actitud de franca desobediencia que asumieron la mayoría de los asociados, enajenó parte de este territorio, quedando así reducida esta comunidad a pequeños términos y sus miembros obligados a emigrar a otras zonas de la región, tales como El Tambo y Chimborazo, en busca de tierras para subsistir. En Coconuco, las tierras de la parcialidad abarcaban en otros tiempos gran parte de los terrenos regados por el Río Grande, es decir, todo el valle donde está asentada la población. La colonización blanca fue estrechando el cerco de los comuneros arrinconándolos a las lomas en donde se encuentran asentados hoy. A diario se quejan de los atropellos cometidos por los blancos y mestizos, quienes siguen invadiendo en forma arbitraria sus parcelas, aprovechándose en muchos casos de la ingenuidad y debilidad de muchos de los cabildos, y, como nos lo declararon los mismos indios, “...penetrando con sus títulos falsos, no con el trabajo, hasta el páramo”, despojando así a los naturales de sus últimos reductos y del pedazo de tierra con que cuentan para no morir de hambre. Es por esto por lo que se ven en la necesidad de trabajar en las haciendas de los blancos, en calidad de terrazgueros, no obstante disponer de su lote dentro de la parcialidad, pues éste no alcanza a producir lo necesario para su subsistencia. Como caso concreto de estas injusticias tenemos el que nos denunciaron los miembros del cabildo durante nuestra estada en esta población. En días pasados, los miembros del Concejo Municipal, bajo el pretexto de la necesidad que tenía el Municipio de ensanchar sus tierras, se dieron a la tarea de despojar y arrojar de sus parcelas a varios de los nativos obligándolos a firmar, bajo multa, documentos en los cuales dichos comuneros hacían renuncia de estas tierras a favor del Municipio, propiedades éstas que terminaron

por pasar a manos de los miembros de dicha corporación para su usufructo particular. Esta información nos la suministró en persona el alcalde de la parcialidad, don Evangelista Maca, una de las víctimas de este atropello.

Podríamos delatar aquí otros muchos casos de conspiración sistemática contra el patrimonio de la población indígena del país, pero creemos que bastan los anteriores para formarse una idea clara del abandono en que se encuentran estas gentes.

Como lógica consecuencia de los hechos enumerados anteriormente, buena parte de la población indígena se ve en la necesidad de buscar los medios de subsistencia fuera de los dominios de las parcialidades. Uno de estos medios es, precisamente, la decisión de someterse a la servidumbre en las fincas o haciendas de los blancos, pues no de otra manera puede denominarse la situación del terrazguero, tal como son tratados en nuestros días por latifundistas y grandes propietarios inescrupulosos, quienes se adelantan a ofrecer una pequeña parcela a los nativos, asegurando así una mano de obra segura y barata para los trabajos agrícolas y ganaderos. En cada caso, la situación de los siervos varía según la índole del propietario, quien decide de las condiciones **penosas o muy penosas** de sus sometidos.

Por fortuna, la sujeción del indio a la servidumbre, después de perdida su parcela, no ha sido tan generalizada en Caldas, como en los departamentos del Cauca y Nariño. Los naturales, quizás por tener un mejor concepto de lo que significa la independencia y la libertad y por ser más relevante su personalidad, de lo que han dado muestra desde los tiempos remotos de la Conquista, prefieren abandonar el suelo de sus mayores, volver la espalda a sus antiguas propiedades y emigrar a otras zonas, generalmente la región despoblada de la Cordillera Occidental, en donde vuelven a adquirir sus primitivos hábitos, regresan a la caza y a la pesca y practican una agricultura que sólo es circunstancial y temporal, como es el caso de los indios Chamí.

Otra cosa sucede en las parcialidades del Departamento del Cauca. Allí el valor de las haciendas depende en gran parte de la densidad de población de terrazgueros con que cuentan.

Las obligaciones de esta población están sujetas a la mayor o menor capacidad de explotación de los propietarios, todo lo cual se traduce en la miseria y la desgracia de los nativos, miseria y desgracia que alcanzan hasta ocasionar transformaciones en su psicología y aspecto físico. Para no ir muy lejos, podemos tomar el caso de los Guambianos asentados en ambas márgenes del río Piendamó: de un lado están los dominios de la parcialidad, en donde los comuneros conservan al menos su independencia personal y un bienestar económico relativo. De otro, la hacienda de Chimán, con sus 80 familias de terrazgueros. Es de ver el extraordinario contraste que existe entre unos y otros: Físicamente, el terrazguero es un tipo mal dotado, desnutrido, enfermo; no son raros los casos de degeneración y cretinismo; se comporta como un verdadero siervo en presencia de un blanco, a quien considera como a un ser superior, como a un amo. Por el contrario, el indio de la comunidad es más o menos desenvuelto, bien conformado, de cierta personalidad, independiente. En pocas palabras siente uno la sensación de estar frente a una persona, lo que no sucede con el terrazguero. El comunero tiene amplitud económica relativa, que le permite los medios de subsistencia; el terrazguero dedica buena parte de su trabajo para la hacienda y lo asalta a cada momento el temor de que el patrón se decida a trasladarlo a otro lote, pues no tiene títulos que le garanticen el permanente usufructo de su parcela. De este modo, no cultiva sino lo estrictamente necesario para alimentar a sus hijos, sin que tenga el afán de explotar la tierra con fines comerciales. El comunero no mastica la coca, ni bebe chicha fermentada; sólo ingiere aguardiente y ron en los días de mercado y en las fiestas de la comunidad. El terrazguero cuenta con la chicha como base indispensable para su alimentación y necesita de la coca como alimento primordial para dominar la fatiga que ocasiona la faena diaria a un organismo desnutrido y falto de reservas.

Conversando con el administrador del molino de la hacienda de Chimán, nos dijo lo siguiente: “Los terrazgueros pagan aquí cuatro días para cumplir con las obligaciones de la hacienda; uno de estos días lo trabajan en los molinos, a cambio de una ración de sal, panela y harina, a más de un jornal que puede ser de \$ 0,25 o \$ 0,30.” Otra cosa nos dijeron los peones, por su-

puesto que en reserva: “Entran a la empresa a la siete de la mañana y salen a las cuatro de la tarde; reciben en el día un pan y un cuarto de panela, sin que se les reconozca jornal alguno.” Las únicas prestaciones sociales que da la hacienda consisten en una escuela para la educación de los terrazgueros.

Los desahucios de los terrazgueros son también muy frecuentes. Durante el tiempo de nuestras observaciones en Silvia se adelantaba el de la hacienda “Las Mercedes”, que colinda con la de Chimán. En la mayoría de los casos no se reconocen mejoras, no se avisa con tiempo a los indios para que se prevengan para afrontar su nueva situación de miseria. Informada la Oficina Seccional del Trabajo de lo que estaba sucediendo, tomó cartas en el asunto, obligando al propietario a pagar las mejoras de los naturales, en caso de ordenar la desocupación del terreno, y a avisar con anticipación. Pero estas reformas sociales tienen poco eco y aplicación en los centros indígenas, debido a la ignorancia absoluta que tienen estas gentes de tales disposiciones. Muchos de éstos no reclaman o temen, y con razón, poner este negocio en manos de tinterillos, en lo que consume sus economías. De este modo el patrón viola a diario estas reformas sociales, situación ésta que se empeora a medida que se aleja de los centros poblados, en donde los naturales están todavía más desamparados e indefensos.

En la hacienda de Ambaló, en donde están asentadas catorce familias de terrazgueros, el terraje es de cinco días al mes. Existe también la obligación de prestar un servicio adicional en la casa; son los que denominan semaneros: por turno riguroso, cada indio está en la obligación de trabajar toda la semana en el cuidado de las vacas, provisión de leña, suministro de agua, encierro de los terneros, etc., sin que por esta tarea se le reconozca jornal alguno, ni siquiera alimentación. Como en las otras fincas, el usufructo de las parcelas está sujeto a la voluntad del propietario. Así por ejemplo, en 1943, tenían la orden de abandonar las parcelas que hacía dos años no más se habían abierto, con el fin de convertir estos terrenos en potreros; debían trasladarse a otra zona de rastrojo y asentarse allí. En tal forma se han abierto los potreros de muchos latifundios del Cauca, empleando este sistema de rotación de la vivienda de los

naturales, los cuales practican así una especie de nomadismo dentro de las mismas fincas, por lo cual sus establecimientos son sólo temporales y dan siempre la impresión de estar de paso. Las enfermedades de los indios no los exoneran de las obligaciones para con la finca; se van acumulando, hasta el punto de que no son pocos los casos en que el trabajo de éstos se ve comprometido hasta por varios meses; en ocasiones, los naturales, ante la imposibilidad de vivir en estas condiciones, abandonan la servidumbre y se trasladan a otras regiones, sin que se descarte la persecución de los propietarios. En 1943 se retiraron de Ambaló varias familias por esta causa. En la hacienda de Agoyanes, que colinda con la anterior, hay cuarenta familias de terrazgueros, en condiciones idénticas. En Cerrogordo, cercana a las ya mencionadas, las obligaciones suben a seis días, según los informes de la maestra de escuela. Las reses de los naturales sólo pueden pastar en el rastrojo, en manera alguna en los potreros.

Tanto los terrazgueros de Chimán como los de las otras fincas a que nos hemos referido, tienen una organización política similar a la de los indios de las parcialidades, aunque con algunas diferencias: en el nombramiento del cabildo influye de manera decisiva el visto bueno del propietario del terreno en donde se encuentran asentados. Los cabildantes son reconocidos por el alcalde de Silvia y elegidos para un período de un año. Existe además la institución del capitán general, impuesta por el hacendado; éste elige e inviste con tal carácter a uno de los terrazgueros, para que se ponga al frente de cada cuadrilla y se encargue de notificar a los miembros de la misma los días en que debe pagarse el terraje, de dirigir el trabajo y de ponerse a las órdenes del mayordomo o administrador de la hacienda, con el fin de convenir con éste las labores que deben llevarse a cabo.

Lo más grave es que en estas mismas haciendas, a los niños que tienen doce a catorce años, se les señala también un lote pequeño, sin que su temprana edad les exima del cumplimiento de la obligación del terraje. De este modo, nos decía la maestra de Cerrogordo, los escolares se ausentan semanas enteras de la escuela, en la época en que van con sus padres al cumplimiento de tales obligaciones.

Según las informaciones del señor juez municipal de Totoró, el terraje en este municipio es de ocho días al mes, es decir, mayores obligaciones que las que son impuestas a los terrazgueros de Silvia. En Puracé, las condiciones del terrazguero son en extremo difíciles, especialmente en algunas fincas, en las cuales la explotación de los nativos raya en los límites de lo inaudito; tal es el caso de la hacienda de San Isidro, situada a alguna distancia del poblado. Los indios pagan aquí un terraje de cinco días al mes y un día por cada res que pasta en los rastrojos, o \$ 0,50 en dinero. Los que tienen algún ganado trabajan hasta quince o veinte días para el patrón, en tanto que tienen que aprovechar las noches de luna para el cultivo de sus parcelas. Existe allí el trabajo asalariado, con un jornal de \$ 0,25 no libres, que se pagan al fin de la semana con maíz cosechado en la misma finca, cuyos precios son impuestos por el propietario. Estas informaciones me las suministró el cura de la población.

Los efectos de la expedición de la Ley de Tierras de la administración López, en lugar de beneficiar y aliviar la situación de estas gentes, fueron, por el contrario, desastrosos para los indígenas asentados como terrazgueros en los latifundios del Departamento del Cauca. En la mayoría de los casos, fueron arrojados en forma violenta de sus parcelas. Tal cosa sucedió en la hacienda de El Chero, en donde el desahucio del campesino indígena fue total, sin que se hubieran cumplido las obligaciones que estipula la ley en estos casos. Hoy en día, gran parte de estos naturales han regresado nuevamente, pero ya contratados como arrendatarios, con documentos firmados, en los cuales el patrón se pone a salvo de cumplir con los requisitos señalados para la defensa de los parceleros.

Al lado de los problemas bosquejados anteriormente, la desorganización interna de las comunidades y el deficiente sistema de repartimiento de tierras, contribuyen a hacer todavía más penosa la vida de los comuneros y a acrecentar el número de terrazgueros. Los repartos de la tierra no se verifican en períodos determinados. Es ésta una de las funciones primordiales del cabildo y en la que juegan su papel principal los compadrazgos y las componendas personales. La parcialidad cuen-

ta con los terrenos que se le adjudicaron desde hace algún tiempo, desde que se dictó el estatuto legal que la rige. Desde entonces estos terrenos vienen repartiéndose entre los aspirantes. Naturalmente, con este sistema vienen herencias de usufructo, con lo cual crecen los lotes particulares. Hay indios que forman por este sistema latifundios dentro de la misma parcialidad, abandonados en la mayoría de los casos, en tanto que gran número de parceleros carecen de lote para su trabajo. De aquí que unos sean partidarios de un nuevo repartimiento de las tierras y otros no. Sería entonces necesario una nueva repartición, que garantizara, de un lado los derechos legítimamente adquiridos por los indios más ricos, pero aplicándoles al mismo tiempo una especie de función social en el usufructo de las tierras que poseen; en esta forma se zanjarían muchas de las dificultades que confronta la comunidad y se brindarían a todos los parciales las posibilidades de que disfrutaban algunos y carecen la mayoría. En Totoró, la agricultura está prácticamente abandonada por esta causa: gran parte de las tierras de la comunidad han sido acumuladas por unos pocos, los cuales las tienen convertidas en rastrojos que alquilan a los blancos y mestizos para el pastaje de animales, en tanto que ellos prefieren trabajar como peones asalariados, antes que cultivar sus propias parcelas. De aquí que haya necesidad de vigilar también las actuaciones de los mismos cabildos indígenas, pues los compromisos personales se traducen en beneficios de unos pocos y en actos que van en contra de los propios intereses de la colectividad. En Guambía, por ejemplo, el cabildo hizo una colecta general entre los miembros de la parcialidad, con el fin de comprar una finca en el Municipio de Totoró, la que está evaluada en \$ 8.000,00. Después de algún tiempo esta finca pasó a manos de los empleados que están en ejercicio de sus funciones, quienes tienen el derecho de usufructuarlas durante el tiempo en que están prestando sus servicios como cabildantes. En muchas de las parcialidades, buena parte de los comuneros espera la llegada de un nuevo cabildo para solucionar sus problemas en lo que se refiere a las tierras que poseen o a los pleitos que sostienen con sus vecinos. Igual cosa sucede con los blancos y mestizos que están en más íntimo contacto con los empleados de las comunidades indígenas, de lo cual sacan por lo

general buenos partidos, que se traducen en adjudicación de lotes, en arrendamiento de pastos a bajos precios, etc.

Estas difíciles condiciones de trabajo de las agrupaciones indígenas son precisamente las que han llevado a nuestros nativos a practicar cierto conformismo con la ruina, con la miseria del cuerpo y del espíritu y a extirpar en ellos todo sentimiento de iniciativa y de progreso. Esta bancarrota espiritual y fisiológica ha constituido un campo abonado para el desarrollo de los vicios, principalmente el del alcoholismo, puesto que elementos como la coca y la chicha se han tomado como base de artificial subsistencia, acelerándose así la degeneración y extinción paulatina de la raza. Una vez que se sale de la parcialidad de Guambía, cuyos miembros constituyen una excepción en todo el enclave indígena del Departamento del Cauca, nos damos cuenta de que estos indios aventajan mucho a sus hermanos de otras poblaciones, en lo que concierne a la salud del cuerpo y del espíritu. Esta ventaja se acrecienta cuando se entra en Totoró, en donde la degeneración y los vicios de la raza aparecen ya en carne viva, debido a los problemas bosquejados en los párrafos anteriores. El mercado se efectúa en los días domingos, y sólo asisten a él poco más de doscientas personas, la gran mayoría indios que vienen hasta el pueblo sólo por mercar la coca y por participar de las bebetas generales que se empiezan allí los domingos y casi siempre duran hasta el martes, en las cuales el indio consume todos los dineros que le restan después de procurarse estos elementos. Sólo trae al mercado escasos productos de huerta, tales como repollos, cebollas, papas y algunas mazorcas. La coca está en manos de los blancos, que la traen de San Sebastián, Almaguer y otros sitios donde se cultiva, para venderla a los nativos, a precios que oscilan entre \$ 0,50 y \$ 1,00 la libra. Es lo primero que los indios mercan, una o dos libras por cabeza, según la calidad de los mamberos. Cuando ésta escasea, el indio de las comunidades del Cauca apela a sustitutos especiales, tales como la **pacunga** u hoja del cadillo, la **lengua de vaca**, o las hojas tostadas del cafeto. Pasado el mercado de Totoró, que dura unas dos horas, empieza la farra de los naturales, quienes ingieren cantidades alarmantes de fermentadas y de aguardiente de contrabando, en lo que están secundados por todos los blancos y mestizos

del poblado, quienes tienen en sus casas cantinas reservadas a donde convidan a los nativos para que con sus esposas e hijos consuman el licor preparado en la semana. Naturalmente, la falta de resguardo de las rentas departamentales en estas poblaciones fomenta el desarrollo de esta industria privada, con la cual se intoxica día a día la población indígena de Colombia. Al día siguiente, la cárcel del Municipio amanece atestada de enguayabados, los cuales han sido llevados la noche anterior por provocar pleitos, hacer escándalos, etc.

Estos vicios, al lado de la necesidad fisiológica de la coca como base insustituible para hacer que el organismo resista las labores diarias, son practicados por toda la población de terrazgueros de los Departamentos del Cauca y Nariño, por los campesinos de muchas de las poblaciones del Huila, también de origen indígena, y por más de un ochenta por ciento de los comuneros de las parcialidades de Totoró, Paniquitá, Polindara, Coconuco y Puracé; alcanzan a los mismos blancos que están en contacto con esta población indígena y parece que sus estragos son peores entre éstos que en aquéllos. Tales son las causas de la degeneración total de estos grupos, degeneración que se torna monstruosa a los ojos de quien contempla por primera vez aquel espectáculo. No queda duda de que el Gobierno colombiano no alcanza todavía a medir la magnitud de este problema y de que vive a espaldas de una tremenda realidad, a espaldas de un pueblo que perdió su libertad, su riqueza y su salud con la hazaña de la Conquista; a espaldas de un pueblo que aún conserva su vida, pero que agoniza lentamente ante una secular indiferencia.

L I B R O S

A cargo de MILCIADES CHAVES CH.

NUEVA GEOGRAFIA DE COLOMBIA

Pablo Vila (Librería Colombiana)

La obra del profesor Vila viene a llenar un vacío que venían contemplando los estudios geográficos en Colombia. La Geografía del país, después de los estudios realizados en el siglo pasado había caído en un estancamiento, pues, los textos y ensayos publicados posteriormente dejan mucho que desear. Este geógrafo, que ha dedicado con entusiasmo y cariño todo su tiempo a los estudios de la geografía, ha logrado con su publicación una obra meritoria que Colombia sabrá agradecerle. El libro que comentamos, adaptado para el programa de bachillerato del Ministerio de Educación, sigue una norma metodológica que merece todo el encomio de los educadores. Como texto ha sido acogido ya por la mayoría de los profesores encargados de la enseñanza de la geografía en los distintos colegios.

El profesor Vila, quien desde el año de 1939 se vinculó íntegramente a la Escuela Normal Superior, con la regencia de la cátedra de geografía, es un trabajador incansable, a quien vimos a tarde y a mañana empeñado en recoger datos, noticias, de consultar trabajos y libros que pudieran aclararle los problemas que plantean los distintos aspectos geográficos de Colombia. En el estudiantado de este Instituto encontró don Pablo Vila, particularmente en la Sección de Ciencias Sociales, un colaborador asiduo y desinteresado, que le ayudó eficazmente en las investigaciones en que estaba empeñado; podríamos afirmar que la NUEVA GEOGRAFIA DE COLOMBIA es una obra conjunta de alumnos y profesor. Nosotros asistimos al naci-

miento, evolución y síntesis de la obra en referencia. Este libro, que tiene una relación tan íntima con la labor científica que se desarrolla en la Escuela Normal Superior, prueba que este centro está llevando a cabo una obra de completa transformación cultural en importantes ramas del saber, tales como las ciencias sociales, naturales, matemáticas e idiomas, en lo que se relaciona con su estudio y enseñanza. Las publicaciones de los profesores Anzola Gómez, Acosta y Páez Pérez, confirman que la inquietud intelectual está viva y bien encauzada en la Escuela Normal Superior, en donde se preparan, a no dudarlo, los mejores educadores de Colombia.

LA NUEVA GEOGRAFIA DE COLOMBIA, que el profesor Vila presenta como homenaje al sabio Caldas, muestra por este sólo aspecto, la nueva orientación de su enseñanza. Ningún colombiano debe ignorar lo que significa este prócer de la Independencia en el panorama científico de América; él fue uno de los primeros colombianos en darse cuenta de la importancia de los sistemas inductivos para el avance de la ciencia; de la necesidad de saber tanto de las quinas y de las endemias tropicales como de las categorías del ser. No son pocas las enseñanzas que se desprenden de la lectura de las amenas páginas “Del Influjo del Clima Sobre los Seres Organizados”, con las que contestó magistralmente a quien pretendía negar que **el clima y los alimentos influyen directamente sobre las virtudes y los vicios de los hombres**. El nuevo texto de geografía estudia los aspectos político, humano y económico y conjuga estos cuatro factores, los cuales constituyen el meollo de la Geografía.

Desde el punto de vista de la Etnología, la manera como el profesor Vila trata el aspecto humano en su obra, reviste especial interés: confronta las nuevas teorías que se han formulado sobre el origen y población de América, la distribución de las familias lingüísticas según investigaciones realizadas por el Instituto Etnológico Nacional y otros estudios sobre la materia; la ubicación aproximada de los diferentes grupos indígenas de Colombia. En lo que se relaciona con la población en general y con su crecimiento, el investigador trata este aspecto en forma cinética, hasta dejar entrever los progresos alcanzados en el país. Con un sentido de perspicacia admirable, el autor anota los factores que han jugado un papel negativo en el adelanto

de la Nación, tales como bajo estándar de vida, endemias tropicales, deficiencias en la habitación y régimen alimenticio, etc., todo esto con la marcada intención de prevenir a nuestros estadistas sobre la importancia de buscar soluciones adecuadas a estos problemas nacionales.

La NUEVA GEOGRAFIA DE COLOMBIA constituye, pues, un magnífico estímulo para los investigadores de los aspectos geográficos de nuestro país.

TECNICA DE LA NOTA CIENTIFICA SEGÚN EL SISTEMA DE FICHAS

Padre Félix Miranda (Ed. “Cromos”.)

De los talleres de la Editorial Cromos acaba de salir a la luz pública la obra titulada “Técnica de la nota científica, según el sistema de fichas”, de la cual es autor el Padre Félix Miranda. Para ponderar el alcance de la obra en relación con la investigación científica, el prologuista, Reverendo Padre Marcelino de Castellví, dice: “Si llevara un subtítulo explicativo como éste: **Molde para aquilatar el estudio y aumentar la investigación nacional en progresión geométrica**, aún diría poco en proporción a lo que en realidad representa.” Efectivamente, esta obra constituye la presentación de un nuevo método de investigación, cuyo sistema está todavía muy poco difundido en Colombia. Se trata en este trabajo de dar normas para organizar la labor intelectual, mediante fichas que garanticen una rápida y cómoda consulta, la facilidad de su elaboración, una selección adecuada del material recogido en las investigaciones y un registro metódico del mismo en orden a su importancia. En esta forma, la obra intelectual surgirá sin mayores tropiezos, en tanto que su respaldo científico estará aún más asegurado.

Pocos son los investigadores colombianos que han puesto en práctica, para el curso de sus trabajos, el sistema de fichero como forma de lograr una mejor ordenación en sus tareas y, por lo tanto, un rendimiento más efectivo. La mayoría ha preferido siempre sustraerse al trabajo que implica la adaptación

de este moderno sistema, en lo que ha incluido, naturalmente la carencia de una obra adecuada que facilite las normas precisas para tal efecto. De aquí que el ritmo de la investigación en Colombia no corresponda al grupo de ciudadanos que en este país, como en pocos de América, se dedican al cultivo del espíritu. Sin embargo, la técnica de la nota científica fue introducida a la Normal Superior en los años de 1940 y 1941, gracias al interés que en ello tomaron los profesores Schottelius y Rivet, destacados americanistas, que iniciaron la moderna escuela etnológica colombiana. El personal del Instituto Etnológico Nacional siguió estas normas en el curso de sus investigaciones, y hoy en día cuenta este Instituto con ficheros de mucha importancia, en lo que se relaciona con el estudio de las distintas ramas de la Etnología. Posteriormente, algunos de los miembros que integran la Comisión Folklórica Nacional, adoptaron este mismo sistema.

Con la publicación de la obra del Padre Félix Miranda, la investigación en Colombia recibirá un notable impulso. Si atendemos a la importancia y conveniencia de los sistemas que en ella se presentan, tendrán que llegar a ser de implantación forzosa en todos aquellos centros que se propongan adelantar estudios de alguna trascendencia.